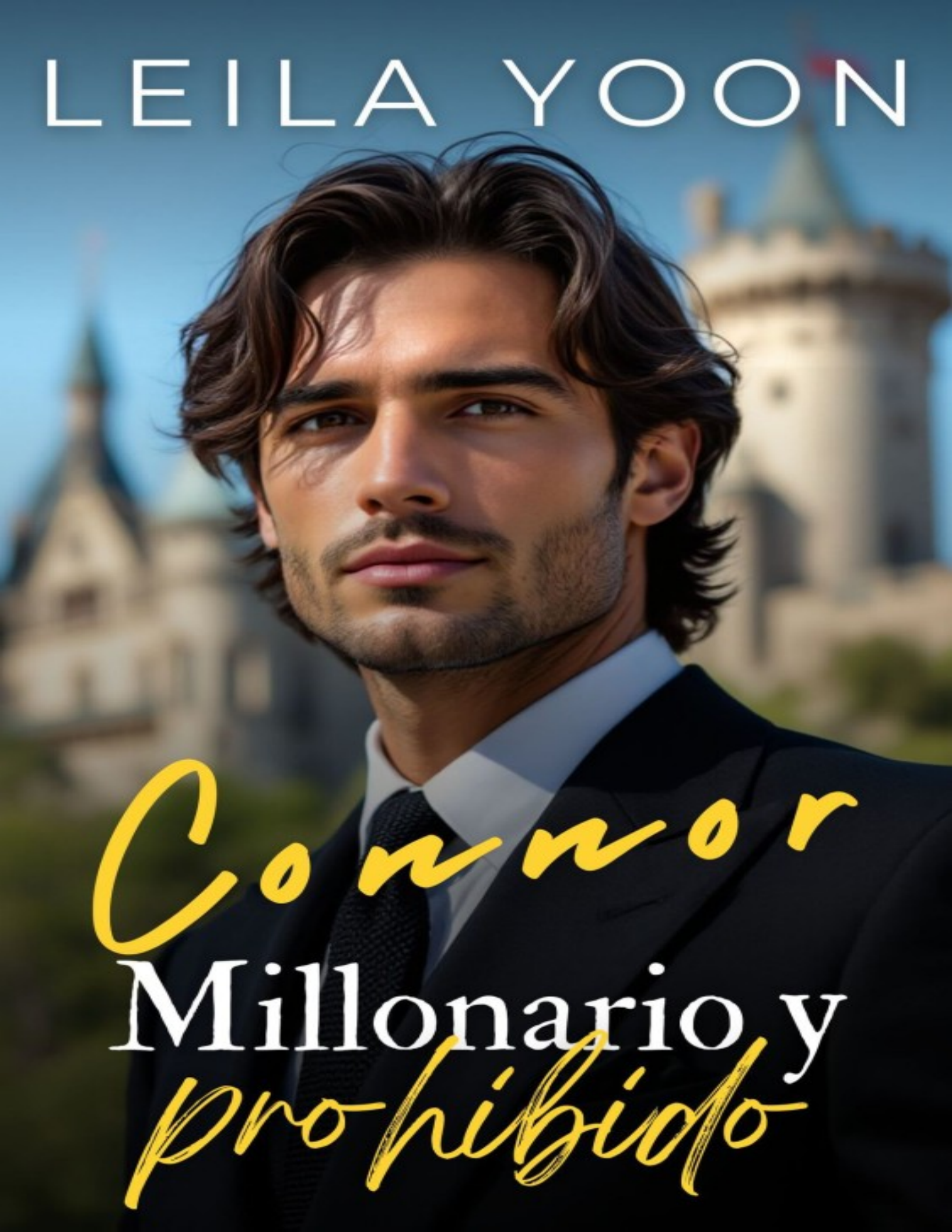
LEILA YOON



# Connor

## Millonario y prohibido

CONNOR

# Millonario *y prohibido*




## Hermanos McRae. Herederos millonarios #02

## LEILA YOON

**Todos los derechos reservados**

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

**© 2026 Leila Yoon.**

# ÍNDICE


1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

**25**
**26**
**27**
**28**
**29**
**30**
**Epílogo**
**Extra**
**¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?**
**SINOPSIS**
**¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!**
**MIS NOVELAS**

# 1




# Liza

Siempre llegaba media hora antes.

No era manía. Era supervivencia.

Lo mío consistía en controlar hasta el último detalle: peluca, lentillas, vestido, maquillaje… incluso la forma de caminar si hacía falta. Todo tenía que encajar. Todo.

Porque mi vida dependía de esas pequeñas cosas.

En cuanto entré en la cafetería, fui directa al baño. Automático. Como siempre.

Levanté la mirada hacia el espejo.

Rubia.

Esa vez era rubia.

Me acerqué un poco más, inclinando la cabeza hacia un lado mientras ajustaba un mechón. Revisé la línea de la peluca con cuidado. Perfecta. Ni un borde extraño, ni una sombra rara. A esa distancia, cualquiera habría jurado que ese pelo era mío.

—Bien —murmuré.

Parpadeé despacio, comprobando las lentillas marrones. Mis ojos azules habían desaparecido por completo.

Ya no era Liza. Era otra persona. Otro nombre. Otra historia.

Sonreí, satisfecha.

Cuando trabajaba como novia falsa, no me «arreglaba». Me reconstruía.

Y jamás usaba mi nombre real. Nunca.

Había sido Daisy, Viola, Nora, Janet, Maddie…

Esa vez era Emma.

El móvil vibró dentro del bolso y me sacó del momento. Lo abrí sin prisa.

LAUREN

Mesa al fondo, junto al ventanal. El cliente ya sabe cómo vas vestida. Mucha suerte, cariño. Es importante.

Solté aire por la nariz.

«Importante». Ya.

Guardé el móvil y apoyé las manos en el lavabo un segundo.

Nunca sabía quién iba a sentarse frente a mí hasta ese mismo instante. Y la palabra «importante» podía significar cualquier cosa: desde un imbécil con demasiado dinero hasta alguien que pensaba que estaba viviendo su propia versión de Pretty Woman.

Cole, mi mejor amigo, siempre decía que yo pensaba demasiado.

Había sido él quien me había metido en esto cuando todo se fue a la mierda. Cuando las deudas me ahogaban y ya no sabía ni por dónde tirar.

Él trabajaba en la agencia y era el favorito de todas. Normal. Era encantador, divertido, sabía exactamente qué decir en cada momento… y además era gay.

Ventajas claras.

Hacía que todas se sintieran especiales sin que nada se complicara. Sin expectativas raras. Sin malentendidos.

Yo no tenía tanta suerte.

A veces tocaban clientes que confundían «novia falsa» con «chica de compañía» y se creían con derecho a algo más que una sonrisa.

O los otros… los salvadores.

Los que pensaban que iban a cambiarte la vida en un fin de semana.

Solté un suspiro y cerré los ojos un segundo.

Nadie elegía este trabajo por gusto.

Pero tampoco eliges que tu padre enferme.

Ni que la única opción para salvarlo sea un tratamiento experimental imposible de pagar.

Mi padre no sobrevivió.

Las deudas sí.

Tragué saliva y aparté ese pensamiento de golpe. No era momento para dejarse llevar por sentimentalismos.

Salí del baño y crucé la cafetería con paso tranquilo. Sin prisa. Sin llamar la atención.

Me senté en la mesa del fondo, junto al ventanal.

Desde allí veía perfectamente la entrada. Me gustaba eso. Tener ventaja. Observar antes de ser observada.

El camarero apareció casi al instante.

—¿Qué le pongo?

—Un cappuccino, por favor. Estoy esperando a alguien.

Asintió y se marchó.

Miré el reloj.

Aún tenía unos diez minutos.

Abrí el bolso y eché un vistazo rápido al contrato.

«Novia falsa para evento social».

Nada nuevo.

Podía hacer ese trabajo con los ojos cerrados.

La campanita de la puerta sonó.

Alcé la mirada sin pensar demasiado.

Y entonces…

Joder.

El corazón me dio un golpe seco contra el pecho.

No.

No podía ser.

Connor McRae acababa de entrar en la cafetería como si el mundo entero le perteneciera.

Alto. Seguro. Traje oscuro ajustado a unos hombros que no pasaban desapercibidos ni de broma. El pelo moreno, ligeramente despeinado, y esos ojos azules…

Mierda.

Connor McRae.

El mismo Connor McRae al que veía cada mañana en mi otro trabajo.

Porque sí, tenía otro trabajo.

Yo limpiaba en el castillo Dunbrae, una destilería escocesa plantada en pleno Manhattan.

Y él…

Él era uno de los herederos. Nunca se había fijado en mí, estaba convencida. Ni una sola vez. Allí yo era invisible. Una más. Nadie se fija en la chica que quita el polvo y barre el suelo.

¿Qué demonios hacía él allí?

Demasiada casualidad.

Entonces giró la cabeza. Directo hacia mí.

Nuestros ojos se encontraron y algo cambió en su expresión. Un destello rápido. Como si fuera a mí a quien buscara.

Y empezó a caminar en mi dirección.

El pánico me subió por la garganta.

No.

No, no, no.

Mi pulso se disparó. Por un segundo estuve a nada de levantarme y largarme de allí.

Porque solo había una explicación posible para que se hubiera acercado, y esa explicación era…

—¿Emma?

Casi me atraganto con mi propia respiración.

Genial.

Simplemente… genial.

Connor McRae acababa de llamarme por el nombre falso, lo que significaba que ese cliente importante del que Lauren hablaba era él.

¿En serio? ¿De entre todos los hombres de Manhattan? ¿Él?

Maldito karma.

# 2




# Connor

Cuando contraté los servicios de Perfect Match, gracias a la insistencia de mi hermano Liam y a su estúpida sonrisa de listillo, jamás imaginé algo así.

Ni de coña.

Mi plan era sencillo: una chica agradable, discreta, que fingiera ser mi novia durante un par de días y me salvara el culo en esa boda escocesa. Fácil, ¿verdad?

Bueno, pues el plan acababa de complicarse a lo grande.

Porque la rubia que estaba sentada frente a mí no era solo agradable y discreta. Era absolutamente preciosa. Joder, demasiado

guapa para ser real.

Su cabello dorado caía como seda sobre sus hombros, brillante bajo la luz suave del café. Y esos ojos marrones e intensos me miraban con una mezcla de sorpresa y desconfianza.

—¿Emma? —dije, intentando sonar amable para romper el hielo.

Ella parpadeó, como si acabara de sacarla de algún trance extraño.

—Sí, soy yo —respondió con voz suave, ligeramente nerviosa.

El camarero apareció justo entonces y puso delante de ella un cappuccino decorado con precisión. Luego me miró, amable:

—¿Le sirvo algo?

—Café solo, por favor.

Cuando volvió a alejarse, centré mi atención de nuevo en ella. Por la forma en la que me miraba, era obvio que me había reconocido.

Cero sorpresas.

—Soy Connor McRae —dije con una pequeña sonrisa—. Aunque supongo que eso ya lo sabes. Los herederos del castillo de Manhattan no solemos pasar inadvertidos.

La gente lo llamaba el «Castillo de Manhattan», pero en realidad era el castillo Dunbrae, nuestra destilería familiar. Mis hermanos y yo gestionábamos el negocio, elaborando uno de los whiskys más exclusivos del país con una receta heredada de nuestros antepasados escoceses.

Ella sonrió levemente, con cautela.

—Sí, claro que sé quién eres.

Había cierta tensión en su voz. No tenía ni idea de por qué. Intenté suavizar el ambiente.

—La señorita Graham me aseguró que eras de las mejores de la agencia.

Ella soltó una carcajada corta y negó suavemente con la cabeza.

—Nunca hagas mucho caso a lo que diga Lauren. Suele exagerar.

—Espero que esta vez no lo haya hecho —respondí, medio en broma, medio en serio—, porque necesito a alguien realmente bueno a mi lado.

Emma me observó, seria, como analizando mis intenciones.

—Vale, Connor. ¿Qué tal si empiezas explicándome exactamente en qué consiste el servicio?

Tomé aire y me incliné ligeramente hacia delante.

—Necesito que finjas ser mi novia durante todo un fin de semana en Escocia. Es la boda de mi mejor amiga. Es crucial que crean que estamos juntos de verdad. Debes ser muy convincente.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Una boda… en Escocia? ¿En serio?

—Sí. Mi amiga es de origen escocés, como yo. Decidió casarse allí —expliqué despacio, observando sus gestos—. ¿Hay algún problema?

Emma frunció ligeramente el ceño, incómoda.

—Lauren no mencionó que fuera un viaje internacional. Normalmente solo hacemos servicios locales. No he hecho esto antes fuera de Manhattan.

Algo dentro de mí se resistía a aceptar un no.

—¿Crees que podrías intentarlo? —insistí suavemente—. Yo cubriré absolutamente todos los gastos: vuelos, alojamiento, ropa de etiqueta… lo que necesites.

Noté cómo dudaba, incómoda. Miraba a un lado y a otro, buscando la forma educada de rechazarme.

Por alguna razón que no llegaba a entender, yo no quería una negativa. Ni siquiera la conocía, y aun así sentía que era exactamente la persona que necesitaba a mi lado durante aquel maldito fin de semana.

Además, había algo extraño en ella que me resultaba familiar. Como si, de algún modo, ya la conociera de antes, aunque no lograba recordar de dónde. Era una sensación vaga, inquietante, que no conseguía identificar, pero que me impulsaba aún más a convencerla de que aceptara el trabajo.

—No lo sé… —comenzó, dubitativa—. No estoy segura de que sea buena idea.

Me incliné un poco más, bajando la voz para sonar más convincente.

—Escucha. Sé que la agencia cobra dos mil dólares al día por servicios internacionales. Estoy dispuesto a doblar esa cifra. Cuatro mil por día. Tres días. Eso debería compensar las molestias.

Emma levantó la mirada de golpe, sorprendida.

—Cualquiera de mis compañeras aceptaría por menos. ¿Por qué no eliges a otra?

Me recosté en la silla y sonreí, mirándola directamente a los ojos.

—Porque no quiero a otra. Te quiero a ti.

Ella arqueó una ceja, todavía desconfiada.

—¿Y eso por qué exactamente?

Me encogí ligeramente de hombros, sincero.

—Soy una persona que confía mucho en las primeras impresiones. Hace unos años tuve que contratar a alguien para un puesto clave en la empresa. Entrevisté a una docena de candidatos

con currículums impresionantes, llenos de estudios superiores y una experiencia laboral increíble. Pero acabé eligiendo al primero, aunque su currículum no era ni de lejos el más espectacular, ni el que contaba con la experiencia laboral más destacable. Simplemente lo escogí porque desde el primer momento sentí que era el adecuado. Y resultó ser la mejor decisión que tomé jamás. —Me detuve un momento y clavé los ojos en ella—. Creo en mis primeras impresiones, Emma. Y mi primera impresión contigo es buena. Muy buena.

Ella respiró hondo, pensativa. La tensión desapareció poco a poco de su expresión.

—De acuerdo —dijo finalmente, asintiendo decidida—. Lo haré. Pero necesito entender mejor algo. ¿Por qué es tan importante que crean que tienes novia?

Suspiré, incómodo, pero decidí ser sincero:

—Hace dos años le confesé mis sentimientos a Maisie, la chica que se casa y mi mejor amiga. Ella no sentía lo mismo. Desde entonces, las cosas son incómodas entre nosotros. Quiero demostrarle que estoy bien, que he seguido adelante.

Emma hizo una mueca comprensiva.

—Joder, qué putada.

—Sí, una putada enorme —reconocí, sonriendo con ironía—. Fuimos amigos desde la universidad. Pensé que acabaríamos juntos. Claramente, me equivoqué.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, curiosa.

—¿Y por qué tardaste tanto en decírselo?

Me encogí de hombros, resignado.

—Porque tenía novio. Cuando rompieron, pensé que era mi oportunidad. Pero acabó volviendo con él. Y ahora van a casarse.

Emma me miró en silencio unos segundos, asimilando mis palabras. Yo esperé su respuesta, deseando haber sonado menos patético de lo que me sentía en ese momento.

Pero necesitaba desesperadamente que aquello funcionara. Tenía la esperanza de que las cosas entre Maisie y yo volvieran a la normalidad y pudiéramos recuperar la amistad que habíamos tenido siempre.

No había nada que odiara más que aquello. No solo la había perdido como posible pareja, también como amiga. Ya no quedábamos nunca a solas; desde hacía tiempo, siempre estaban presentes otros amigos comunes de la universidad. Estaba claro que ella ya no se sentía cómoda conmigo. Y yo echaba terriblemente de menos la complicidad que habíamos tenido durante años.

—Entiendo. Siempre hago una reunión previa para definir la historia. Debemos ser convincentes, si queremos que funcione.

Asentí con decisión, aliviado.

—Claro. Prepararé todos los detalles que necesitemos.

Ella sonrió ligeramente y sacó una pequeña libreta del bolso. Empezó a anotar algo rápido, concentrada.

La observé en silencio, intrigado. Había algo extraño en ella, algo familiar que no lograba identificar.

Por un segundo me pregunté en qué demonios me había metido.

Pero otra parte de mí, muy en el fondo, tuvo claro que aquel fin de semana en Escocia iba a cambiarlo absolutamente todo.

No me equivoqué.

# 3




## Liza

Entré en el vestuario femenino del castillo con el corazón latiendo a mil por hora.

Todavía no podía asimilar que mi nuevo cliente fuese él. Connor McRae. Mi jefe.

Todo aquello era tan absurdo que parecía sacado de una comedia romántica cutre de Netflix.

Joder. Connor, su propuesta, yo aceptando… ¿en qué narices estaba pensando cuando le dije que sí?

Algo tenía claro: si Connor hubiera sabido que trabajaba limpiando su castillo, ni de coña me habría contratado. Las normas

sobre relaciones entre empleados eran más claras que el agua, y romperlas era motivo de despido inmediato.

Y ahí estaba yo, a punto de fingir ser la novia falsa de mi propio jefe durante todo un maldito fin de semana en Escocia.

Muy lógico todo.

Abrí la taquilla y saqué el uniforme del castillo.

Nada memorable. Pantalones oscuros, cómodos, y una camisa gris aburrida con el logo discreto de Dunbrae en el pecho.

«Discreción absoluta», nos recordaban siempre. Irónico, teniendo en cuenta que me dirigía de cabeza a fingir que estaba liada con Connor delante de todos sus amigos en una boda.

La sinceridad habría sido lo más inteligente. «Una cosa, Connor. Trabajo limpiando tu castillo por las mañanas. ¿Sigue en pie lo de la boda en Escocia?»

Pero cuando mencionó el dinero que pagaba por el servicio, mi honestidad se había esfumado rapidito. No podía rechazar ese dineral. Necesitaba cada centavo.

Suspiré, terminando de ajustarme el delantal negro sobre la cintura.

Solo esperaba pasar inadvertida todo lo posible. Y, por Dios, no cruzármelo por los pasillos durante una buena temporada.

Justo entonces, alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Liza, estás ahí? —preguntó una voz conocida al otro lado.

Era Cole. Sonaba animado.

Abrí enseguida y ahí estaba, sonriendo como si hubiera descubierto oro puro.

Cole era mi mejor amigo y no solo trabajaba conmigo en la agencia, sino también en el castillo, pero en atención al cliente. Tenía la sonrisa perfecta, ojos y piel color chocolate y el carisma

suficiente para que todo el mundo lo adorara. Básicamente, era el puto clon del Duque de los Bridgerton, solo que en su caso Daphne le interesaba bastante menos que sus hermanos.

—La sargento Doyle te busca —soltó sin preámbulo, con una sonrisa traviesa.

Mierda. Justo lo que me faltaba.

«Sargento Doyle», alias la Rottenmeier del castillo. Pequeña, seca, con el pelo recogido tan fuerte que parecía que los ojos se le iban a salir en cualquier momento.

—¿Qué habré hecho ahora? —suspiré, resignada.

Cole se encogió de hombros, divertido.

—Ni idea, pero no la hagas esperar. Ya sabes cómo se pone.

Suspiré más fuerte mientras caminábamos juntos hacia el despacho de la sargento.

—Luego quiero saber todo sobre tu cliente nuevo —me susurró Cole, cotilla perdido.

—Cuando te lo cuente, vas a quedarte sin palabras —respondí, negando con la cabeza.

—La última vez que me quedé sin palabras fue cuando Chris Evans apareció con barba, así que más te vale tener algo realmente jugoso.

Tuve que aguantarme la risa mientras entraba al despacho de la sargento Doyle.

Ella levantó la cabeza y me miró, tan fría como siempre.

—Siéntese, señorita Dawson.

—Buenos días —saludé, intentando sonar educada.

Me ignoró por completo, revisando papeles.

—Enhorabuena —soltó con tono seco—. Ha sido ascendida. A partir de hoy será la asistenta personal del apartamento privado de uno de los hermanos McRae.

Me quedé mirándola en shock. ¿Esto era en serio?

—Perdone, ¿cómo dice?

—Angeline Carter pidió una licencia por embarazo y necesitamos sustituta. Es usted.

Tragué saliva. Bueno, había cuatro hermanos McRae. Las probabilidades de que fuera justo el apartamento de Connor eran mínimas, ¿no?

—¿El apartamento de cuál de los hermanos exactamente?

La sargento Doyle me lanzó una mirada irritada por encima de sus diminutas gafas.

—El del señorito Connor.

Oh, Dios mío.

El nombre cayó sobre mí como un puto jarro de agua fría. Noté cómo se me secaba la boca al instante.

Connor. Tenía que ser justo él.

Aquello era surrealista. Absurdo. Imposible.

Abrí y cerré la boca varias veces, sintiendo que me ahogaba en una mezcla de pánico y negación.

—¿Connor… McRae? —murmuré, casi sin voz, intentando desesperadamente mantener algo de dignidad frente a la mirada escrutadora de Doyle.

Ella arqueó las cejas, exasperada.

—¿Acaso conoce a otro Connor en este castillo, señorita Dawson?

Negué con rapidez, notando cómo las mejillas me ardían.

—¿Y es necesario que acepte?

La sargento Doyle levantó la vista de golpe.

—Cualquier chica aquí mataría por tener ese puesto —respondió en un tono áspero y tajante—. Además, son doscientos dólares extra a la semana. ¿No fue usted quien se quejó de que el sueldo no era suficiente?

Joder, maldita sea mi bocaza.

Me mordí el labio inferior, sintiendo cómo la desesperación me subía lentamente por la garganta.

Tenía razón, necesitaba cada dólar extra que pudiera conseguir. Pero aquello era demasiado. ¿Cómo demonios iba a limpiar el apartamento privado del hombre con el que estaba a punto de fingir una relación?

Aquello no podía salir bien ni de coña.

—¿Puedo pensarlo? —pregunté, casi suplicante.

La mirada de Doyle se endureció aún más, si cabía, convertida ahora en una capa de hielo puro.

—Esto no es una oferta negociable, Dawson. Es una orden directa. —Se puso en pie de golpe, impaciente—. Vamos a ir ahora mismo a presentarla formalmente al señorito Connor.

—¿Ahora mismo? —respondí, notando cómo la voz me temblaba ligeramente por la ansiedad—. Es que aún tengo que…

—Nada puede ser más urgente que presentarte al jefe al que vas a asistir personalmente —me interrumpió tajante, sin darme margen para excusas—. Andando.

Mientras caminábamos hacia la torre este, noté cómo el pánico crecía salvaje dentro de mí.

Tenía que hacer algo. Cualquier cosa. Porque la idea de plantarme delante de Connor en ese mismo instante era lo más parecido al infierno que se me ocurría.

Entonces, desesperada, improvisé lo primero que me vino a la cabeza.

Empecé a toser.

Primero suavemente. Luego más fuerte, exagerando todo lo que podía y llevándome la mano al pecho con teatralidad.

La sargento Doyle se detuvo bruscamente, mirándome con el ceño fruncido y una irritación evidente.

—¿Qué demonios le pasa ahora, Dawson?

—Creo… que estoy un poco enferma —conseguí decir entre toses, poniendo voz débil—. Mejor que no me acerque mucho al señorito Connor así, no vaya a contagiarlo…

Ella resopló, harta de mí claramente, pero dudó un instante.

Bien. Había logrado que vacilara. Aproveché enseguida el hueco:

—Solo necesito un minuto, voy corriendo a por una mascarilla. Así será más seguro para todos, ¿no cree?

Me miró con los ojos entrecerrados, desconfiando profundamente.

—Tiene exactamente un minuto, Dawson. Ni uno más.

Asentí rápido, disimulando mi alivio como pude. Me giré y salí disparada hacia la oficina de Cole, que por suerte estaba cerca.

Cole se encargaba de organizar eventos exclusivos y catas privadas. Tenía la habilidad innata de caerle bien hasta a una estatua, y era la cara amable y encantadora del castillo para visitantes VIP y clientes exigentes. Cuando no estaba guiando grupos por la destilería, explicando el proceso artesanal del whisky, lo encontrabas cuadrando reservas en aquella oficina en la que acababa de entrar casi en ataque de histeria.

Me lanzó una mirada de absoluta sorpresa al verme entrar así, de repente, con cara de loca y respirando aceleradamente.

—¿Todo bien, Liza?

—Necesito urgentemente una mascarilla —le pedí sin rodeos, acelerada por los nervios—. Ah, y también tus gafas para leer de cerca.

Él arqueó las cejas, absolutamente perplejo, mirándome como si acabase de decirle que Elvis Presley estaba vivo y se escondía en el baño del castillo.

—¿Mis gafas para leer? ¿Para qué demonios las quieres?

—Luego te lo explico, te lo juro. Tú confía en mí y dámelas, por favor.

Cole negó despacio, conteniendo una sonrisa incrédula, pero me pasó enseguida una mascarilla nueva que tenía en el cajón y las gafas de pasta negra que usaba para leer la letra pequeña de los formularios de reserva.

—Estás fatal de la cabeza, querida.

—Créeme, lo sé.

Me coloqué enseguida la mascarilla y luego las gafas, que eran demasiado grandes para mi cara y se me resbalaban por el puente de la nariz. Probablemente, ahora mismo tenía la pinta más ridícula de toda mi vida.

Fantástico.

Solo faltaba una cosa. Me deshice la coleta, dejándome el pelo suelto para taparme la cara.

Ahora sí.

Regresé corriendo con la sargento Doyle, que me esperaba cruzada de brazos con una expresión que indicaba claramente que su paciencia conmigo se había agotado hacía ya varios minutos.

—¿Ya está contenta, Dawson? —preguntó, mirándome de arriba abajo con cara de fastidio absoluto—. ¿Podemos irnos ya o prefiere montar algún numerito más?

—Listísima —respondí rápidamente, intentando sonar segura tras la mascarilla que casi me ahogaba.

Subimos hacia la torre este mientras yo rezaba silenciosamente para que, cuando Connor McRae me viera con aquel ridículo disfraz improvisado, no me reconociese ni por asomo.

Aunque, con mi suerte habitual, seguro que eso era pedirle demasiado al universo.

# 4




# Connor

Había llegado hacía solo unos minutos después de mi reunión con Emma, mi flamante novia falsa, cuando escuché unos golpes secos en la puerta del despacho.

—Adelante —respondí distraído, levantando la vista de los papeles.

Mi cabeza todavía le daba vueltas a aquella conversación surrealista en el café. Todavía no terminaba de creerme que hubiese contratado a alguien para fingir ser mi pareja en la boda de Maisie.

Joder. Menuda locura.

Y no podía permitirme estar distraído. Ser Director de Operaciones del Castillo Dunbrae significaba supervisarlo todo: proveedores, inventarios, barricas, distribución…

Un mínimo error podía costarnos una fortuna.

Cada uno de mis hermanos tenía un rol específico. Ewan era el Director General y siempre tenía la última palabra. Liam, el simpático de la familia, se encargaba del marketing y las relaciones públicas. Y luego estaba Brody, que manejaba las finanzas como un tiburón de Wall Street.

Yo, en cambio, era quien se aseguraba de que las cosas funcionaran día a día.

Cero distracciones.

Al menos, hasta ahora.

La puerta se abrió con energía militar. Solo había una persona en todo Dunbrae capaz de abrir así las puertas: Margaret Doyle, alias «sargento Doyle».

Levanté los ojos con resignación.

Efectivamente, allí estaba, erguida como un palo de escoba, con la expresión impecable y fría, con sus manos perfectamente entrelazadas delante del cuerpo. Su rostro delataba esa sensación perpetua de estar supervisando soldados novatos y torpes.

—Disculpe la interrupción, señor McRae —comenzó, en tono ceremonioso—. Quería presentarle personalmente a la nueva asistenta que cubrirá a Angeline por las mañanas.

No venía sola.

Justo detrás de Margaret había una chica que parecía querer esconderse detrás de ella. Literalmente. Llevaba una mascarilla enorme que casi le cubría toda la cara, gafas demasiado grandes para su rostro y un peinado que básicamente consistía en usar el pelo como cortina protectora contra el mundo exterior.

Fruncí el ceño, extrañado. ¿Qué demonios...?

La chica avanzó tímidamente, con esa postura encorvada y ridícula de quien pretende pasar desapercibido mientras se convierte exactamente en el centro de atención.

No podía verle bien la cara, pero algo en ella se me hizo familiar.  Esos ojos azules… ¿los había visto antes?

No le di importancia. Era tan malo reconociendo caras que mis hermanos solían decir que sufría de algún grado de prosopagnosia.

—Gracias, Margaret —respondí lentamente, poniéndome en pie sin dejar de mirar a la joven—. ¿Cómo está Angeline, por cierto?

Margaret parpadeó desconcertada, como si le hubiera preguntado por las especificaciones técnicas del Apollo XIII.

—Bien, supongo, señor. Está embarazada, no enferma —respondió, seca y cortante como siempre.

Por supuesto. Empatía marca Doyle.

—Ya. Pero incluso embarazada podría necesitar algo, ¿no crees? Envía una cesta bonita en nombre del castillo y asegúrate de que sepa que estamos para lo que necesite.

Otro parpadeo rígido de Margaret. No parecía especialmente conforme con hacer de mensajera del buen rollo, pero finalmente asintió con formalidad.

—Como desee, señor McRae.

Luego señaló con la cabeza hacia la chica que se removía incómoda a su lado, como si de repente recordara que estaba allí.

—Como decía, ella es la sustituta. Se llama Liza Dawson.

Avancé hacia la chica y le tendí la mano con una sonrisa que esperaba fuera tranquilizadora. Pero por la forma en que dio un ligero respingo, parecía que le estuviera ofreciendo una cobra viva en vez de mi mano.

Esto era cada vez más extraño.

—Encantado, Liza. Soy Connor. Espero que encargarte de mi piso no te resulte demasiado complicado. No suelo estar por las mañanas, así que no voy a estorbar.

Ella levantó la vista brevemente, estrechó mi mano en menos de medio segundo, y volvió a refugiarse enseguida tras su improvisada cortina de pelo castaño.

Vale, algo aquí no encajaba en absoluto.

Me incliné un poco hacia ella, intentando verle mejor la cara. Esos ojos azules me estaban volviendo loco. Yo conocía esos ojos. ¿Pero de dónde?

—Perdona… ¿nos hemos visto antes? —pregunté despacio, curioso.

Fue instantáneo. Pánico absoluto en su mirada. Retrocedió medio paso, tropezó ligeramente con Margaret, y se recolocó la mascarilla con nerviosismo. Joder, cualquiera diría que acababa de acusarla de asesinato.

—Seguro que me ha visto por los pasillos —respondió atropelladamente, sin mirarme a los ojos—. Trabajo aquí. En el castillo. Donde usted trabaja. Es eso. Seguro.

La observé con incredulidad, arqueando una ceja con escepticismo descarado.

—Claro… Eso debe ser. ¿Y la mascarilla? ¿Estás enferma o algo?

Entonces sucedió algo digno de premio a la peor actuación dramática del año: empezó a toser. Pero no a toser ligeramente, no. Era la tos más exagerada y teatral que había oído en toda mi vida. Si hubiera podido, le habría dado el Oscar ahí mismo solo por la entrega a la causa.

—Un virus —respondió finalmente con voz quebrada y ahogada, mirando hacia cualquier sitio menos hacia mí—. Muy contagioso.

Ya. Claro. Y yo era Brad Pitt.

Me crucé de brazos, divertido.

—Pues qué inconveniente —dije aguantando la risa—. Por cierto, llámame Connor. «Señor» me hace sentir viejo.

—Sí, claro, señor... Connor, digo —tartamudeó, bajando la cabeza todavía más.

Margaret, claramente harta del show, carraspeó.

—¿Necesita algo más, señor McRae?

Negué lentamente, aún con los ojos fijos en la extraña asistenta con pinta de fugitiva internacional.

—No, gracias, Margaret. Eso es todo.

Margaret asintió seca, hizo un gesto a Liza y se dirigió a la puerta. La chica salió tras ella tan rápido que parecía querer batir algún récord de velocidad.

En serio, ¿qué cojones acababa de pasar?

Me quedé mirando la puerta cerrada unos segundos, intentando entender qué había sido todo aquello. Estaba claro que Liza Dawson ocultaba algo. Lo que no sabía era el qué. Y odiaba no saber cosas.

Volví a mi silla, resoplando con frustración. Bastantes preocupaciones tenía ya como para añadir una asistenta con complejo de agente secreto.

Intenté concentrarme en los correos pendientes, pero mi cabeza, inevitablemente, regresaba una y otra vez a Emma.

A Maisie.

A Escocia.

Y a esos ojos azules, absurdamente familiares, que se escondían tras la mascarilla y las gafas gigantes de Liza Dawson.

# 5




# Liza

En cuanto terminé mi turno, subí disparada a la habitación de Cole.

Dunbrae tenía una zona residencial para los trabajadores en un edificio pegado al castillo. Eran habitaciones sencillas, pero agradables: una cocina básica con vitrocerámica, cama cómoda, armario empotrado y baño privado. No era ningún lujo, pero para vivir tranquila mientras currabas allí, sobraba.

Cole abrió la puerta nada más llamar y me recibió con una sonrisa curiosa.

—Ya era hora —dijo, apartándose para dejarme pasar—. Pensaba denunciar el robo de mis gafas.

—Perdona. Y gracias —respondí entregándoselas—. Me has salvado la vida, en serio.

Él arqueó una ceja divertido y me observó tirarme en su sofá con un suspiro profundo.

—Venga, suelta. Estás más dramática que cuando cancelaron tu serie favorita en Netflix.

—Cole, estoy metida hasta el cuello —solté angustiada, tapándome la cara con ambas manos—. La he cagado muchísimo esta vez.

Él se sentó a mi lado de golpe, mirándome más interesado.

—¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas que te mencioné a ese cliente especial, el que te dije que ibas a quedarte sin palabras cuando supieras quién era?

—Sí, sí, el famoso cliente misterioso —me animó, haciendo un gesto con la mano—. Pues venga, sorpréndeme de una vez.

Le miré directamente, tomando aire antes de soltarlo:

—Es Connor McRae.

Cole abrió la boca tanto que casi se le desencaja la mandíbula.

—Espera, espera. ¿Connor McRae? ¿Connor, nuestro jefe? ¿El escocés bueno que está forrado y que está más bueno todavía? ¿Ese Connor McRae?

—Sí. Ese Connor McRae.

Cole resopló, llevándose la mano a la frente.

—Pero vamos a ver, ¿qué necesidad tiene un tío así de pagar por una cita falsa? ¿Estamos tontos o qué?

—Resulta que tiene una boda en Escocia y necesita fingir delante de alguien que su vida amorosa es perfecta. Yo qué sé, Cole, no me preguntes…

—Ah, genial. El drama de siempre —contestó poniendo los ojos en blanco—. Chico rico y guapísimo tiene que fingir que tiene novia para salvar su orgullo. Pobre, qué dura es la vida para algunos. Imagino que le mandaste al carajo, ¿no?

—Pues… —empecé, mirando al suelo.

Él abrió los ojos desorbitados.

—¡Joder, Liza! No me digas que has aceptado.

—Me ofreció una pasta. ¡Una pasta de verdad! ¿Qué esperabas que hiciera? Sabes cómo estoy económicamente.

Cole negó lentamente con la cabeza.

—¿Pero es que no te das cuenta? Es tu jefe. Y aunque él no tenga ni idea de quién eres ahora mismo, ¿de verdad piensas que esto puede salir bien?

—Solo va a ser un fin de semana —me defendí.

—Vale, supongamos que tienes razón —respondió él con cautela —. ¿Dónde está entonces el drama monumental que mencionaste?

Tomé aire profundamente.

—Pues que justo hoy la sargento Doyle me ha ascendido. Me ha dado un puesto nuevo, limpiando uno de los apartamentos privados del ala norte.

Cole palideció de repente.

—Dime que es una broma.

Negué despacio con la cabeza.

—Dime al menos que no es…

—Sí, Cole. Voy a limpiar el puto apartamento de Connor McRae.

Mi amigo dejó escapar una carcajada nerviosa, incrédulo.

—Joder, esto ya es demasiado. ¿Qué has hecho en otra vida, Liza? ¿Pegar fuego a orfanatos?

—Créeme que empiezo a preguntármelo —suspiré, hundiéndome aún más en el sofá—. Ha sido el peor momento de mi vida. La sargento Doyle me ha obligado a ir a presentarme ante él en persona. ¡Yo! Hablándole directamente a Connor, con una mascarilla cutre y tus gafas intentando ocultarme. Ha sido patético.

Cole estalló en carcajadas, tapándose la boca con una mano mientras se doblaba de risa.

—Oh, Dios mío, ¡¿eso hacías con mis gafas?! ¿En serio pensabas que así no iba a reconocerte?

—Cole, no es gracioso. Esto es una pesadilla. Estoy segura de que sospechó algo raro.

Él logró calmarse mínimamente y me miró casi con pena.

—Cariño, siento decírtelo así, pero es que como espía das pena. La próxima vez, por favor, pide ayuda antes.

—Gracias, Cole, tu apoyo es maravilloso —solté con ironía.

—Mi apoyo lo tienes siempre —respondió intentando contener la risa—. Pero tienes que admitir que es ridículo. Vamos, ¿y ahora qué?

—Connor me dijo que no suele estar por casa cuando limpio, así que igual puedo esquivarle. Además, a partir de ahora ya no tendré que rotar turnos. Se acabaron los fines de semana de mierda.

Él frunció el ceño, poniéndose de repente más serio.

—A ver, Liza, en serio. ¿Te das cuenta de lo mal que puede salir esto? Si Connor se entera de que la chica que ha contratado es su empleada, te va a echar de Dunbrae en menos de dos segundos. No se juega con estas cosas.

—No lo va a saber nunca. Llevo peluca, lentillas marrones, maquillaje… Créeme, hasta yo misma dudo de mi propia identidad cuando me miro en el espejo.

Él arqueó una ceja dudoso.

—Más te vale, cielo. Porque si McRae se da cuenta, no solo tendrás libres los fines de semana.

Antes de responder, sentí vibrar el móvil en mi bolsillo. Lo saqué, leyendo rápidamente el mensaje.

CONNOR

Emma, soy Connor. ¿Te viene bien quedar este sábado y preparar los detalles de nuestra historia?

Suspiré, dejándome caer de nuevo contra el respaldo.

Tranquila, todo irá bien, pensé, intentando convencerme. Una reunión, un único fin de semana en Escocia fingiendo, y después Connor McRae olvidaría a Emma para siempre.

¿Qué podía salir mal?

—¿Liza? —preguntó Cole, observando mi cara preocupada—. ¿Todo bien?

Le lancé una mirada derrotada y sonreí con cansancio.

—Claro, Cole. Mi vida es perfecta, ¿no lo ves?

Él bufó y negó con la cabeza.

—Por supuesto, cariño. Tienes todo absolutamente bajo control.

# 6




# Connor

No hay nada como The Highland Stag. Buena cerveza. Luz suave. Chimenea encendida. El único lugar del mundo donde sentía que podía desconectar de todo.

O de casi todo.

Porque ni siquiera mi pub lograba sacarme de la cabeza la absurda situación en la que me había metido.

Una novia falsa.

En la boda de Maisie.

En Escocia.

Joder, solo de pensarlo me daban ganas de pedir otro trago.

Había venido con mis hermanos y Genny, la novia de Ewan. Una periodista que apareció un día para entrevistarlo y terminó conquistándolo. Divertida, lista y brutalmente sincera. Nadie se tomaba a mal sus comentarios.

Nos sentamos en la mesa de siempre. Liam hablaba sin parar haciendo reír a Genny. Ewan, más relajado que nunca, tenía esa sonrisa permanente que ella conseguía sacarle. Incluso Brody estaba especialmente sociable, bromeando más que de costumbre y logrando que Liam casi escupiera la cerveza un par de veces.

En cualquier otro momento me habría unido a las bromas. Pero hoy tenía la cabeza demasiado ocupada con Emma, la chica que había contratado para que fuera mi novia falsa.

Menudo desastre de idea.

—¡Chicos, flipad con esto! —Genny agitó entusiasmada su móvil —. ¡El castillo Dunbrae acaba de entrar en el ranking oficial de Vida Gatuna!

Liam dejó la cerveza sobre la mesa, incrédulo.

—¿Vida Gatuna? ¿Ahora somos famosos entre los gatos? Increíble.

Brody sonrió ampliamente, mirando curioso la pantalla.

—Pues a mí me parece justo. Claramente los gatos tienen mejor criterio que muchos humanos.

Solté una carcajada breve. Brody era el único capaz de parecer absolutamente serio mientras decía esas cosas.

—La culpa es tuya, Ewan —intervine, dirigiéndome a mi hermano mayor con fingida seriedad—. ¿Quién iba a decir que esas casetas acabarían convirtiéndonos en héroes felinos?

Ewan suspiró, resignado.

—Reconozco que la idea inicial fue mía, pero quien bautizó a todos esos gatos callejeros fue Genny. Así que ella es la verdadera culpable.

Genny levantó orgullosa la jarra de cerveza.

—Exacto. Clyde, Bandit, Rocket… Apostaría a que nunca imaginasteis vuestra vida adulta cuidando gatos callejeros.

Liam alzó rápidamente su jarra con exagerado dramatismo.

—Brindemos entonces por nuestro inevitable destino felino. Y por Ewan y Genny, líderes indiscutibles de esta adorable locura.

Chocamos las jarras riendo.

—Ha sido genial, chicos, pero tengo que irme ya —dijo Genny con un suspiro—. Estoy trabajando en un reportaje sobre jóvenes empresarios que están cambiando Manhattan, y si no entrego el borrador mañana, mi editor me matará.

Ewan se levantó con ella sin dudar. Ni una pausa. Ni un titubeo.

La agarró suavemente por la cintura y la acercó con esa naturalidad que tienen los que llevan tiempo juntos. Genny sonrió, mirándolo a los ojos justo antes de que él la besara.

Y no fue uno de esos besos rápidos para cumplir.

Fue lento. Profundo. El tipo de beso que hace que cualquiera alrededor se sienta incómodo por sobrar.

Liam hizo una mueca exagerada, tapándose los ojos con teatralidad.

—Vale, oficialmente necesito terapia después de esto.

Brody rio, apoyándose con comodidad en el respaldo.

—Creo que este beso ha durado más que mi última relación.

Me reí entre dientes.

Ewan terminó el beso tranquilamente, sin prisas, como si no acabara de dejarnos en evidencia delante de todo el pub.

Genny negó suavemente, con las mejillas algo rojas, divertida.

—Sois insoportables.

La mirada de Ewan la siguió hasta la puerta, sin perder detalle, con esa sonrisa de idiota enamorado que era imposible ocultar.

Y mierda, cualquiera podía ver lo evidente.

Ahí había amor. Amor del bueno.

Liam carraspeó fuerte, interrumpiendo la mirada embobada de Ewan hacia la puerta.

—En serio, tío. O bajas el nivel de azúcar o voy a vomitar aquí mismo.

Así era Liam. Mujeriego empedernido y alérgico a cualquier cosa que sonara a compromiso.

Ewan esperó un par de segundos después de que ella saliera y carraspeó ligeramente para captar nuestra atención.

—Bueno, chicos. Tengo algo importante que contaros.

Todos lo miramos de golpe, intrigados.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña caja aterciopelada. La dejó sobre la mesa y la abrió. Dentro brillaba un anillo con un pequeño diamante. Y justo al lado, una diminuta huella de gato grabada.

—Voy a pedirle matrimonio a Genny.

Hubo un breve segundo de silencio antes de que Brody levantara las cejas con una sonrisa divertida.

—Hostia, esto es histórico. Ewan McRae pasando por el altar. Definitivamente vivimos tiempos extraños.

Liam reaccionó con una carcajada, negando lentamente la cabeza.

—Mierda. Esto es más grave de lo que pensaba. El apocalipsis está cerca.

Yo levanté mi jarra hacia Ewan con sinceridad.

—Me alegro por ti, hermano. Solo recuerda limitar el romanticismo extremo. Por nuestro bien y el de la humanidad.

Soltamos una carcajada, brindando todos al mismo tiempo. Ewan guardó la caja cuidadosamente en el bolsillo y volvió a sonreír, relajado y feliz.

Daba gusto verlo así. Al menos uno de nosotros había tenido suerte en el amor.

—Por cierto, Connor —soltó Liam de repente, señalándome con la cerveza—, ¿qué tal tu cita con la chica de la agencia?¿Parece capaz de soportarte todo un fin de semana sin escaparse?

Suspiré, fingiendo resignación mientras Brody se reía por lo bajo.

—Muy gracioso, Liam. Para tu información, ha ido bastante bien. Tenemos otra reunión el sábado para concretar detalles.

Brody me miró con una sonrisa divertida, levantando una ceja.

—Sé honesto, Connor. ¿Cuánto has tenido que pagarle para que no salga corriendo al verte?

Suspiré lentamente, negando con fingida paciencia.

—Gracias por vuestro apoyo moral, chicos. En serio, así da gusto.

Ewan, con una sonrisa tranquila, intervino en mi defensa.

—Venga, dejadlo respirar un poco. Bastante complicado es ya fingir una relación en la boda de Maisie.

Levanté la cerveza hacia él, agradecido.

—Por fin alguien que me entiende.

Liam negó gravemente.

—No te emociones demasiado, Connor. Desde que está enamorado, Ewan es empático con todo el mundo. Está claramente intoxicado.

Brody rio y señaló a Liam.

—El día que tú seas empático, invito a todo el bar.

Todos reímos mientras Liam fingía indignarse. Bebí otro largo trago de cerveza. Quizá esa intoxicación de Ewan era justo lo que yo necesitaba también.

Desde lo de Maisie, no había conocido a ninguna chica que me importara realmente. Si lo hubiera hecho, ahora no estaría fingiendo nada. Tendría novia real y no habría contratado a una desconocida para aparentar delante de la única chica que me había roto el corazón.

Suspiré y me recosté en la silla, dándole otro trago a la cerveza.

Emma tenía que ser eso. Solo eso. Una desconocida haciendo su trabajo. Sin complicaciones. Sin preguntas incómodas.

Y, aun así, había algo que no encajaba.

Porque, en medio de todo aquel plan absurdo, mi cabeza no dejaba de irse a otro sitio.

A unos ojos azules que no tenían absolutamente nada que ver con esto.

Los de Liza Dawson.

# 7




# Liza

Viernes por la mañana y ahí estaba yo delante del Ala Norte. Sí, esa Ala Norte. La que parecía sacada de una peli de terror adolescente, con cartel imaginario de «Si entras aquí morirás en extrañas circunstancias». Vamos, el territorio exclusivo de los McRae dentro del castillo, vetado para simples mortales como yo.

¿Cómo había llegado hasta allí?

Pues lo de siempre: decisiones absurdas, un karma vengativo y mi máster oficial en liarla. Gracias, destino. Siempre puedo contar contigo.

Crucé la puerta del apartamento de Connor esperando encontrarme una versión más medieval. Ya sabes: armaduras tenebrosas, antorchas en las paredes, quizás una gaita decorativa… Pero no. Me recibió algo tan cálido y luminoso que casi parecía un anuncio de Ikea.

Muebles claros y cómodos. Luz entrando a raudales por unos ventanales enormes. Fotos familiares esparcidas por la pared como en cualquier casa normal. Me acerqué a curiosear una. Ahí estaba Connor, más joven y despreocupado, rodeado de sus hermanos y sonriendo de una forma ridículamente adorable.

Vaya, así que el escocés serio y profesional guardaba un corazoncito blandito bajo su kilt invisible. Punto para McRae.

Suspiré resignada y me ajusté el delantal negro. Tocaba currar.

Aún recordaba perfectamente las instrucciones exageradamente específicas de Angeline por teléfono.

—Tranquila, Liza —me había dicho—, lo tienes fácil. Connor deja siempre una nota sobre la mesa con algunas tareas. La encontrarás en la mesa del comedor, así que échale un vistazo antes de empezar. Y tranquila, él no es de esos jefes obsesivos que te revisan cada rincón buscando polvo con lupa. Es relajado, agradable, no te pondrá problemas. Eso sí, el escritorio del despacho merece un documental de Netflix. Aunque parezca que ha pasado por allí una estampida, no toques nada. Absolutamente nada. Limpia con delicadeza y sin reorganizar el caos, porque para él tiene sentido. ¿Entendido?».

Fantástico. Mi trabajo ahora consistía en preservar el desorden cósmico de Connor McRae. Genial.

Localicé rápidamente la nota en la mesa del comedor. Una hoja doblada cuidadosamente. Al abrirla sonreí sin poder evitarlo. La letra era clara, elegante.

*Buenos días, Liza.*

*Hoy toca limpieza general, pero sin complicarte. Sírvete café o lo que necesites. ¡Estás en tu casa!*

*Que tengas buen día,*

*Connor.*

Al final de la nota, en la esquina, había dibujado una pequeña taza de café humeante. Pero lo mejor era que esa taza tenía ojitos y una sonrisa adorable. Vamos, que el director de operaciones acababa de alegrarme la mañana dibujando cafés felices en sus instrucciones.

Era oficial, Connor era una caja de sorpresas demasiado encantadora y claramente esto no era justo para mi estabilidad emocional.

Doblé cuidadosamente la nota, la guardé en el bolsillo del delantal y suspiré profundo. Esto era demasiado absurdo. Hoy limpiaba el apartamento del hombre con quien mañana tendría una cita para hablar de nuestra relación falsa. Mi vida era definitivamente digna de una sitcom romántica.

Primero limpié el baño, luego el dormitorio. Por el aspecto del cuarto, Connor había salido disparado de casa en modo «llego tarde, mierda». Y por último me dirigí al temido despacho. Nada más entrar comprendí perfectamente el drama de Angeline. El escritorio era una trampa mortal para cualquier maniático del orden. Papeles amontonados, libretas abiertas boca abajo y cuatro tazas de café que probablemente habían desarrollado vida propia.

—Connor McRae, deberían estudiar tu escritorio en la NASA —susurré entre dientes mientras limpiaba alrededor con el mismo cuidado con el que desactivaría una bomba.

Ya estaba terminando cuando reparé en algo en una esquina. Varios tubos cilíndricos de los que usan los artistas para guardar dibujos.

¿En serio? ¿Connor pintaba?

Cogí uno de los tubos, lo abrí y desenrollé el lienzo que había dentro.

Guau. Aquello era bueno. Realmente bueno.

Era el castillo Dunbrae. Nuestro castillo. Pero no el gris imponente que limpiaba cada día. El suyo ardía en tonos naranjas y dorados, como si la piedra pudiera sentir el otoño.

Reconocí el estilo antes de pensar. Impresionismo. Pinceladas sueltas y visibles, captando la luz cambiante y el instante. Colores vibrantes aplicados sin mezclar, dejando que el ojo hiciera el trabajo. La forma sugerida más que definida, la atmósfera por encima del detalle. Un estilo que no se aprende, se siente.

Había estudiado Historia del Arte. Cuatro años. Me faltó un semestre para terminar. Un semestre para ser comisaria. Pero el universo decidió que mi padre se pusiera enfermo y que los tratamientos experimentales costaran más que mis sueños.

La vida era una broma de mal gusto.

Volví a guardar el lienzo cuidadosamente y lo devolví a su sitio, preguntándome por qué alguien como Connor no exponía o vendía aquellas maravillas. Pero, en fin, no era asunto mío.

Estaba en la cocina acabando de limpiar cuando escuché claramente la puerta principal abrirse.

Me quedé petrificada.

No.

No podía ser.

¡Connor había asegurado que nunca estaba por las mañanas!

Y yo, lista de mí, había decidido creerle.

Bien hecho, Liza.

Entré en pánico absoluto.

Mierda. Mierda. Mierda. ¿Ahora qué?

Miré alrededor buscando algo para disimular. ¿Qué iba a hacer si me reconocía al día siguiente como Emma? Abrí la nevera desesperada: leche, zumo, huevos… ¡un yogur natural!

Sin pensarlo demasiado, o, mejor dicho, sin pensarlo en absoluto, lo abrí y empecé a untármelo por la cara como si mi vida dependiera de ello. En ese momento me pareció una gran idea.

Un plan magistral.

Spoiler: no lo era.

—¿Liza?

Su voz sonó justo detrás. Me giré lentamente, intentando lucir súper relajada y no como una loca con yogur cayendo por la barbilla.

—¡Connor! Eh, qué sorpresa tan inesperada… ¿Qué haces aquí?

—Olvidé unos papeles. —Me observó desconcertado, arqueando las cejas lentamente mientras me señalaba la cara—. Eso… ¿es yogur?

—¿Esto? Claro, es una mascarilla facial orgánica —solté con absoluta naturalidad—. Buenísima para la piel, bacterias buenas y eso. Multitarea mientras limpio, ya sabes.

—¿Bacterias buenas?

—Exacto, bacterias que rejuvenecen la piel y todo eso. Es muy eficaz —añadí con mi mejor sonrisa profesional, como si realmente supiera de lo que hablaba.

Connor se cruzó de brazos, luchando claramente contra la sonrisa que se asomaba en sus labios.

—Muy innovador. ¿Sueles aplicarte mascarillas improvisadas con yogur cuando limpias o es solo algo especial para mi apartamento?

—Verás… —empecé rápidamente, improvisando sobre la marcha —. Esto tiene una explicación perfectamente lógica.

Connor alzó las cejas, claramente divertido, esperando con paciencia.

—Estoy deseando escucharla.

Respiré hondo y adopté mi mejor expresión dramática.

—Resulta que esta mañana, al despertarme, he visto que mi piel tenía una especie de crisis existencial. Estaba apagada, cansada… en fin, un desastre absoluto. Entonces recordé haber leído en alguna parte que el yogur natural hace milagros. Y he pensado que era un buen momento para comprobar su eficacia.

Connor arqueó una ceja, conteniendo una sonrisa burlona.

—Ya veo. Muy lógico todo, sí. Usar yogures ajenos para fines dermatológicos.

Me encogí ligeramente de hombros, haciendo un gesto teatral.

—Bueno, tú mismo dijiste en la nota que podía tomar lo que quisiera. Que estaba en mi casa, ¿no? Pues eso hice. ¿Cómo iba yo a desaprovechar semejante invitación?

Justo en ese instante, una gota de yogur decidió huir de mi cara, aterrizando con un humillante «plop» en el suelo. Ambos nos quedamos mirándola fijamente, como si esperáramos que desapareciera mágicamente por sí sola.

Connor levantó los ojos hacia mí, visiblemente divertido.

—No es por criticar, pero esto de ensuciar el suelo con yogur parece un poco contraproducente cuando vienes precisamente a limpiar.

—Touché —sonreí avergonzada—. Prometo ajustar mi método la próxima vez.

Él asintió divertido.

—Lo agradecería. Especialmente mi suelo. —Me miró con ojos brillantes de diversión contenida—. Gracias por esta… reveladora experiencia cosmética. Iré a buscar mis papeles antes de que decidas probar más alimentos en otras partes de tu cuerpo.

Con una sonrisa traviesa, desapareció hacia su despacho, dejándome allí sola, cubierta de yogur y ridículo.

Suspiré profundamente, apoyando la espalda contra la encimera. Ahora, además de limpiar, tendría que recoger mi dignidad del suelo.

Y mañana, encima, tendría que fingir normalidad en nuestra cita falsa.

Mi vida era oficialmente una sitcom. Una muy absurda y con yogures implicados.

# 8




# Connor

Atravesé la puerta corredera del reservado del japonés y ahí estaba Emma, ya sentada, hojeando algo en una pequeña libreta negra. Levantó la vista al escucharme, mostrando una sonrisa breve, más cortés que otra cosa.

—Buenas noches —saludé mientras me acomodaba frente a ella.

—Hola, Connor —respondió educada, guardando la libreta—. Veo que eres de esos raros especímenes masculinos capaces de llegar a la hora.

—Me enseñaron que la puntualidad es sexy. No quise decepcionarte tan pronto.

Ella arqueó las cejas ligeramente, reprimiendo una sonrisa.

—Muy considerado por tu parte.

La miré con disimulo mientras ella tomaba la carta. Vestido oscuro abierto en un lateral. Tacones altos. Pelo suelto. Labios rojos.

Dios. Era tan jodidamente atractiva que por un momento olvidé que aquello no era una cita.

Aparté rápidamente la vista hacia la carta, intentando recuperar un mínimo de concentración.

Mal empezábamos.

—Y bien, ¿ya has pensado en nuestra historia ficticia? No quiero que nos pille desprevenidos ninguna pregunta trampa en la boda.

Sonreí con petulancia. Por supuesto que había pensado en ello. El día anterior me había servido un whisky, me había sentado frente al escritorio y había dejado fluir mis dotes como escritor amateur.

Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta, saqué la hoja doblada y se la ofrecí.

—Aquí tienes. Espero que te guste.

Tomó el papel, lo desdobló y empezó a leer. Su ceño se fue frunciendo a medida que avanzaba en la lectura.

—¿Nos conocimos salvando juntos a un cachorro abandonado en mitad de Central Park durante una tormenta épica? ¿En serio?

—Es entrañable. Y romántico —respondí con seguridad.

—Es absurdo. Y peliculero.

Me crucé de brazos.

—La gente adora esas cosas.

—Sí, claro, en Netflix. No en la vida real.

—De acuerdo, quizá fui un poco dramático.

—Mira, por experiencia te digo que cuanto más sencilla sea la historia, mejor. Menos drama significa menos preguntas incómodas. Necesitamos algo fácil, creíble y aburrido.

Le dediqué una mirada resignada, encogiéndome levemente de hombros.

—Está bien, señorita experta en relaciones falsas, ¿qué propones tú?

Ella sonrió, abriendo de nuevo la libreta y tomando el bolígrafo.

—Algo normal. Aplicación de citas, primera cita típica en un restaurante agradable, conversación fluida, química obvia. Punto.

—¿Química obvia? —repetí, arqueando una ceja.

Emma me miró un segundo más de lo necesario, divertida.

—Exacto. Y, por tu propio bien, espero que seas mejor actor que guionista.

Sonreí, asintiendo con una mezcla entre derrota y diversión.

—Touché. Procedamos entonces con tu aburrido pero práctico plan.

Media hora más tarde estábamos rodeados de sushi mientras ultimábamos los detalles de nuestra relación falsa.

—A ver, Connor, ¿qué me regalaste en mi último cumpleaños?

—¿Pendientes?

—Previsible, pero efectivo. ¿Y yo a ti?

—Una cartera de piel —respondí rápido.

Emma arqueó una ceja.

—¿De verdad somos ese tipo de pareja? ¿De los que se regalan pendientes y carteras?

Me encogí de hombros, conteniendo una sonrisa.

—¿Qué tiene de malo? Somos prácticos.

—Somos una pareja de mediana edad, casada y aburrida de su relación. Eso es lo que somos.

—Vale, propón algo mejor.

Emma se llevó los palillos a los labios, pensativa.

—Lencería.

Me quedé mirándola un segundo.

—¿Me la regalas tú a mí o yo a ti?

Emma alzó la cabeza despacio, reprimiendo una sonrisa traviesa.

—¿Quieres decir que tú también usas lencería sexy, Connor? Eso sí que le daría un giro interesante a nuestra relación falsa.

Solté una carcajada breve.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Claro —dijo ella, divertida—. Tú me la regalas a mí. Y yo a ti. A fin de cuentas, la lencería solo es el envoltorio del regalo real.

—¿Y cuál es el regalo real, exactamente?

Obviamente sabía la respuesta. Joder, claro que la sabía. Pero necesitaba oírselo decir a ella.

Emma ladeó la cabeza, una sonrisa lenta y traviesa en los labios.

—Si necesito responderte a eso, está claro que en lugar de una novia falsa necesitas suscribirte urgentemente a alguna plataforma para adultos.

Me reí mientras ella negaba lentamente con la cabeza. Su pelo se movió con el gesto y algo en ese movimiento volvió a activarme las alarmas internas.

Joder, la conocía de algo. Pero ¿de qué?

Maldita incapacidad para acordarme de las caras. Era ese tipo de persona que podía saludarte cinco veces y seguir preguntándose quién demonios eras. Incómodo, pero real.

Volví a mirarla disimuladamente.

¿De qué diablos me sonaba?

¿De la universidad? Improbable. ¿De alguna reunión de trabajo? Lo dudaba.

Qué frustrante.

Emma levantó la vista justo entonces, pillándome observándola fijamente.

—¿Qué? ¿Se me ha quedado wasabi en la cara o algo?

—No, tranquila. Solo me preguntaba dónde demonios has estado toda mi vida —respondí con ironía.

—En tus sueños, claramente —replicó sin inmutarse.

Sonreí de lado y volví al sushi, pero la duda siguió dando vueltas en mi cabeza.

Esto empezaba a resultarme preocupante. Y jodidamente irritante.

Cerramos un par de temas más y pedimos la carta de postres. Según Emma, una cena como aquella no podía terminar sin un buen postre que hiciera la mentira más dulce.

Abrí la carta y pasé rápido las opciones. Mi vista se detuvo de inmediato en una palabra que destacaba en la página.

Yogur.

No pude evitar una sonrisa al recordar a Liza, mi asistenta, y su mascarilla improvisada. Definitivamente, jamás volvería a ver el yogur de la misma manera.

Emma levantó la vista, curiosa.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te ríes solo?

—Nada, nada —dije, recuperando rápido la compostura—. Solo recordaba algo que sucedió ayer. Pillé a mi asistenta embadurnada de yogur por toda la cara. Intentó venderme que era una mascarilla rejuvenecedora o algo así, pero miente. Estoy seguro. Hay algo raro con esa chica.

Emma carraspeó ligeramente y desvió la vista hacia la carta.

—Bueno, quién sabe. Igual sí es bueno para la piel —murmuró con voz neutra.

—Créeme, lo busqué en Google. Ni una sola referencia fiable. Se lo inventó todo. —Me recliné hacia atrás, divertido—. Lo que me pregunto es por qué demonios alguien haría algo así. ¿Por qué ocultar su cara detrás de una capa de yogur?

Emma encogió un hombro con fingida indiferencia, pero sus dedos golpeaban ligeramente la carta.

—Quizás sea tímida. O insegura. O fea. Como un orco de Mordor.

—Lo dudo. Tiene unos ojos muy bonitos, bastante parecidos a los tuyos, por cierto, pero azules.

Ella levantó de golpe la vista hacia mí. Algo en su expresión me resultó extraño, incómodo, aunque rápidamente volvió a ocultarse tras la carta.

—De todas formas —continué, cambiando de tema—, creo que mejor evitamos el yogur por esta noche. Demasiadas asociaciones extrañas.

—Estoy de acuerdo. Vamos por chocolate. Mucho más sencillo —dijo Emma, cerrando la carta con un poco más de fuerza de la necesaria.

Mientras esperábamos que nos trajeran lo que habíamos pedido, Emma se levantó para ir al baño y yo aproveché para mirar el móvil.

Tenía un mensaje de Maisie.

MAISIE

Oye, Connor, ¿podemos vernos mañana? Solo tú y yo. Como en los viejos tiempos.

Guardé el móvil rápido cuando vi que Emma volvía.

Mierda. ¿De qué querría hablarle precisamente ahora?

# 9




# Connor

El bar de siempre. Música cuestionable, camareros antipáticos y cerveza demasiado fría. Mi tipo de sitio, vamos.

Me quité las gafas de sol al entrar. Hice un rápido reconocimiento visual. Y allí estaba ella, exactamente donde solíamos sentarnos, con exactamente la misma sonrisa de siempre.

Maisie.

Pelo negro brillante, ojos oscuros y divertidos, camiseta blanca cayendo por un hombro, vaqueros ajustados.

Impecable en su estilo casual «no me esfuerzo, pero sabes que sí». Lo peor es que le quedaba jodidamente bien.

Caminé hacia ella, intentando ignorar el pequeño cosquilleo incómodo en el estómago.

No habíamos quedado solos desde aquella vez en la que, en un ataque de valentía estúpida, decidí confesarle mis sentimientos. Ella dijo aquello de «Connor, te adoro, pero...». Y después del «pero» siempre viene el desastre. Fue incómodo, trágico, lamentable.

Mi ego tardó meses en recuperarse del golpe.

—Ey —saludé, con mi mejor expresión de hombre maduro que ha superado su ridículo pasado.

Ella me miró y su sonrisa se hizo enorme, brillando divertida.

—Connor, por fin. Ya estaba pensando que te habías arrepentido.

—Lo hice. Varias veces —admití—. Pero aquí estoy, masoquista certificado.

Maisie se levantó y me abrazó sin pedir permiso. Abrazo fuerte, cálido, peligrosamente familiar. Joder. Mal empezamos.

—Cuánto tiempo sin estar así tú y yo —murmuró al separarse lentamente.

—¿Así cómo? ¿Incómodos? ¿Fingiendo normalidad? —repliqué con ironía mientras tomaba asiento.

Ella se echó a reír, negando con la cabeza.

—No puedo contigo. ¿Sigues siendo el mismo idiota adorable de siempre?

—No lo dudes ni por un segundo.

El camarero, con su habitual simpatía, ninguna, nos trajo las cervezas. Di un trago, intentando ocultar lo mucho que me perturbaba verla tan cerca.

Dos años. Eso era lo que había pasado desde mi humillante confesión.

Dos años desde que dejamos de quedar a solas y decidimos fingir madurez quedando solo con otros amigos, todos juntos y muy adultos.

Grupos de seguridad.

Terapia colectiva antiincomodidades.

Maisie dejó la cerveza y me miró despacio.

—Te he echado de menos, Connor.

Solté aire lentamente.

—Maisie...

—Sé que es raro decirlo ahora. Pero... no sé, supongo que ahora que tienes pareja y estás felizmente ocupado, ya no parece tan peligroso vernos.

Sonreí con ironía.

Felizmente ocupado. Claro. Eso era exactamente lo que yo estaba. Con mi novia imaginaria, nuestra química inventada y nuestra lencería inexistente.

Mi vida era una puta comedia romántica barata.

—Así que mi novia es tu salvoconducto para verme sin riesgo. Interesante teoría, Maisie.

Ella bajó la vista, ocultando una sonrisa divertida.

—Dicho así suena horrible.

—Un poco sí. Pero tranquila, no te juzgo. Es más, pienso aprovecharme de esta circunstancia. —Apoyé los brazos en la mesa y ladeé la cabeza, mirándola con fingido dramatismo—. Ahora que tengo el carnet oficial de hombre inofensivo, dime, Maisie, ¿qué tal te ha ido desde que destrozaste el corazón de tu mejor amigo? ¿Cómo va todo con Garrett y esos preparativos que tienen cara de ser lo más parecido al infierno?

Maisie me miró un instante, intentando mantener una expresión seria que no le salía demasiado bien. Al final cedió y soltó una carcajada corta, negando despacio.

—Con Garrett va todo bien. Lo normal después de tantos años juntos, ya sabes. Aguantándolo yo, aguantándome él y, milagrosamente, sin habernos matado aún.

—Una historia de amor idílica, como siempre. ¿Y la boda qué tal?

Maisie hizo una mueca dramática, llevándose la mano al pelo con gesto desesperado.

—Un absoluto horror. ¿Sabes lo que significa organizar una boda a distancia? Es confiar a ciegas en que todo el mundo haga su trabajo. Y yo no soy muy de confiar en nadie, así que imagínate la ansiedad. Espero llegar con pelo al día de la boda, porque te juro que se me está cayendo a puñados.

Sonreí, fingiendo inspeccionarla con detenimiento.

—Pues tranquila, no se te nota nada. Lo tienes tan increíblemente abundante como siempre.

Ella alzó una ceja divertida.

—Menos mal que has venido, Connor. Necesitaba urgentemente tus mentiras reconfortantes.

Sonreí, dando un sorbo a mi cerveza.

—Para eso estamos. Servicios integrales de autoengaño y consuelo emocional.

Maisie rio suavemente y se recostó en su silla, mirándome con curiosidad renovada.

—Y hablando de consuelos emocionales… cuéntame de esa novia misteriosa. Háblame de ella.

Fantástico. Ahora tocaba mentir con convicción.

Sonreí, adoptando mi mejor pose de novio enamorado y confiado. Gracias al cielo, Emma me había entrenado bien la noche anterior.

—Oh, Emma es exactamente tan maravillosa como parece —dije con seguridad, dándole otro trago a la cerveza—. Aunque debo reconocer que, en realidad, todo empezó de la forma menos épica posible. App de citas. Sí, lo sé, típico y tópico.

Maisie abrió más los ojos, divertida.

—No me lo creo. ¿En serio te apuntaste a una app?

—En serio. Un par de mensajes, una primera cita bastante decente… y aquí estoy, oficialmente retirado del mercado.

Ella sonrió y me miró curiosa, acercándose un poco.

—¿Y tienes fotos? Porque todavía no me creo que exista alguien capaz de aguantarte a diario.

Negué despacio, sacando el móvil del bolsillo. Por suerte, Emma había tenido el detalle de obligarme a hacer unas selfies rápidas la noche anterior «por si acaso».

—Observa. —Le enseñé una de las fotos—. Rubia, ojos castaños, sonrisa irresistible y lo bastante paciente como para soportarme. Te sorprendería lo bien que encajamos.

Maisie observó la pantalla unos segundos, con expresión entre sorprendida y divertida.

—Vaya… es muy guapa. Enhorabuena, Connor.

Me guardé de nuevo el móvil con aire casual.

—Gracias. Soy consciente de mi suerte.

—Y yo me alegro. De verdad —dijo ella, suavizando un poco la sonrisa—. Además, eso significa que ya me has olvidado. Lo cual hace las cosas más fáciles. Mucho más de lo que crees.

Me quedé quieto, estudiándola un segundo en silencio. Sus palabras habían sonado raras. Demasiado raras.

—¿Y eso qué significa exactamente?

Maisie desvió ligeramente la mirada, mordiéndose el labio inferior. Joder. Eso sí que era preocupante. Conocía demasiado bien ese gesto. Siempre precedía a algún desastre.

—Ahora supongo que ya puedo decírtelo sin que sea un problema —dijo despacio, con una prudencia que activó todas mis alarmas internas—. Verás, Connor… aquella vez, cuando te rechacé, no fui del todo sincera contigo.

Fruncí el ceño, confuso.

—¿En qué sentido?

Ella levantó la vista de nuevo, respirando hondo antes de responder.

—Cuando dije que nunca había sentido nada por ti. No era exactamente verdad.

Un silencio incómodo, tenso, demasiado espeso flotó entre nosotros.

Mierda.

Esto sí que no lo había visto venir.

—¿Estás diciéndome que...?

—Sí. Sé cómo suena ahora, pero la verdad es que estuve bastante confundida durante mucho tiempo. Desde la universidad, en realidad. Una parte de mí siempre te vio como algo más que un amigo.

Tragué saliva lentamente, sintiendo el peso extraño de sus palabras.

—Joder, Maisie, ¿y por qué nunca dijiste nada?

Ella negó con suavidad, sonriendo con cierta tristeza.

—Nunca supe encontrar el momento adecuado. Siempre ocurría algo. O tú estabas con alguien, o yo estaba con Garrett o, directamente, no me sentía lista para asumir lo que pasaba entre nosotros. —Hizo una pausa breve y respiró hondo—. De hecho, ¿recuerdas aquella vez en tercero que Garrett y yo rompimos temporalmente?

Asentí despacio.

—Sí, claro que me acuerdo.

—Bueno, pues una de las razones principales de aquella ruptura fuiste tú.

Me quedé sin palabras. Completamente en blanco. El mundo acababa de dar un giro violento y absurdo, como en una especie de reality malo.

—Maisie...

—Pero entonces tú estabas saliendo con aquella chica, Nicole. Y claro, tampoco quise estropear eso. No sabía muy bien qué hacer conmigo misma, la verdad. Así que lo dejé pasar.

—¿Y cuando te confesé lo que sentía? —pregunté finalmente, intentando controlar la voz—. ¿Qué demonios pasó ahí?

Ella bajó la cabeza unos segundos, claramente incómoda.

—Acababa de volver con Garrett. Literalmente hacía una semana que habíamos decidido darnos una última oportunidad. Joder, Connor, lo intentamos tantas veces que ya había perdido la cuenta. Pero cuando tú me dijiste aquello... simplemente no podía permitirme cuestionarlo todo de nuevo. No después de haber tomado por fin una decisión.

Se hizo un silencio tenso, cargado. Demasiado complicado para poder respirar con normalidad.

Intenté asimilar todo aquello mientras la miraba, desconcertado. Mi cerebro iba al ralentí, intentando encajar cada pieza en este

nuevo e inesperado puzle.

—¿Y por qué me cuentas esto ahora, Maisie? —pregunté finalmente.

Ella respiró hondo, jugando con el borde de su copa. Cuando habló, su voz sonó baja, sincera:

—Porque voy a casarme, Connor. Es algo que siempre quise decirte y creo que este es el momento adecuado. La última oportunidad de decir las cosas claras antes de empezar una vida nueva con Garrett.

Se pasó una mano por el pelo, claramente nerviosa. Por un instante me recordó a la chica que conocí en la universidad: valiente, pero insegura; decidida, pero vulnerable.

—Mira —siguió ella, suavizando la voz—, quiero que entiendas algo. No dejé de quedar contigo a solas por tu confesión, sino porque no me fiaba de mí misma. No sabía si iba a aguantarme las ganas de besarte o de hacer cualquier otra tontería que complicara todavía más las cosas. Y eso no podía permitírmelo. Pero ahora que tú tienes pareja y yo estoy a punto de casarme, ya no importa. Ya no es peligroso. Y solo quería sacarlo todo de dentro, decírtelo claramente por una vez. Cerrar bien este ciclo antes de abrir uno nuevo.

Solté aire lentamente, frotándome la frente con cansancio.

Qué ironía. Por primera vez, Maisie reconocía haber sentido algo por mí justo cuando lo nuestro era más imposible que nunca.

Porque, claro, no podía decirle ahora mismo: «Oye, por cierto, Maisie, mi novia es más falsa que las mascarillas de yogur de mi asistenta Liza. ¿Quieres replantearte lo tuyo con Garrett?»

No podía. Y quizá ya tampoco quería.

Porque la realidad era que, ella iba a casarse en dos semanas.

Mierda. Mi vida sentimental parecía escrita por guionistas alcohólicos.

Lo mejor era aligerar el momento. Y eso hice.

—Vaya momento escoges para sincerarte, Maisie. Podrías haber elegido uno menos dramático, ¿no crees?

Ella rio suave, relajando ligeramente el gesto.

—Ya sabes cómo soy. Nunca elijo el camino fácil.

—No, desde luego que no. —Sonreí despacio, intentando disimular el caos que tenía dentro—. Y gracias por la sinceridad brutal. Supongo que ahora puedo irme a casa tranquilo sabiendo que fui más irresistible de lo que pensaba.

Maisie rodó los ojos, negando con una sonrisa tierna.

—Idiota.

—Siempre. —Levanté mi cerveza hacia ella—. Entonces brindemos por eso: ciclos bien cerrados, confesiones inesperadas y futuros absurdamente felices.

—Salud por eso —dijo ella con suavidad, chocando despacio su copa contra la mía.

Y, mientras bebía, me pregunté si de verdad las cosas eran ahora más fáciles o si acabábamos de complicarlo todo infinitamente más.

# 10




# Liza

*Lunes*

Allí estaba yo otra vez delante de la puerta del apartamento de Connor.

La semana anterior había sido surrealista, ridícula, incómoda… Vamos, lo típico en mi vida últimamente.

Pero hoy venía preparada.

Entraba en juego un accesorio nuevo: unas gafas falsas. Gracias, Amazon.

Nada de yogur en la cara, nada de mascarillas absurdas improvisadas al vuelo.

Una solución limpia, elegante y sin productos lácteos involucrados.

Abrí la puerta y revisé rápido que el apartamento estuviera vacío. Ni rastro de Connor.

Respiré tranquila. Bien.

O no tan bien.

Porque bastaba entrar ahí para que mi cerebro me traicionara automáticamente.

Maldito cerebro.

Volvió a la cena del sábado como Emma. Al flirteo sutil. A las miradas por encima del sushi, ladeando ligeramente la cabeza con esa sonrisa traviesa que, por lo visto, formaba parte del ADN escocés de los McRae.

Había límites claros con mis clientes. Siempre. Líneas invisibles que nunca cruzaba. Reglas firmes. Disciplina absoluta.

Pero con Connor había sido diferente.

Era demasiado atractivo e irresistible para mi bien. Me costaba recordar que estaba prohibido.

—Mierda, Liza —susurré en voz baja mientras dejaba el bolso en la mesa—. Te estás metiendo en el lío de tu vida.

Justo entonces reparé en la nota con las instrucciones para hoy. Estaba sobre la mesa otra vez.

Me acerqué y la abrí.

*Buenos días, Liza.*

*Hoy tocan los cristales. Están hechos un cristo. Lo sé, apasionante.*

*Por cierto, he comprado yogures ecológicos de gama extra para ti. Puedes usarlos libremente para lo que quieras, facialmente o no. No te juzgo ;).*

*Connor.*

Al final, justo debajo, había dibujado un yogur sonriente con carita feliz, bastante parecido al café del viernes pasado.

Maldito Connor McRae.

Sonreí sin querer, negando con la cabeza.

Así que ahora se burlaba abiertamente de mí, ¿no?

—Gracioso, Connor, muy gracioso —murmuré divertida.

Eso me llevó a pensar en lo que me dijo como Emma. Que tenía unos ojos bonitos. Y que había algo raro conmigo.

Suspiré hondo y decidí que lo mejor era empezar cuanto antes.

Me puse manos a la obra.

Primero tocaba limpieza general.

Ordenar rápido lo más evidente, limpiar el polvo, organizar lo esencial sin alterar su preciado caos creativo en el escritorio.

Y luego, los cristales.

—Un cristo —repetí divertida, mientras me asomaba por las enormes ventanas—. Sí, la verdad es que sí.

Me llevó un buen rato dejarlos impecables.

Al terminar, miré el reloj. Perfecto. Hora de largarme de allí.

Recogí mis cosas, decidida a salir. Pero entonces vi la nota de Connor aún sobre la mesa. La miré un instante. Y, antes de que mi cerebro pudiera intervenir con su habitual sensatez, le di la vuelta.

Escribí rápido, sin pensar demasiado:

*Connor,*

*He terminado con los cristales. Están tan limpios que podrías lamerlos (no es una recomendación oficial).*

*Yogures recibidos. Estoy empezando a pensar que el siguiente paso es regalarme pepinos para los ojos. ¿Me equivoco?*

*Liza.*

Debajo dibujé rápidamente un par de rodajas de pepino con ojitos adorables, relajadas y sonrientes.

Dejé la nota y salí enseguida, ignorando la vocecita interior que decía que aquello quizá no fuera la idea más brillante del mundo.

Pero ya estaba hecho. Y, para ser sincera, había sido extrañamente divertido.

Muy mal, Liza. Muy mal.

*Martes*

Abrí la puerta del apartamento de Connor con más precaución que un agente de la CIA. Asomé la cabeza un instante. Silencio total. Nadie en casa. Genial.

Allí estaba la nota. Puntual, precisa, burlona. Connor puro.

Me acerqué curiosa y la abrí enseguida:

*Buenos días, Liza.*

*Hoy toca limpieza profunda del baño. Sospecho que está organizando un complot en mi contra y temo por mi integridad física. Necesito tu intervención urgente.*

*Por otro lado, debo confesarte que estoy oficialmente en contra del uso indebido de vegetales para tratamientos faciales. Considera esto una advertencia amistosa.*

*En señal de paz y buena voluntad, te he dejado algo en la nevera. Te aconsejo firmemente que no te lo pongas en la cara.*

*Connor.*

Debajo había dibujado un pepino enfadado, sosteniendo un cartel que decía: «¡Basta ya de abusos!».

Me reí bajito, negando con la cabeza.

Muy gracioso.

¿Así que ahora Connor McRae tenía sentido del humor además de atractivo?

Demasiado intrigada para esperar más, caminé rápido hacia la nevera y abrí la puerta con una mezcla absurda de nervios y curiosidad.

Dentro, perfectamente colocada entre las verduras (que hoy parecían especialmente indignadas conmigo), había una pequeña cajita azul con lazo blanco.

La tomé entre los dedos y la abrí despacio.

Oh, Dios mío.

Bombones artesanales. Chocolates perfectos en distintos tonos y sabores, delicadamente colocados como pequeñas obras de arte.

—Liza, no te hagas ilusiones. Solo es chocolate —me recordé cuando mi corazón empezó a latir más rápido de lo debido.

Me comí un bombón y me puse manos a la obra con la limpieza urgente del baño. Grifos brillantes, espejos impecables y baldosas más limpias que mi conciencia últimamente.

Al terminar, no pude resistirme.

Cogí rápido la nota de Connor y escribí por detrás mi respuesta:

*Connor,*

*Tu baño ha sido oficialmente neutralizado. El complot doméstico ha sido sofocado con éxito, puedes respirar tranquilo.*

*Gracias por la advertencia vegetal. Prometo mantener alejadas de mi rostro las verduras, al menos temporalmente.*

*Sobre tu regalo en la nevera: has descubierto mi debilidad secreta. Prometo no usarla como mascarilla cosmética (aunque la tentación es grande).*

*Por cierto, he visto el vaso con tila en la cocina. Si tienes problemas para dormir, te recomiendo probar con audiolibros relajantes. Nada como que te lean algo aburrido para caer rendido en minutos. Comprobado científicamente (por mí).*

*Liza.*

Debajo dibujé rápidamente un libro adorable con grandes auriculares y cara soñolienta, profundamente dormido sobre una almohada esponjosa.

Dejé la nota y salí enseguida, con una sonrisa demasiado enorme como para ser prudente.

*Miércoles*

Abrí la puerta del apartamento de Connor, vigilando un poco menos. Vale, la verdad es que casi ni vigilé. A esas alturas ya tenía bastante claro que por las mañanas no estaba.

Mi mirada fue directamente hacia la mesa.

La nota de Connor estaba allí, puntual y burlona, esperándome como siempre.

Corrí hacia ella, reconociendo sin remedio lo ridículamente ilusionada que estaba. La abrí rápido:

*Buenos días, Liza.*

*Hoy necesito ayuda urgente con la colada y las sábanas. Creo que la cesta de ropa sucia está planeando una rebelión contra mí. Por favor, entra con cuidado. Te necesito al rescate otra vez.*

*Ah, y gracias por la recomendación. Anoche probé lo de los audiolibros. No sé si fue la voz monótona del señor que me leyó un apasionante tratado sobre la historia de las grapadoras, pero dormí como un tronco. Como muestra de eterna gratitud, te he dejado algo en la mesita del salón. Y tranquila, esta vez no es comestible ni aplicable facialmente.*

*Connor.*

Debajo, Connor había dibujado una camiseta rebelde con ojitos conspiradores, liderando una revuelta de calcetines cabreados agitando pancartas que decían «¡Libertad o suavizante!».

Me reí en voz baja, negando con la cabeza. Definitivamente Connor McRae iba a acabar conmigo.

Me dirigí al salón con curiosidad y encontré sobre la mesita un paquetito cuidadosamente envuelto en papel reciclado. Lo abrí rápido, intrigada.

Dentro había una pequeña vela aromática. Acerqué la nariz y aspiré su olor dulce y suave. Vainilla y un toque sutil a canela. La etiqueta, escrita con su elegante letra, decía:

«Para noches en las que las grapadoras no sean suficientes».

—Muy gracioso, Connor —susurré divertida, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba—. Demasiado.

Sacudí la cabeza intentando ignorar el extraño calor que sentía en el pecho y me puse manos a la obra.

Colada lista, sábanas cambiadas, ropa ordenada y rebelión doméstica sofocada. Nada que no pudiera manejar.

Al terminar, volví decidida a la mesa y le di la vuelta a su nota para responder:

*Connor,*

*Colada y sábanas listas. La revuelta doméstica ha sido oficialmente sofocada, aunque tus calcetines aún exigen mejores condiciones laborales. Te lo aviso para evitar futuros conflictos.*

*Me alegro de que lo de las grapadoras funcionase. Para la próxima, prueba con «Estrategias reproductivas del caracol común». Mano de santo para noches difíciles.*

*Por cierto, he visto tu camiseta de la USS Enterprise. ¿Trekkie en secreto? Espero que seas más de Picard que de Kirk, porque si no, no sé si podemos seguir llevándonos bien. Recuerda: «La resistencia es fútil».*

*Gracias por la vela. Ahora necesito otra excusa para usarla que no sea la lucha contra el insomnio.*

*Liza.*

Debajo dibujé un pequeño Spock adorable haciendo el saludo vulcano, dormido plácidamente con auriculares puestos, disfrutando claramente de un audiolibro sobre grapadoras.

Dejé la nota junto a la suya y salí del apartamento con una sonrisa ridículamente amplia.

Esto empezaba a ser preocupante. Muy preocupante.

Y demasiado adictivo para querer detenerlo.

# 11




# Connor

*Jueves*

Llegué a casa después del trabajo y dejé caer las llaves sobre el aparador con la desgana habitual.

Estaba agotado. Pero, por mucho que me pesara admitirlo, había algo más fuerte que el cansancio en ese momento: la absurda expectación que sentía desde el lunes por comprobar si Liza había respondido a mi nota.

Porque sí, desde que el lunes encontré su primera respuesta escrita detrás de mi papel, lo primero que hacía al llegar era buscarla. Y lo hacía con una sonrisa.

Una sonrisa de idiota integral que se me repetía cada día desde entonces.

Joder, hasta había anulado planes para volver cuanto antes a casa.

¿Se me estaba yendo la olla? Probablemente.

Había decidido ser amable con ella en parte por lo que me había dicho Emma durante nuestra cena, mientras preparábamos la boda falsa de Maisie. Al hablarle sobre la asistenta del yogur, había insinuado que quizás aquella chica simplemente fuera tímida o insegura.

Y no sé si fue por lo que me dijo o porque esos ojos azules no dejaban de rondarme la cabeza. Pero el caso es que el lunes, antes de irme, compré unos yogures. Y ahí empezó todo.

Aquel intercambio de notas había sido tan inesperado y ridículamente agradable que hasta había conseguido borrar el sabor agridulce de mi charla con Maisie del domingo.

Mandaba huevos descubrir a estas alturas sus sentimientos por mí.

Cada vez que lo pensaba me ponía enfermo.

Por suerte, Liza había sido un antídoto adorable esos días.

Y ahora allí estaba otra vez.

Esto, definitivamente, se me estaba escapando de las manos.

Cogí la nota que había escrito por la mañana antes de salir. Era un ritual extraño: releer mi propia nota antes de darle la vuelta y descubrir su respuesta.

*Buenos días, Liza.*

*Hoy solo necesito una limpieza rápida en la cocina. Creo que el microondas me mira con odio últimamente. Empiezo a temer por*

*mi seguridad.*

*Por cierto, tu recomendación del caracol común fue todavía más aburrida que la grapadora. Funcionó perfectamente. En agradecimiento, tienes algo nuevo esperándote en la mesita baja del salón. Lo vi en el escaparate de una tienda absurda de souvenirs mientras iba de camino a una reunión por Manhattan y, por algún motivo preocupante, inmediatamente pensé en ti.*

*Y sí, obviamente soy más de Picard. Kirk está bien, pero el té Earl Grey y las frases profundas ganan siempre. Aunque tienes razón: siempre nos quedará Spock.*

*Connor.*

Debajo había dibujado un caracol bostezando descaradamente sobre una almohada.

Sonreí sin poder evitarlo y pensé que gracias a ella había vuelto a dibujar después de mucho tiempo sin hacerlo. Aunque fueran tontadas. Había olvidado cuánto disfrutaba con eso.

Le di la vuelta despacio a la hoja y sentí cómo mi sonrisa se ampliaba al instante al ver su respuesta:

*Connor,*

*Cocina controlada. Tu microondas ya no planea ataques homicidas. De nada.*

*Me alegra saber que la vida amorosa del caracol cumplió su función sedante. Me estás poniendo el listón complicado para futuras recomendaciones. Ahora tengo que buscar algo todavía más aburrido, ¿quizá un ensayo sobre la evolución histórica del clip metálico? Estoy segura de que te apasionaría.*

*Gracias por tu regalo, pero ¿en serio? ¿Un llavero de yogur sonriente? Ja, ja, muy gracioso, Connor. Gracias por recordarme*

*otra vez nuestro episodio lácteo inicial. Ya veo que causé un gran impacto en ti.*

*Por cierto, he visto algunos lienzos tuyos guardados en el despacho (lo siento, no pude evitarlo). Tienes un estilo muy personal, intenso, emocional. Me ha recordado mucho a Monet, especialmente en cómo captas la luz sobre el castillo. Te he dejado un libro justo donde tú me dejaste el llavero. Es sobre Monet y cómo representaba edificios y paisajes con tanta sensibilidad. Pensé que podría interesarte.*

*Y sí, menos mal que eres más de Picard. Eso salva nuestra relación profesional de un desastre absoluto.*

*Larga vida y prosperidad.*

*Liza.*

Debajo había dibujado un pequeño clip metálico profundamente dormido, con unos auriculares puestos y cara de absoluta paz.

Negué lentamente, reí entre dientes y volví a dejar la nota sobre la mesa.

¿Desde cuándo un intercambio absurdo de notas con mi asistenta era lo mejor que me pasaba en todo el día?

Era curioso, además, intercambiar estas notas con alguien a quien técnicamente ni siquiera le había visto bien la cara. Porque la primera vez que me crucé con ella llevaba mascarilla y gafas, y la segunda tenía la cara completamente cubierta de yogur. Resultaba irónico que esos ojos azules fueran lo único que tuviera como referencia clara de ella. Y, aun así, se las había arreglado para colarse en mi cabeza como si la conociera desde siempre.

La mención de mis lienzos me sorprendió. Jamás imaginé que Liza pudiera verlos. Y mucho menos que supiera apreciarlos. Pero allí estaba su nota, comparándome con Monet, una de mis grandes influencias, con total naturalidad.

¿Entendía ella de arte?

Caminé hacia el salón y allí, exactamente donde esa mañana le había dejado aquel llavero absurdamente sonriente con forma de yogur, estaba el libro que ella mencionaba.

Lo tomé entre las manos despacio y observé su portada, con pinceladas suaves, luz vibrante y una sensibilidad especial que Monet conseguía al representar edificios y paisajes. Sonreí. Realmente había sabido elegirlo.

Aquello removió algo dentro de mí.

Me devolvió de golpe recuerdos que llevaba demasiado tiempo evitando.

Hacía años que había dejado de pintar. Desde que había asumido más responsabilidades en Dunbrae y desde aquella discusión con mi padre, cuando dijo con tono seco que la pintura era solo una distracción innecesaria.

«Debes centrarte, Connor. El castillo necesita toda tu atención. Pintar cuadros no paga facturas», había sentenciado entonces, dejándome un regusto amargo y una sensación incómoda que nunca había llegado a desaparecer del todo.

Y así lo había hecho. Había dejado los pinceles en el cajón e intentaba olvidar lo bien que me sentía al pintar. Hasta ahora.

Miré nuevamente la nota de Liza sobre la mesa y el libro que sostenía entre las manos.

Mierda. Definitivamente, esto se estaba complicando demasiado rápido.

Y lo peor era que, si era sincero conmigo mismo, no había ni una sola parte de mí que quisiera detenerlo.

# 12




# Liza

*Viernes*

Por fin.

Sí, estaba oficialmente obsesionada con un trozo de papel. Patético. La buena noticia es que ya había perdido cualquier rastro de vergüenza o dignidad. Nada de comprobar si Connor seguía en casa. Nada de vigilancia, protocolos o espionaje cutre. Entré tan campante, como si aquella nota ridícula fuese oxígeno y yo llevara semanas en apnea.

Caminé directa hacia la mesa. Ignoré el hecho de que se suponía que esto no debía ilusionarme tanto. Por favor, solo era una

nota. Con palabras. Escritas por Connor. Connor McRae, escocés sexy, heredero millonario, pintor frustrado y enemigo declarado de los yogures cosméticos.

Oh Dios mío, estaba fatal.

Abrí la hoja y mis ojos volaron rápido sobre las líneas:

*Buenos días, Liza.*

*Gracias por el libro sobre Monet. Admito que fue una sorpresa increíble. Llevo demasiado tiempo sin pensar en arte y fue genial recordarlo por tu culpa.*

*Hoy toca limpieza general sin dramas. Y, hablando de dramas, si tanto te gustan mis lienzos, quédate con el que quieras. En serio. Están ahí cogiendo polvo; al menos alguien podría sacarles partido.*

*Que tengas un buen día.*

*Connor.*

Justo debajo había dibujado un pequeño lienzo con ojitos tristes y un cartel que decía «¡Adóptame, por favor!».

Ay. Se me escapó la sonrisa. Una sonrisa absurda, ilusionada y tremendamente inconveniente. Definitivamente, aquello estaba alcanzando niveles preocupantes.

Tranquila, Liza, calma.

Necesitaba desconectar. Con urgencia. Dejé la nota sobre la mesa y decidí centrarme en el trabajo. ¿Lo mejor? Música, volumen alto, cerebro desconectado. Me puse los auriculares, me quité las gafas falsas de Amazon (bastante incómodas, por cierto, pero prácticas) y subí el volumen lo suficiente como para olvidar cualquier

cosa relacionada con Connor McRae. Adiós, escoceses sexys; hola, pop absurdo.

Empecé a moverme al ritmo. Tarareé en voz baja (o quizá no tan baja; reconozco que la sutileza no es lo mío) mientras cruzaba el salón rumbo al baño del dormitorio principal. Nada como limpiar un baño para romper cualquier fantasía absurda con un jefe atractivo.

Abrí la puerta de la habitación con alegría despreocupada y bailonga. Dispuesta a empezar la limpieza a fondo cuanto antes.

Y entonces me quedé petrificada.

Porque allí estaba él.

De pie, junto al armario abierto, en mitad de un cambio de ropa improvisado. Sin camisa. Unos pantalones oscuros y nada más que piel desnuda en la parte superior. Músculos firmes, líneas definidas, abdominales marcados de forma descarada y muy injusta para mi capacidad de concentración.

Parpadeé aturdida, congelada por la sorpresa. Los auriculares seguían sonando alegremente en mis oídos, totalmente fuera de contexto. Mi cerebro colapsó durante al menos cinco segundos. Largos, incómodos, insoportables.

Hasta que Connor levantó la vista y nuestros ojos se encontraron.

Connor me miraba fijamente, con los ojos como platos. Expresión de sorpresa pura mezclada con algo más: estupor. Y quizá reconocimiento.

Y entonces, como en una maldita película, caí en la cuenta.

Oh, mierda.

No llevaba nada. Absolutamente nada cubriendo mi cara. Ni las gafas falsas ni la mascarilla absurda de yogur. Nada. Mi rostro estaba ahí, desnudo, en primera fila para el desastre.

Pánico absoluto. Mi cerebro entró en modo emergencia total. Mis ojos se abrieron más de lo humanamente posible y, en un intento torpe y desesperado por evitar la catástrofe definitiva, retrocedí.

Mala idea. Muy mala idea.

No sé con qué demonios tropecé (¿una alfombra asesina, mis propios pies traicioneros, el karma cabrón con su habitual sentido del humor?), pero de repente estaba cayendo hacia atrás.

Joder, esto solo podía pasarme a mí.

—¡Cuidado! —lo escuché gritar por encima de la música, soltando la camisa que tenía en las manos y lanzándose hacia delante en mi dirección.

Sus manos llegaron justo a tiempo, fuertes y rápidas. Me atraparon en pleno vuelo antes de que mi dignidad acabara estrellándose contra el suelo.

Me quedé congelada en sus brazos. El corazón latiendo como un tambor salvaje, la respiración agitada, los ojos muy abiertos por la sorpresa y la vergüenza.

Y entonces levanté lentamente la mirada.

Y, oh Dios mío. Error absoluto.

Connor estaba demasiado cerca. Absurdamente cerca. Tan cerca que pude ver cada detalle de sus ojos azules, oscuros, intensos, confundidos, curiosos. Tan cerca que pude sentir el calor de su piel. Ver con perfecta claridad cada pestaña, cada rasgo afilado y masculino de su rostro, que parecía esculpido con paciencia infinita.

Mis pulmones dejaron de funcionar.

Mi cerebro se quedó en blanco.

El mundo entero desapareció alrededor.

Por unos segundos que parecieron eternos, ninguno de los dos dijo absolutamente nada.

Su voz ronca volvió a llegarme a través de los auriculares:

—¿Liza?

Joder.

Esto sí que era el fin del mundo.

Me separé bruscamente de él como si me quemara. Noté cómo mis mejillas ardían a niveles volcánicos. Seguro que mi cara podía iluminar la mitad de Manhattan ahora mismo.

—Dios mío, lo siento muchísimo, de verdad, no pretendía… —comencé atropelladamente. Me sentía como una idiota absoluta mientras me quitaba los auriculares para poder oír mejor—. No sabía que estabas aquí. Pensé que… no habría nadie, como siempre. En serio, perdona, Connor.

Él me observaba con una mezcla desconcertante de sorpresa y curiosidad. Incapaz de soportar su mirada un segundo más, di media vuelta y salí corriendo hacia el salón antes de seguir hundiéndome en mi propio desastre.

¿Me habría reconocido? Joder, claro que sí. No llevaba nada encima. Ni yogures, ni gafas, ni nada que pudiese ocultar mi verdadera identidad. Y lo peor era esa expresión en sus ojos: intensa, sorprendida, confusa, imposible de interpretar del todo.

—Perfecto, Liza. Simplemente perfecto —susurré para mí misma con sarcasmo—. Ahora sí que estás oficialmente despedida.

Justo en ese instante escuché pasos detrás de mí y giré la cabeza lentamente. Connor había aparecido en la puerta del dormitorio, con la camisa ya puesta, aunque claramente improvisada. Me miraba todavía con una expresión rara, extraña, pero no precisamente negativa.

—Eh… —empezó, aclarándose la garganta con torpeza—. Perdona. Derramé una taza de café encima de la camisa y vine a cambiarme. No quería… asustarte.

Su voz sonaba amable, casi suave. Nada de enfado, nada de reproche.

Algo en mi pecho se relajó ligeramente, aunque mi corazón seguía galopando salvajemente.

¿No me había reconocido? ¿En serio?

—No pasa nada —dije deprisa, intentando sonreír con algo de dignidad—. Ha sido culpa mía por no comprobar si estabas. Juro que no quería verte los mil abdominales esos que tienes de forma voluntaria.

Lo dije sin pensar. Así, directamente. Como si mi filtro mental se hubiese largado de vacaciones al Caribe.

Enseguida noté cómo las mejillas se me calentaban hasta arder, subiendo a rojo semáforo a máxima potencia.

Connor arqueó las cejas con lentitud, claramente divertido por mi comentario inoportuno.

—¿Mil abdominales? —preguntó él con tono burlón, ladeando ligeramente la cabeza—. Vaya, no tenía ni idea de que se pudieran tener tantos.

Me cubrí rápidamente la cara con ambas manos, soltando un pequeño gemido avergonzado.

—Dios mío, por favor, ignora lo que acabo de decir —murmuré entre mis dedos—. En serio, ignóralo.

Escuché su suave carcajada y levanté lentamente la mirada, justo para encontrarme con su sonrisa ladeada, divertida y peligrosamente atractiva.

—No prometo nada.

Suspiré dramáticamente. Aparté las manos de la cara con resignación absoluta.

—Genial, acaba de estrellarse lo poco que me quedaba de dignidad. ¿Sabes qué, Connor? La próxima vez que me encuentre en

una situación tan comprometida, simplemente usaré la maniobra Picard y diré algo filosófico e inteligente en vez de esta absoluta idiotez que acabo de soltar.

Sus ojos brillaron divertidos.

Entonces, inesperadamente, su sonrisa se suavizó y algo en su mirada cambió. Se acercó lentamente. Redujo poco a poco la distancia entre nosotros hasta que estuvo justo delante de mí. Mi respiración se detuvo de golpe y mi corazón decidió que ese era el mejor momento para volverse completamente loco.

Él me observó fijamente unos segundos. Muy cerca. Demasiado cerca.

—Sabes, Liza, creo que esta es la primera vez que puedo verte la cara de verdad —susurró con una voz baja, íntima, completamente devastadora—. Ahora al menos puedo imaginarte cuando lea tus notas.

Mi cerebro entró en cortocircuito y, por un segundo (o veinte, ya ni siquiera sé), me quedé ahí parada como una idiota, sin saber cómo reaccionar ni qué decir. Sus ojos, esos malditos ojos azules, me estudiaban con curiosidad intensa y una expresión suave y enigmática que hacía que mi pulso se acelerara hasta niveles peligrosos.

Pero no había reconocimiento.

No tenía ni idea de que yo era Emma.

—Ah, sí, las notas —balbuceé torpemente—. Bueno, espero que la versión sin yogur ni mascarillas improvisadas sea una mejora considerable.

Él soltó una carcajada suave, aún sin apartarse.

—Créeme, lo es. Aunque admito que empezaba a cogerle cariño a tu versión láctea.

—Pues tranquilo, todavía queda mucho yogur en la nevera. Siempre puedo volver a usarlo como disfraz.

Connor rio entre dientes.

—Será un placer verlo —respondió con ironía—. Estaré atento.

Observé cómo se alejaba. Noté cómo mi corazón intentaba desesperadamente volver a un ritmo normal. Demasiado tarde. Aquella mirada, esa voz, la forma en que había acortado distancias… todo había cambiado de golpe.

Definitivamente, había llegado la hora de admitir que estaba metida en el mayor lío de mi vida.

# 13




## Liza

Sábado noche. Tumbada en la cama, mirando el techo como si ahí fuera a aparecer una solución mágica para mi caos mental.

Spoiler: no iba a pasar.

Tenía un lío considerable en la cabeza, y todo era culpa de Connor McRae. Con sus ojos azules, su sonrisa irresistible y esos abdominales que deberían estar prohibidos por ley.

Intentaba negarlo, en serio que lo intentaba.

Pero ya era tarde. Demasiado tarde.

Porque Connor me gustaba. Y eso era un problema monumental.

Me tapé la cara con las manos y dejé escapar un quejido patético.

En fin. Qué podía hacer.

Cole, mi mejor amigo, me había propuesto ir a tomar algo con el resto del personal del castillo, pero claro, en mi estado de desastre emocional permanente, la idea de pasar una noche intentando fingir normalidad me pareció tan apetecible como hacer la declaración de la renta.

Había dicho que no, por supuesto.

Aparté las manos y miré de reojo la pared junto a la ventana. Allí estaba el cuadro que había cogido del despacho de Connor. Era una estampa primaveral del castillo.

Suspiré fuerte. Genial, Liza. Nada como tener un recordatorio permanente del hombre que no puedes tener. Muy inteligente, sí.

Entonces sonó mi móvil con un aviso de la aplicación de la agencia. Lo abrí distraídamente y mi corazón decidió que era el mejor momento para intentar matarme:

CONNOR

Hola, Emma. ¿Te viene bien quedar el lunes para elegir tu vestido para la boda?

Solté aire lentamente y dejé caer la cabeza contra la almohada con dramatismo absoluto.

Lo que faltaba. Como si no tuviera suficiente con mi desastre mental interno, ahora también tendría fingir normalidad absoluta con Connor disfrazada de Emma.

Demasiado nerviosa para seguir quieta, decidí salir a dar una vuelta. El aire fresco quizá pudiera despejarme la cabeza.

Me puse rápido una sudadera y salí del anexo hacia los jardines del castillo.

Los jardines Dunbrae siempre estaban tranquilos a esas horas.

Caminé despacio por los senderos iluminados, sin rumbo fijo.

Y entonces lo vi.

A Connor.

De pie, a pocos metros de distancia, frente al refugio que Ewan y Genny habían construido para los gatos callejeros del castillo. Parecía distraído, observando con una sonrisa suave al ejército de felinos dormitando alrededor.

Oh, Dios mío.

Me detuve en seco. Mi corazón empezó a latir como loco, otra vez. Connor levantó la vista en ese mismo instante, como si hubiera percibido mi presencia por algún extraño radar interno.

Nuestros ojos chocaron directamente.

Me quedé paralizada un segundo, intentando decidir si era mejor correr en dirección contraria o tirarme detrás de algún arbusto. Pero Connor ya me había visto, así que las opciones de huida quedaban oficialmente anuladas.

—Eh… hola, Connor —solté, levantando una mano en un saludo torpe y forzado, mientras retrocedía discretamente un paso—. Qué… casualidad, ¿no?

Él arqueó ligeramente una ceja y dio un par de pasos en mi dirección.

—Hola, Liza. ¿Qué haces por aquí sola un sábado por la noche? ¿No has salido con los demás? He visto salir a un grupito del anexo hace un rato.

—Ah, ya sabes. Estaba un poco cansada, tenía cosas que hacer… No sé, necesitaba despejarme un poco. Pero vamos, solo pasaba por aquí, tampoco quiero molestarte. Seguro que estabas muy tranquilo tú solo con… los gatos —dije, girando ligeramente el cuerpo para empezar a marcharme.

—Eh, espera un segundo —dijo él rápidamente, deteniéndome con suavidad—. Tranquila, no molestas. Además, aquí hay demasiados gatos para una sola persona. ¿Te quedas un minuto?

Mierda. La perfecta escapatoria se esfumó delante de mis narices.

—Vale —respondí resignada.

Él asintió complacido y me observó unos segundos más en silencio antes de añadir:

—Bonita noche, ¿verdad?

Perfecto. Conversaciones de ascensor con hombres irresistibles. Justo lo que necesitaba ahora mismo para relajarme.

—Muy bonita, sí. Fresquita, tranquila… Ideal para paseos nocturnos.

Connor sonrió, asintiendo despacio. Hubo un breve silencio en el que sentí la absurda necesidad de llenarlo con palabras.

—Por cierto, ¿y tú? ¿Qué haces aquí solo un sábado por la noche? —pregunté intentando sonar desenfadada.

Connor se encogió de hombros.

—Creo que Liam y Brody han ido a la taberna. Pero hoy no me apetecía especialmente salir a beber, así que… aquí estoy. Disfrutando de mi propia compañía.

Levanté una ceja, mirándole con gesto teatralmente sorprendido.

—Vaya. Qué irónico. El dueño de una destilería escocesa plantada en mitad de Manhattan… al que no le apetece beber

alcohol.

Él soltó una breve carcajada.

—Ya ves. Soy una auténtica decepción para el legado familiar.

Sonreí con suavidad.

—Te entiendo. Hoy tampoco es mi noche de alcohol. Ahora mismo lo que de verdad me apetecería sería un chocolate caliente. De esos espesos, enormes, con nata y demasiadas calorías.

—¿Y qué te impide tomarte uno ahora mismo?

—Pues… no me apetece salir del castillo, la verdad. Y en mi habitación no suelo guardar chocolate ni nata. No soy tan previsora.

Connor se quedó mirándome unos segundos en silencio, sopesando. Hasta que al final sonrió.

—En ese caso, creo que puedo solucionarlo. Ven conmigo.

¿Que si dudé? Claro que dudé. Dos segundos.

—Vale, sorpréndeme —dije con fingida confianza.

Entramos al castillo y lo seguí por los pasillos, girando en esquinas que ni siquiera sabía que existían. Acabamos frente a una puerta ancha que él abrió, invitándome a pasar primero.

Me detuve, observando confundida la habitación enorme llena de utensilios metálicos, fogones apagados y encimeras relucientes.

—Bienvenida a la cocina donde preparan la comida de la cafetería del personal. Aquí tienes todo lo necesario para preparar ese chocolate caliente con nata y calorías extra que tanto te apetece.

Lo miré fijamente, divertida y sorprendida a partes iguales.

—¿Y está bien que estemos aquí? ¿No nos van a echar o algo así?

Él alzó una ceja, cruzándose de brazos con una expresión traviesa.

—Liza, el castillo es mío. Créeme, nadie va a echarme. Y a ti tampoco, si estás conmigo.

Sonreí, conteniendo una risa nerviosa mientras él se giraba hacia las encimeras y sacaba tazas, cucharas y todo lo necesario como si llevara toda la vida haciendo aquello. Nos movimos con naturalidad, casi en silencio. Compartimos sonrisas tímidas mientras el chocolate caliente empezaba a tomar forma.

Finalmente, nos sentamos uno frente al otro en una mesita apartada.

Tras un breve silencio incómodo, decidí hablar:

—Por cierto, gracias por el lienzo que me regalaste. Me gusta mucho.

Connor levantó la mirada sorprendido.

—¿De verdad?

—Sí. Lo he colgado en mi habitación.

Él asintió lentamente.

—Me alegra saberlo.

Nos quedamos mirándonos en silencio otro instante, mientras algo en el ambiente cambiaba.

Se volvió íntimo. Cercano.

—Por cierto, me sorprendió que me compararas con Monet. Es uno de mis grandes referentes. Me gusta mucho el impresionismo.

—Bueno… es que estudié arte.

Connor levantó ambas cejas con sorpresa evidente, dejando la taza en la mesa.

—¿En serio?

—Historia del arte —precisé con una sonrisa triste, bajando la mirada hacia el chocolate—. Mi sueño siempre fue ser comisaria de arte, organizar exposiciones, estar rodeada de lienzos y esculturas, ya sabes…

Me quedé callada unos segundos, notando cómo un pequeño nudo empezaba a formarse en mi garganta.

—Pero al final la vida tenía otros planes para mí. Y tuve que dejarlo.

Connor asintió despacio, como si estuviera asimilando la información.

—Lo siento, Liza. Es duro renunciar a lo que te apasiona.

—Lo es, pero supongo que hay sueños que a veces no están destinados a cumplirse, ¿no?

Connor sostuvo mi mirada unos segundos más y luego soltó un suspiro con expresión algo ausente.

—Te entiendo más de lo que crees. Yo también tuve que renunciar a la pintura.

—¿Por qué?

—Mi padre siempre pensó que estaba perdiendo el tiempo. Decía que tenía otras responsabilidades más importantes que pintar cuadros que acabarían olvidados en algún rincón. Pero no te lleves una impresión equivocada. En realidad, mi padre es un gran padre. Siempre nos ha apoyado en todo. Mis hermanos y yo nos llevamos muy bien con él, le admiramos. Pero con la pintura era diferente. Supongo que tenía un motivo. Quizá algo que vivió él mismo cuando era niño. Su propio padre, mi abuelo, tampoco entendía ese tipo de cosas. Decía que era mejor ser práctico, centrarse en lo seguro. Probablemente quería protegerme.

Asentí despacio, intentando entender todo aquello.

—Y por eso terminaste guardando todos esos lienzos en tu despacho —dije en voz baja, casi en un susurro—. Ocultos a la vista de todos.

Sonreí suavemente, intentando aligerar el momento.

—¿Sabes qué sería divertido? Exponer todos esos lienzos en el castillo. Yo podría ser la comisaria oficial —solté con ironía—. Un pintor que no expone y una comisaria que no terminó su carrera. Éxito asegurado.

Él rio suavemente, mirándome con esa expresión cálida que hacía estragos en mí.

Terminamos de tomar el chocolate en un silencio cómodo, pero cargado de algo intenso. Algo que ninguno de los dos parecía querer romper.

Finalmente, dejé la taza vacía sobre la mesa y me puse en pie. Hora de irse.

—Gracias por el chocolate, Connor. Estaba delicioso, pero debería irme ya.

Él también se levantó despacio. Me observaba con una sonrisa divertida que enseguida me hizo sospechar que algo no iba bien.

—Sí, ya veo que te ha gustado —comentó con una pequeña carcajada contenida.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Connor señaló ligeramente hacia mi boca, sin dejar de sonreír con diversión:

—Tienes… algo ahí.

Mis ojos se abrieron alarmados y sentí cómo mis mejillas ardían al instante. Me llevé rápidamente la mano al labio para limpiarme con torpeza.

—¿Ya está?

Él negó despacio con la cabeza, riéndose suavemente.

—Aún no.

Antes de que pudiera reaccionar, se acercó lentamente hacia mí y levantó una mano con delicadeza. Rozó con suavidad el borde de mi labio inferior con la yema de su dedo pulgar. Su tacto era suave, cálido, increíblemente íntimo.

Mi respiración se detuvo al instante, mientras una corriente eléctrica recorría todo mi cuerpo en apenas segundos.

Nuestras miradas se cruzaron. El mundo entero pareció reducirse únicamente a ese espacio entre nosotros y a esos ojos azules que me miraban con tanta intensidad.

Entonces, antes de que pudiera pensar en nada más, Connor se inclinó lentamente hacia mí y me besó.

Nuestros labios se encontraron despacio, suaves al principio. Apenas un roce cálido que me hizo temblar ligeramente.

Cerré los ojos, perdida en aquella sensación increíble, mientras él profundizaba lentamente el beso. Deslizó su mano por mi mejilla y acarició mi nuca con firmeza.

Sentí cómo sus labios se abrían ligeramente, invitando a los míos a hacer lo mismo. La punta de su lengua rozó mis labios, cálida, atrevida, absolutamente irresistible.

Sin pensarlo más, abrí la boca para él, entregándome por completo.

Su lengua se deslizó despacio contra la mía. Exploraba lentamente, provocándome, acariciándome con una sensualidad devastadora.

Noté cómo el calor se extendía rápidamente entre nosotros, cómo su otra mano se posaba con seguridad en mi cintura, acercándome más. Cerró por completo cualquier espacio que pudiera quedar entre nuestros cuerpos.

Gemí contra sus labios, abandonándome por completo a aquel beso que parecía haber estado esperando toda mi vida.

Dios… estaba pasando. Estaba besando a Connor McRae.

Espera un momento, ¿qué?

La razón volvió de golpe. ¿Qué coño estaba haciendo?

Me aparté bruscamente, retrocediendo alterada.

—Lo siento, Connor. Tengo que irme ahora, de verdad.

Mi respiración era irregular. Errática.

—Liza, espera —pidió él confundido.

Pero yo ya había salido corriendo, dejando atrás aquel beso perfecto que jamás debería haber sucedido.

Besar a Connor McRae había sido, sin duda, la peor mejor decisión de toda mi vida.

# 14




# Connor

Ahí estaba yo, camino del apartamento de Ewan. Había recibido un mensaje a primera hora. «Reunión urgente familiar. En mi apartamento. Ahora».

¿Urgente?

Eso solo podía significar una cosa: Ewan necesitaba algo.

Aunque, siendo sincero, tampoco podía decir que mi criterio fuera el más lúcido precisamente. Desde que había besado a Liza el día anterior, tenía un cacao mental de proporciones bíblicas.

Mi cabeza parecía estar en modo centrifugado.

Y eso no era especialmente útil cuando tenías una reunión familiar «urgente» convocada por tu hermano mayor.

Cuando llegué, la puerta estaba abierta.

Entré despacio y Brody ya estaba sentado en la butaca del rincón, con su eterna cara de póker y un café en la mano, como si llevara allí esperándonos toda la mañana.

Liam apareció justo detrás de mí, entrando como siempre con aire de estrella de rock. Se dejó caer con teatralidad en el sofá. Me senté a su lado, cruzando las piernas cómodamente mientras miraba a Ewan con curiosidad.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Liam, relajándose contra el respaldo—. Porque esto huele a tragedia griega de las buenas.

Brody levantó una ceja sin inmutarse y dio un sorbo tranquilo a su café.

—Yo apuesto a que Clyde se ha fugado con la gata siamesa del vecino. Ha sido amor a primera vista. El drama está servido.

Ewan carraspeó con incomodidad evidente y se cruzó de brazos con gesto preocupado.

—Callaos un segundo, joder. Os he llamado porque necesito vuestra ayuda.

Liam se incorporó ligeramente, con interés renovado, señalándolo divertido.

—Esto promete, chavales. El jefe supremo necesita asesoramiento fraternal. Soy todo oídos.

Ewan soltó aire con resignación absoluta antes de continuar:

—A ver cómo lo digo. Ayer era el día, el gran día. Pensaba pedirle matrimonio a Genny.

Liam aplaudió lento y dramático.

—Bien, bravo. ¿Y qué ha pasado? ¿Te ha dicho que no, te ha pedido ella matrimonio a ti o qué?

—Casi peor —respondió Ewan con gesto grave—. Había preparado todo en un restaurante bonito. Era perfecto. Y justo cuando iba a hacerlo, el imbécil de la mesa de al lado se adelantó, se arrodilló y le pidió matrimonio a su chica allí mismo.

Brody dejó escapar una carcajada corta y seca.

—¿Y? ¿Desde cuándo eso es un problema?

—Desde que Genny puso los ojos en blanco y dijo que pedir matrimonio en restaurantes le parecía cursi a morir.

Liam soltó una carcajada escandalosa y se golpeó la rodilla con evidente disfrute.

—Hostia, qué putada. ¿Y tú qué hiciste?

Ewan cerró los ojos un segundo y respiró hondo antes de continuar:

—Hice señales discretas al camarero para cancelar las copas de champán con el anillo dentro. Pero el muy idiota entendió lo contrario.

—Oh Dios mío… —Liam abrió más los ojos con regocijo.

—Llegaron las copas. Intenté distraerla hablando como un loco mientras me bebía las dos. Estuve a punto de tragarme el puto anillo. Lo tengo guardado en casa, lavado y desinfectado mil veces. Ha sido el peor día de mi vida.

Brody negó lentamente con la cabeza y apoyó la taza de café en la mesita con total tranquilidad.

—¿Y por qué no dejas de lado toda esa mierda grandilocuente, Ewan? ¿En serio creías que Genny quería una declaración en medio de un restaurante lleno de gente, con anillos escondidos en champán?

—Joder, Brody, ya lo sé —gruñó Ewan exasperado, cruzándose de brazos—. Me he dado cuenta demasiado tarde.

—Pues hazlo sencillo —insistió él, mirándolo fijamente—. Genny no quiere fuegos artificiales ni gestos dramáticos. Te quiere a ti. Elige un lugar que signifique algo para los dos, algo real. Nada de restaurantes caros ni anillos flotando en bebidas alcohólicas.

—Estoy con Brody —intervino Liam, relajado—. Mira, Genny ya sabe quién eres, para bien o para mal. ¿Quieres un consejo? Haz algo auténtico. Algo tuyo, algo vuestro.

Asentí despacio, dándoles la razón.

—Ewan, solo necesitas elegir un lugar especial que cuente vuestra historia. No un sitio cualquiera de postal. Un rincón que diga «esto somos nosotros».

Ewan se quedó unos segundos en silencio, mirando alternativamente a Brody, Liam y a mí con cierta esperanza en su rostro.

—Tenéis razón. Nada de estupideces esta vez. Solo algo real.

—Por fin —suspiró Liam, dramático—. Ya estaba mirando cómo devolverte con ticket y todo. Menos mal que has reaccionado a tiempo.

Brody levantó los ojos al techo, conteniendo una sonrisa leve.

—Recuerda, hermano mayor: menos drama, más sinceridad. Es la fórmula infalible.

—Gracias, chicos —respondió Ewan, suavizando el gesto—. De verdad.

—Lo que haga falta, jefe supremo —concluyó Liam con ironía, palmeándole la espalda mientras se ponía en pie—. Solo no vuelvas a intentar comerte el anillo, ¿vale? Es asqueroso hasta para ti.

Tras unos minutos más de burla fraternal, Ewan terminó por echarnos a todos del apartamento con cara de agotamiento

extremo.

Al salir, nos despedimos de Brody.

Agarré a Liam suavemente del brazo antes de que se marchara él también. Necesitaba hablar con alguien de Liza. Con alguien que no me juzgara. Y de todos mis hermanos esa persona era Liam.

—¿Tienes un segundo?

Él me miró sorprendido.

—Claro. ¿Va todo bien?

—Más o menos —murmuré, llevándolo hacia una esquina más privada del pasillo.

Liam arqueó una ceja, esperando en silencio con curiosidad.

Tomé aire, intentando decidir cómo decirle aquello sin quedar como un absoluto desastre.

—A ver, Liam. Tengo una duda… existencial.

—Ah, ¿sí? —Él sonrió con aire divertido—. ¿Connor McRae con dudas existenciales? Esto es histórico. ¿Necesitas la sabiduría de tu hermano pequeño?

—Del 1 al 10, ¿qué tan mal está que haya besado a una empleada?

Liam perdió la sonrisa de golpe. Se quedó quieto unos segundos, mirándome como si acabara de decirle que había prendido fuego al castillo.

—Espera, espera, ¿has dicho una empleada?

—Sí, Liam. Una empleada. Mi asistenta, para ser exactos.

Él parpadeó despacio y negó con absoluta convicción.

—Connor, tío, eso es una cagada monumental. ¿Tú sabes cómo se ponen los de recursos humanos con estas cosas? ¿No te acuerdas

de las mil charlas soporíferas que nos hemos tenido que tragar sobre relaciones inapropiadas en el trabajo?

Suspiré resignado, cruzándome de brazos.

—Ya, ya lo sé. Pero ha pasado, Liam. Y ahora no puedo sacármelo de la cabeza.

Mi hermano frunció el ceño, incrédulo.

—¿En serio no has aprendido nada de las charlas infernales? Joder, mira que la chica del último seminario lo dejó bien claro: «Nada de relaciones personales con empleados». Por muy buena que esté, Connor.

Me quedé en silencio, encogiéndome ligeramente de hombros.

—¿Qué pasa, Liam? ¿En serio me vas a decir que tú, el rey absoluto del ligoteo, nunca te has liado con nadie del trabajo?

Él arqueó una ceja ofendido y puso la mano sobre el pecho con gesto solemne.

—Perdona, hermano, pero yo tengo líneas rojas. ¿En qué clase de pervertido me has convertido en tu cabeza? —respondió fingiendo indignación—. Yo nunca mezclo negocios y placer. Es como meter alcohol barato en nuestro mejor whisky. No se hace. Jamás.

Suspiré profundamente. Claro. Liam tenía razón.

—Joder. Lo he liado todo, ¿verdad?

Liam torció ligeramente los labios, mirándome con cierta comprensión.

—Un poco. A ver, Connor, en serio. No deja de ser irónico. Estás a unos días de irte con Emma, tu novia falsa, a Escocia, y te pones a besar a otras. ¿Te gusta esta chica de verdad o es solo un calentón que se te ha ido de las manos.

Me pasé una mano por el pelo con frustración.

—No lo sé, Liam. De verdad que no lo sé. Empezamos a mandarnos notas en casa, en el apartamento, ¿vale? —le expliqué incómodo—. Notas absurdas, divertidas. Es ingeniosa, irónica, totalmente diferente a lo que esperaba. Y luego estuvimos a solas, hablando. Hay algo… algo en ella que me atrae mucho más de lo que debería.

Mi hermano me miraba fijamente, pensativo.

—Ya veo. ¿Y cómo pasó lo del beso?

Suspiré fuerte.

—Pasó sin más. Estábamos hablando, noté esa conexión rara, algo intenso, algo real. Y… la besé. Pero justo después salió corriendo como si le hubiera prendido fuego.

Liam soltó una pequeña carcajada, negando despacio.

—¿Y qué esperabas? La chica sabe tan bien como tú que besar al jefe es la peor idea del mundo. Si ha salido corriendo, es precisamente porque lo tiene tan claro como deberías tenerlo tú.

Me quedé callado un instante, mirándole en silencio.

—¿Entonces? ¿Qué hago ahora?

Él me observó unos segundos. Su rostro se suavizó ligeramente.

—Primero, tienes que averiguar si esto te importa de verdad, Connor. Porque si solo es una atracción tonta, déjalo correr ahora mismo. Pero si te gusta de verdad, si hay algo en ella que te está haciendo plantearte mandar a la mierda todas esas normas absurdas de recursos humanos, entonces quizá merezca la pena intentarlo.

Le miré con sorpresa.

—¿En serio? ¿Ahora me dices eso?

Liam se encogió de hombros.

—Tú me has preguntado cuánto de cagada era besar a una empleada. Y es una cagada enorme, nivel diez. Pero si estás

dispuesto a asumir el riesgo, si de verdad ella significa algo, igual esa cagada monumental termina siendo la mejor decisión de tu vida. Ahora te toca elegir.

Respiré hondo y solté aire con fuerza.

Sí, claro. Elegir.

Como si eso fuera sencillo.

# 15




## Liza

De camino a mi cita con Connor para elegir el vestido para la boda, me sudaban las manos.

Era lunes. Había trabajado por la mañana y había salido disparada a cambiarme rápidamente para transformarme en Emma, la novia falsa.

Nada como tener una doble vida para darle emoción a mi rutina.

Llevaba desde el sábado sin poder sacarme de la cabeza el beso con Connor.

Había sido imprudente. Estúpido. Y… absolutamente maravilloso.

Fuegos artificiales en estado puro. Tan perfecto que era para ponerle banda sonora, cámara lenta y créditos al final.

Había tenido novios, claro, pero ninguno me había besado como si su vida dependiera de ello.

Y es que Connor me había besado con una mezcla absurda de ternura y pasión, como si yo fuera un cóctel peligroso que tenía que probar a toda costa.

Vaya, Connor McRae me había besado con más intensidad que la mayoría de actores protagonistas en Netflix. Eso sí que era digno de mención.

Por la mañana había leído su nota con miedo, esperando encontrarme una reclamación, un despido disfrazado de dibujo absurdo o, al menos, una indirecta sobre huidas dramáticas. Pero no. Él se había limitado a ser estrictamente profesional. Esta vez, nada de yogures, ni Star Trek, ni audiolibros. Ni una triste referencia a clips durmientes.

No me sorprendía.

Yo había salido corriendo después del beso, como una Cenicienta histérica con exceso de cafeína. Seguro que él estaba confundido o enfadado o, peor aún, decepcionado.

Y ahora estaba a punto de verlo, pero disfrazada de Emma.

Peluca rubia impecable, ojos marrones artificiales y maquillaje profesional en modo estrella de Hollywood.

Solo esperaba que, detrás de aquel disfraz perfecto, no se notara que me moría literalmente de puros nervios por dentro.

Porque, admitámoslo, después de ese beso fingir normalidad absoluta delante de Connor iba a ser casi tan fácil como bailar claqué en tacones sobre hielo mientras intentaba no matarme y sonreír al mismo tiempo.

Lo encontré frente a la boutique de lujo en la que habíamos quedado y mi corazón dio un salto mortal con doble pirueta incluida.

Dios, era tan guapo que dolía solo mirarlo. Alto, con ese aire seguro y relajado que parecía salirle sin esfuerzo.

El pelo ligeramente despeinado, los ojos azules brillando al sol, la camisa oscura perfectamente ajustada a esos hombros criminales…

Madre mía, no podía creer la suerte que había tenido al besar a un tío tan atractivo.

Tenía que haber batido algún récord personal o algo así.

Me acerqué, intentando controlar los nervios, y carraspeé ligeramente al llegar a su lado.

—Hola, Connor —saludé con mi mejor voz de Emma, segura y sofisticada, aunque por dentro estuviera temblando como un flan.

Él levantó la vista hacia mí, con una sonrisa algo despistada que logró acelerarme el pulso hasta límites peligrosos.

—Ah, hola, Emma. —Por un momento pareció algo distraído, como si estuviera pensando en otra cosa—. ¿Entramos?

Asentí suavemente, y entramos en la boutique. Mientras atravesábamos juntos la puerta, no pude evitar preguntarme qué demonios pasaría por su cabeza en ese instante.

Y, sobre todo, qué pasaría si en algún momento Connor lograba sumar dos y dos y descubría que Emma y Liza eran, en realidad, la misma persona.

Entonces sí que estaría perdida.

Cole había intentado convencerme para que le dijera la verdad.

—Connor no es tonto, Liza, se acabará enterando y entonces te vas a meter en el mayor lío de tu vida.

—¿Y qué quieres que haga? —le había respondido yo, desesperada—. ¿Le digo la verdad ahora? «Oh, hola, Connor, por cierto, tu novia falsa Emma en realidad soy yo, Liza, tu asistenta del yogur facial. ¿Seguimos adelante con el plan o prefieres despedirme directamente?» No, gracias.

Volví al presente justo cuando una chica con aspecto impecable y sonrisa de anuncio de pasta de dientes se acercó a nosotros en la boutique.

—¿Tienen cita?

Connor asintió despacio.

—Sí, tenemos hora reservada a nombre de McRae.

—Perfecto, acompáñenme, por favor —dijo ella, guiándonos hasta una zona privada del fondo. Todo lujo y discreción—. Pueden tomar asiento. Ahora mismo traeré los vestidos que he seleccionado según sus indicaciones previas.

Nos sentamos en un pequeño sofá de terciopelo gris que parecía diseñado específicamente para citas incómodas entre jefes y empleadas en plena crisis existencial.

—Emma, necesito saber cómo irás vestida para coordinar mi traje contigo —dijo Connor con voz tranquila, aunque sus ojos parecían estar en otro sitio—. Es importante que demos una imagen… convincente.

—Claro, lo entiendo perfectamente.

En ese momento reapareció la chica de la sonrisa perfecta, cargando un montón de vestidos en diferentes tonos, tejidos y estilos que me hicieron tragar saliva.

—Aquí tenemos varias opciones preciosas para usted, señorita —dijo, depositando cuidadosamente cada uno de los vestidos en un perchero metálico brillante situado justo al lado de un amplio probador privado.

—Gracias —respondí con amabilidad.

La chica salió discretamente de la sala privada, dejándonos solos frente a aquel despliegue de lujo y glamour.

Connor volvió a mirarme brevemente, señalando los vestidos con un gesto de cabeza algo distante.

—Adelante, Emma. Tómate tu tiempo. Yo estaré aquí esperando.

Asentí con aparente calma, aunque mis pulsaciones se habían disparado de golpe. ¿En qué momento mi vida había pasado de limpiar cristales y esconderme detrás de mascarillas faciales de yogur a probarme vestidos de alta costura con Connor McRae sentado fuera del probador?

Respiré hondo para calmarme, cogí varios vestidos al azar y entré en el probador privado. Cerré la cortina detrás de mí, respiré hondo y decidí empezar por el primero de los vestidos.

El primero era color lavanda, suave, elegante… y tenía tantas capas de tul que parecía una mezcla entre una princesa Disney y una tarta de bodas gigante. Descartado. Ni siquiera me molesté en salir a enseñárselo a Connor. Yo no era Cenicienta, ni él el príncipe. Aunque, joder, quizá un poco sí.

El siguiente era rojo fuego, tan pegado al cuerpo que podría haberme quedado sin oxígeno solo con intentar respirar profundamente. No podía ni caminar decentemente. Parecía una sirena recién sacada del mar y con graves problemas respiratorios. Fuera también.

Después vino un vestido negro con lentejuelas que probablemente podría haber usado Beyoncé en sus mejores tiempos. Demasiado brillante. Demasiado exagerado. Me daba un aire a bola de discoteca que no me sentaba nada bien. Siguiente.

Luego llegó el amarillo mostaza. ¿En serio alguien usaba ese color por gusto propio? Parecía directamente un hot dog con

tacones. Ni hablar.

Probé otro más, en un verde botella elegantísimo, pero por desgracia parecía haber sido diseñado para alguien con al menos quince centímetros más que yo. La cola arrastraba peligrosamente por el suelo y me hacía sentir como una versión triste y diminuta de una reina medieval.

Por fin llegué al último vestido: un precioso tono azul profundo, elegante, simple y espectacularmente bonito. Tenía un corte sencillo que se ajustaba perfectamente a mi cuerpo sin asfixiarme, y la tela brillaba sutilmente bajo la luz cálida del probador. Vale, este sí. Este era mi vestido.

Sonriendo satisfecha, subí la cremallera por la espalda con cuidado. Bueno, al menos eso intenté. Pero la cremallera decidió que ese era el mejor momento posible para declararme la guerra y se encalló a medio camino.

Joder. Genial.

Lo intenté de nuevo, retorciéndome como una contorsionista del Circo del Sol para alcanzar bien la cremallera. Nada. Seguía atascada.

Suspiré, mordiéndome el labio mientras lo intentaba de nuevo con más insistencia. Empecé a sudar ligeramente. Vale, tranquilidad, seguro que podía hacerlo. No podía ser tan difícil. Tiré un poco más fuerte, pero no cedía ni un milímetro.

Los minutos pasaban y cada vez estaba más nerviosa. Mis manos sudaban, notaba el corazón latir cada vez más deprisa y, encima, ahora tenía calor.

Mierda, mierda, mierda. ¿Qué hacía?

Respiré hondo un par de veces y al final me rendí a lo evidente. No podía sola.

—Eh… Connor —dije finalmente en voz baja. Aclaré luego la garganta para que sonara más segura—. ¿Podrías entrar un

segundo? Necesito ayuda.

Hubo unos segundos de silencio, probablemente de confusión, antes de que Connor respondiera con cierta cautela:

—¿Estás segura?

—Sí, claro. La cremallera se ha encallado, necesito que me eches una mano —intenté sonar tan profesional como pude, ignorando el rubor que subía rápidamente hasta mis mejillas.

Escuché sus pasos acercándose. La cortina se abrió lentamente y entró con la prudencia de quien entra en una sala llena de bombas explosivas.

Cuando se colocó detrás de mí, sentí un escalofrío instantáneo recorrerme la espalda. Joder. Estábamos demasiado cerca.

—¿Dónde está el problema exactamente? —preguntó en voz baja, con una suavidad que hizo que se me acelerara todavía más el pulso.

—La cremallera, justo ahí detrás, a medio camino —respondí en un susurro apenas audible.

—Vale, voy a intentarlo —dijo él con un tono increíblemente sereno.

Noté sus dedos rozarme ligeramente la piel desnuda de la espalda mientras intentaba desencallar con suavidad la cremallera. Contuve el aliento. El silencio alrededor era absoluto, solo roto por nuestra respiración, demasiado cerca, demasiado rápida.

—Está bastante atascada —comentó en voz baja.

—Lo sé —respondí nerviosa—. Ya lo he intentado todo.

Sentí que se acercaba un poco más, su calor corporal rozando el mío y su respiración justo detrás de mi oreja. Me estremecí ligeramente, cerrando los ojos.

—Emma —dijo suavemente, en tono casi susurrado, y su voz fue como un pequeño shock eléctrico—. Relájate. Respira.

Hice lo que me dijo, soltando aire lentamente y tratando de tranquilizar mi ritmo cardíaco. Sus dedos trabajaban con paciencia y suavidad detrás de mí, intentando arreglar la maldita cremallera mientras yo moría lentamente de nervios.

—Ya casi está —susurró cerca de mi oído.

Me estremecí ligeramente, incapaz de hablar o pensar con claridad. Dios mío, esto era peligroso. Muy peligroso.

Finalmente noté cómo la cremallera cedía y subía con suavidad hasta arriba. Connor no se apartó inmediatamente. Durante un par de segundos más, sus manos permanecieron apoyadas suavemente sobre mis hombros, en un contacto cálido que me hizo contener el aliento.

Nos quedamos así, en silencio, con el corazón latiendo como loco, el espacio entre nosotros demasiado cargado, demasiado intenso.

—Ya está —dijo finalmente en voz baja, retirando despacio sus manos—. Lista.

—Gracias —susurré, casi sin voz, sin atreverme a mirarlo todavía.

Sentí cómo daba un pequeño paso atrás y se alejaba lentamente hacia la cortina, dejándome allí quieta, con las pulsaciones descontroladas y la cabeza en caos absoluto.

Dios mío. ¿En qué demonios me había metido esta vez?

Connor se detuvo justo antes de salir del probador. Por unos segundos no se movió y pude sentir cómo su mirada se posaba intensamente sobre mí a través del espejo.

—Estás preciosa —susurró con una voz ronca, profunda, que me atravesó entera.

Me giré lentamente, encontrándome con sus ojos azules fijos en los míos. Mi respiración se aceleró de golpe, incapaz de apartar la

vista de él.

Había algo en esa mirada, algo demasiado intenso, demasiado honesto. El silencio cargado se instaló entre nosotros mientras el pulso me golpeaba en los oídos y el calor subía por mis mejillas. Intenté controlarme, intenté ser racional, pero era inútil. Estaba harta de disimular, harta de contenerme. Simplemente ya no podía más.

Antes de que mi cerebro pudiera reaccionar, mis manos se movieron solas. Rozaron con suavidad su rostro, acariciaron ligeramente la línea marcada de su mandíbula.

Y entonces, sin más excusas, sin más dudas, me puse de puntillas y lo besé.

Sus labios reaccionaron inmediatamente, aceptando aquel beso como si él también lo hubiera estado esperando. Al principio fue suave, tentativo, como preguntándonos silenciosamente si aquello estaba permitido.

Pero enseguida Connor tomó el control. Rodeó con firmeza mi cintura con sus brazos y me atrajo con decisión contra su cuerpo.

Sus labios se movían sobre los míos con urgencia creciente y, cuando sentí su lengua deslizarse suavemente dentro de mi boca, acariciando, explorando, perdiendo cualquier rastro de duda, supe que estaba perdida para siempre.

Me entregué al beso con toda mi alma.

Enredé los dedos en su pelo oscuro, me pegué aún más a él, necesitando su contacto, su calor, la presión fuerte de su cuerpo contra el mío.

Cada roce de su lengua hacía que se incendiara mi piel, que se multiplicara el deseo y la tensión acumulada.

Y entonces, sin saber exactamente cómo, mi espalda chocó contra la pared del probador. Connor profundizó aún más el beso,

presionando su cuerpo contra el mío, atrapándome entre la pared y él, dejando claro que no había escapatoria posible.

Mis manos recorrieron su pecho fuerte, se deslizaron sobre sus hombros anchos, saboreando la sensación de estar allí con él.

Sus dedos rozaban mi cintura, subían por mi espalda y acariciaban mi nuca, enviando escalofríos eléctricos a cada rincón de mi cuerpo.

Y en ese momento, con mi respiración entrecortada y su lengua jugando con la mía, supe que aquello había dejado de ser desastres para convertirse en catástrofe.

En ese instante, contra aquella pared, besando a Connor McRae como si mi vida dependiera de ello, entendí finalmente que estaba en el mayor problema que había tenido jamás. Y ni siquiera eso fue suficiente para hacerme querer parar.

Justo en ese instante, cuando sentía que mi cuerpo se derretía completamente entre sus brazos y que mi cordura estaba oficialmente en coma profundo, la voz de la dependienta interrumpió bruscamente el momento.

—¿Va todo bien ahí dentro? ¿Necesitan ayuda con algo?

Nos separamos al instante, ambos respirando aceleradamente.

Las miradas se cruzaron con sorpresa y algo de culpa. Connor retrocedió un par de pasos, llevándose una mano al pelo, como si no entendiera del todo lo que acababa de ocurrir.

—Sí, sí… Todo bien —respondí yo atropelladamente, mi voz sonando demasiado nerviosa—. Gracias.

Hubo un silencio incómodo, denso, mientras los dos intentábamos recuperar algo de aliento y dignidad.

Connor parecía desconcertado, como si aún estuviera intentando procesar lo que acababa de ocurrir entre nosotros.

—Emma, yo… —empezó él, sacudiendo ligeramente la cabeza, confuso—. Lo siento mucho, discúlpame. Esto no debería haber pasado.

—No, no ha sido culpa tuya —susurré, sin atreverme a mirarle directamente—. He sido yo quien…

—Lo siento —me interrumpió él suavemente, dando otro paso atrás y pasándose una mano por la nuca con evidente incomodidad —. Te espero fuera.

Y sin decir nada más, salió rápidamente del probador, dejándome sola, con el corazón latiendo desbocado y la cabeza dando vueltas a mil revoluciones.

Me quedé allí quieta, mirando mi reflejo en el espejo, todavía notando el hormigueo de sus labios sobre los míos.

¿Y ahora qué demonios hacía?

# 16




# Connor

Salí de la boutique con la sensación de que me faltaba el aire.

¿Qué demonios estaba haciendo con mi vida?

Inspiré profundamente. Cerré los ojos unos segundos mientras intentaba aclarar el caos absoluto en que se había convertido mi cabeza.

Primero, besaba a Liza en la cocina del castillo el sábado por la noche, entre chocolate caliente y confesiones inesperadas. Y ahora, como si eso no fuera suficiente, me dejaba llevar con Emma en un probador un lunes por la tarde.

¿Desde cuándo yo era ese tipo de hombre? Nunca había sido alguien que jugara con los sentimientos de varias mujeres a la vez. Jamás. Eso no iba conmigo. Era algo propio de Liam, no de mí. Joder, estaba haciendo justo lo que siempre había criticado.

Lo peor era que ambos besos habían sido… sublimes. No podía sacar de mi cabeza ninguno de ellos. El beso intenso con Liza, el sabor dulce de sus labios y esa conexión casi desesperada entre nosotros. Y el beso apasionado con Emma, tan cargado de tensión y urgencia que aún sentía el roce de sus labios y la suavidad de su cuerpo contra el mío.

¿En serio podía estar sintiendo algo así por dos mujeres a la vez? ¿Qué diablos me estaba pasando con estas chicas?

Justo en ese momento, Emma salió de la boutique, con la mirada baja, incómoda y evitando cuidadosamente cruzarse conmigo. La tensión que nos envolvía era insoportable. Traté de mantener algo parecido a una dignidad profesional y le compré el vestido rápidamente.

Cuando estuvimos fuera de la tienda, ella se giró ligeramente hacia mí, con los ojos fijos en un punto indefinido al otro lado de la calle.

—Gracias por el vestido —dijo finalmente, sin mirarme directamente—. Hablamos pronto, Connor.

—Claro, por supuesto —respondí, tratando de sonar seguro—. Hablamos pronto.

Ella asintió y se marchó rápidamente, dejándome allí plantado. Me sentía como el imbécil más grande de todo Manhattan.

Suspiré con fuerza y decidí regresar al castillo Dunbrae. Me sentía perdido y profundamente confundido. Conduje despacio, intentando aclarar las ideas, aunque sin demasiado éxito.

Cuando llegué al castillo y bajé del coche frente a la puerta principal, aún no podía dejar de darle vueltas. Me sentía mal,

incómodo. Necesitaba disculparme.

Puede que ella me hubiera besado, pero yo le había devuelto el beso y subido de nivel.

Sin pensarlo mucho más, saqué el móvil y busqué su número en la aplicación de la agencia. Marqué sin dudar y me llevé el teléfono a la oreja mientras miraba distraído hacia los jardines del castillo.

Sonaron un par de tonos.

Entonces, justo en ese instante, vi a Liza aparecer a lo lejos, caminando distraída hacia el anexo del personal.

Observé cómo sacaba algo del bolsillo y se lo llevaba al oído justo cuando Emma respondía al teléfono:

—¿Sí?

Me quedé paralizado.

Mi corazón se aceleró de golpe y miré confundido hacia ella.

Observé cómo su boca se movía a lo lejos, en perfecta sincronización con lo que Emma decía en mi oído.

Algo en mi cabeza empezó a hacer clic.

Un clic lento, profundo, imposible de ignorar.

—Connor, dime. ¿Va todo bien? —preguntó ella con cautela desde el otro lado de la línea.

No respondí. No podía. Me quedé callado, observándola caminar despreocupadamente hacia el edificio del personal.

Ella era Emma. Emma era Liza.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Por eso Emma se me hacía tan familiar.

Por eso Liza había intentado esconderme la cara desde el principio.

¡Maldita incapacidad por reconocer personas!

Mi cabeza empezó a girar aún más deprisa mientras ella desaparecía en el anexo, completamente ajena a mi presencia. Bajé lentamente el teléfono, incapaz de seguir sosteniéndolo.

Y allí estaba yo, de pie delante del castillo Dunbrae, con el móvil aún en la mano. Me sentía el mayor imbécil que había pisado jamás la faz de la tierra.

Había estado besando a la misma mujer todo el tiempo, sin tener ni idea.

Esto superaba absolutamente todas las cagadas de mi vida juntas.

# 17




## Liza

Cole se estaba riendo como una auténtica hiena descontrolada.

Tumbado en mi sofá, se agarraba el estómago, con lágrimas en los ojos.

Yo lo miraba indignada desde el otro extremo del sofá, esperando pacientemente a que cesara su ataque de histeria.

—¿Has terminado ya? —le pregunté, cruzándome de brazos con impaciencia absoluta—. ¿O llamo directamente a emergencias?

Cole respiró hondo varias veces.

Se secó dramáticamente las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ay, por Dios… ¡No puedo respirar! —soltó entre carcajadas residuales—. Liza, cariño, solo a ti se te ocurriría montar un triángulo amoroso contigo misma. ¿Quién hace eso? ¡¿Quién?!

—Ya, ya, ríete todo lo que quieras —respondí, fulminándolo con la mirada—. Pero podrías mostrar un poco de empatía, ¿no crees?

—Empatía, dice. Empatía es para gente que se mete en líos normales, Liza. Esto es nivel avanzado de desastres románticos.

Suspiré profundamente y me tapé la cara con las manos.

—Lo sé, ¿vale? Pero es que no pude evitarlo, Cole. Simplemente… pasó.

—Claro que pasó, cielo. Tú no tuviste nada que ver —replicó, irónico—. ¿Qué culpa tienes tú de ir por ahí besando a tu jefe disfrazada de dos personas diferentes?

—Muy gracioso. —Lo fulminé con la mirada otra vez y aparté las manos de mi cara—. ¿Sabes qué es lo peor?

—¿Que acabas de superar todos los récords históricos de situaciones?

—Lo peor —continué, ignorando olímpicamente su comentario— es que Connor me devolvió el beso. ¡Me lo devolvió, Cole! ¿Qué clase de hombre hace eso? Primero me besa como Liza y, dos días más tarde, no duda ni medio segundo en besar a Emma también. Debería estar enfadada. No, ¡estoy enfadada! ¿Por qué diablos me besó si ya había besado a Liza?

Cole arqueó una ceja con fingido desconcierto y levantó dramáticamente las manos al aire.

—Sí, claro, porque tú, querida, estabas totalmente obligada a lanzarte encima de él. ¡El pobre hombre no tuvo opción! Tú lo atacaste salvajemente y él solo intentó sobrevivir.

Suspiré de nuevo, incapaz de contener una pequeña sonrisa pese a mi enfado.

—Vale, vale, bromas aparte —dijo más serio, aunque sus ojos aún brillaban de diversión—. El verdadero problema es que, por mucho que esto sea divertidísimo, estás jugando con fuego, Liza.

Suspiré y lo miré con inquietud mientras me mordisqueaba nerviosa el labio inferior.

—Sé que es complicado, ¿vale? Pero tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Cariño, quizás has perdido la perspectiva porque trabajas en un castillo de ensueño y vives rodeada de whiskies caros y escoceses buenorros, pero déjame recordarte algo importante: los cuentos de hadas nunca se hacen realidad. Nunca. ¿Lo captas?

Lo fulminé con la mirada, sabiendo que tenía razón, aunque odiara admitirlo.

—Ya, Cole, pero…

—Nada de peros —me cortó, repentinamente serio—. ¿Hace falta que te recuerde que en la agencia está terminantemente prohibido involucrarse con clientes? Si Lauren se entera, puedes decirle adiós a tu trabajo. Y no solo eso, querida mía. Estamos hablando de tu jefe en el castillo. Tu jefe, Liza. ¿Sabes cómo suelen terminar estas cosas? Mal. Fatal. Tragedia absoluta con lágrimas incluidas. Drama nivel Shakespeare.

Suspiré profundamente y me dejé caer de nuevo contra el sofá.

Sentía la frustración aplastarme por completo.

—Ya sé todo eso, ¿vale? Créeme, no lo he olvidado ni por un segundo.

Cole suspiró también.

—Solo quiero que tengas claro en qué te estás metiendo, Liza. Porque, por muy increíble que sea Connor, no vale la pena perder tu trabajo y todo lo que has conseguido por un flechazo absurdo.

Lo miré en silencio. Sabía que Cole tenía toda la razón del mundo, pero eso no hacía que me sintiera mejor. Más bien al contrario.

Porque, por mucho que odiara admitirlo, la idea de alejarme de Connor dolía bastante más de lo que jamás habría imaginado.

Cuando Cole se fue finalmente, me quedé a solas, en silencio, mirando distraídamente el cuadro que Connor me había regalado. Ahí estaba, colgado en la pared. Mostraba el castillo Dunbrae en tonos cálidos y luminosos, como si aquel lugar estuviera hecho de pura magia.

Suspiré suavemente y me perdí un instante en las pinceladas intensas y fluidas que Connor había dado al lienzo. Me acordé inevitablemente de la conexión tan profunda que había notado entre nosotros mientras hablábamos del arte, de los sueños abandonados, de la sensación de estar atrapados en decisiones que otros habían tomado por nosotros.

Cerré los ojos y sentí de nuevo la textura de sus labios sobre los míos, la forma en que su cuerpo había encajado contra el mío con una perfección ridícula. Todavía podía recordar el calor de su aliento, el roce suave de sus dedos en mi nuca y la manera en que todo alrededor parecía haber desaparecido al besarnos.

Pero entonces recordé las palabras de Cole, que resonaban con demasiada fuerza en mi cabeza: «Los cuentos de hadas nunca se hacen realidad. Nunca».

Suspiré profundamente y abrí los ojos.

Volví a fijarme en el cuadro con una mezcla de tristeza y determinación.

Cole tenía razón.

No podía permitir que los cuentos de hadas me absorbieran los sesos. Lo mío con Connor era imposible. Él era mi jefe, era mi cliente y yo no podía permitirme perder ninguno de los trabajos que tanto

esfuerzo me había costado conseguir. Necesitaba ese dinero. Necesitaba esa estabilidad, por mínima que fuera.

Mi vida real no era una película romántica, por mucho que la situación se estuviera empeñando en parecerlo.

Aparté los ojos del cuadro. Sentí que una pequeña parte de mí se quedaba allí, atrapada en los colores y las emociones que Connor había plasmado.

Tenía que volver a la realidad, aunque doliera.

Porque, por muy maravillosos que fueran aquellos besos, lo único que me esperaba al final de aquel cuento absurdo eran lágrimas y un despido asegurado.

Y eso era algo que, por mucho que me gustara Connor, no podía permitirme.

# 18




# Connor

Si existía un lugar perfecto para estar cabreado con el mundo, ese era el campo de tiro con arco del castillo Dunbrae.

Situado al norte de los jardines, justo detrás de una hilera de cipreses perfectamente alineados, era uno de esos sitios donde uno puede fingir que aún vive en la Escocia medieval en vez de en pleno Manhattan. Con sus dianas desgastadas por el tiempo, la estructura de madera oscura restaurada, las flechas perfectamente ordenadas y el Hudson al fondo, siempre tan gris y tan irritantemente tranquilo, el lugar parecía hecho a medida para tener crisis existenciales.

O para querer matar a alguien.

Porque justo ahora, mientras tensaba la cuerda y sentía los músculos quejarse por el esfuerzo, solo podía pensar una cosa: me habían tomado el pelo. A lo grande.

Solté la cuerda con fuerza. La flecha se clavó justo en el centro, con un sonido seco que debería haber sido satisfactorio. Pero no lo era. No cuando en mi cabeza resonaba una y otra vez lo que había pasado.

Liza. Emma. El beso. Los besos.

Y lo peor de todo: la maldita confusión.

Había besado a Liza en la cocina el sábado por la noche. Perfecto. Un beso memorable, de esos que se graban a fuego en tu cerebro durante meses. Hasta ahí todo bien.

Pero luego llegaba Emma, la novia falsa que yo mismo había contratado. El lunes por la tarde. Otro beso más. Otro beso espectacular, esta vez en un probador de lujo, con cremalleras rebeldes, vestidos caros y una tensión digna de una película romántica.

Me sentía como si estuviera atrapado en una de esas comedias románticas malas en las que el protagonista termina siendo el hazmerreír de todos.

Porque Liza y Emma eran la misma persona.

Cuanto más lo pensaba más obvio me parecía.

Mangoneado. Ese era yo ahora mismo.

Tensé otra flecha.

Otra diana perfecta.

El universo tenía un sentido del humor retorcido.

—Vaya, parece que alguien está teniendo una crisis existencial —sonó una voz tranquila detrás de mí.

Me giré despacio.

Brody estaba allí, en pijama, pantuflas oscuras y despeinado, con esa eterna expresión neutra que indicaba que estaba demasiado acostumbrado a ser el adulto responsable en todas las situaciones.

—¿Qué haces aquí, Brody?

Él levantó un termo metálico en un brindis silencioso.

—Mi apartamento da justo al campo de tiro. Te he visto desde la ventana tensando flechas con cara de querer incendiar el castillo y he pensado que debía intervenir antes de que ocurriera un crimen.

Sonreí con ironía.

—Muy considerado por tu parte.

Me tendió el termo.

—Whisky. Toma, parece que lo necesitas.

Cogí el termo y di un trago profundo. El alcohol bajó quemando, pero ayudó a calmar un poco mi caos mental.

—Bien —dijo finalmente Brody, cruzándose de brazos—. ¿Qué demonios pasa?

Suspiré.

—Pasa que me han tomado el pelo, Brody. Y de forma épica.

Su ceja se arqueó con curiosidad genuina.

—¿Quién exactamente?

—Liza. O Emma. O ambas. O quizá el maldito universo entero se está divirtiendo conmigo.

—Vale —dijo Brody con calma—. Explícate.

Me froté la nuca con frustración absoluta.

—He besado a Liza, mi asistenta.

—¡¿Qué?! ¿Has besado a tu asistenta? ¿Has perdido el juicio?

—Olvida por un instante ese detalle, ¿vale? La charla puede esperar.

No muy convencido, Brody asintió.

—Vale. Prosigue.

—Dos días después de besar a Liza, he besado a Emma, la novia falsa que contraté para la boda.

Esta vez Brody abrió más los ojos, claramente sorprendido.

—Espera. ¿Me estás diciendo que te has enrollado con dos chicas diferentes en menos de cuarenta y ocho horas?

—No exactamente —solté el aire con fuerza y me giré hacia él —. Porque resulta que Liza y Emma son la misma chica.

Brody me observó sin pestañear. Luego, muy lentamente, comenzó a sonreír.

—Espera, espera. ¿Has tenido delante a la misma mujer en dos versiones distintas y no has sido capaz de reconocerla?

Me pasé una mano por la cara con frustración.

—Exactamente eso.

Brody estalló en una carcajada seca.

—Connor, siempre has sido un auténtico desastre reconociendo caras. ¿Recuerdas cuando en la reunión anual confundiste al asesor financiero con el nuevo jardinero y le explicaste cómo podar los rosales del jardín sur durante media hora?

—¿En serio, Brody? —gruñí con fastidio—. Justo ahora es cuando decides recordarme aquella humillación.

—Es una anécdota perfecta —dijo él, sonriendo con total tranquilidad—. Y explica muchas cosas sobre tu situación actual.

Suspiré profundamente.

—Me siento un imbécil. Me han tomado el pelo a nivel profesional, Brody. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Él negó despacio con la cabeza, recuperando la calma.

—No creo que esa chica tuviera malas intenciones. Pero, sinceramente, Connor, has batido todos tus récords de desastres anteriores. Esto es preocupante hasta para ti.

Lo miré con frustración absoluta.

—¿Sabes qué es lo peor? Que ahora no tengo ni idea de cómo gestionar esto.

Brody negó despacio, con calma absoluta.

—Connor, los dos sabemos que eres demasiado buena persona para hacer otra cosa que no sea aclarar las cosas directamente con ella. Lo llevas en el ADN.

Resoplé, irónico.

—Quizá debería empezar a cambiar eso.

Él arqueó una ceja, sonriendo ligeramente.

—Si fueras Liam, ahora mismo estarías planeando cómo devolvérsela o cómo jugar con ella. Pero no lo eres. Tú siempre haces lo correcto, aunque te fastidie. Porque además, está el hecho de que es tu asistenta y como Liza o Emma está mal. ¿Ya puedo empezar con la charla?

Brody siguió hablando pero desconecté. Me quedé anclado en sus palabras anteriores.

Sí. Tenía razón. Siempre hacía lo correcto. Siempre era el tipo bueno.

Quizá demasiado.

Y justo entonces, mientras Brody me echaba la bronca por mis acciones cuestionables, me sorprendí a mí mismo sonriendo ligeramente.

Porque estaba cansado de ser siempre la buena persona.

Y ahora mismo, sinceramente, ser un poco más como Liam me parecía una idea estupenda.

Jugar con Liza no sonaba mal. Nada mal.

# 19




# Liza

Suspiré mientras atravesaba el pasillo del castillo rumbo al apartamento de Connor.

Teniendo en cuenta el caos que tenía en la cabeza, limpiar me parecía casi terapéutico.

Fregar, ordenar, barrer. Todo sencillo. Todo bajo control.

Nada de besos. Nada de dobles identidades. Nada de Connor.

Perfecto.

Entré directamente al apartamento, dejando el bolso en la encimera como siempre… y entonces me quedé completamente paralizada.

Connor estaba allí.

Sentado en la mesa, con una taza de café en la mano, mirándome.

—Joder… —murmuré para mí.

Mi primer impulso fue salir corriendo.

Pero me detuve a medio gesto.

Por muy incómoda que fuera la situación tenía que actuar como una persona madura.

Levanté la mirada lentamente hacia él.

Había algo raro en su expresión. No sabía explicar el qué.

Y eso me puso nerviosa. Mucho.

—Connor… —dije, intentando sonar normal, cosa que claramente no estaba consiguiendo—. ¿Qué haces aquí?

Pregunta estúpida. Era su casa.

Él dejó la taza con calma sobre la mesa, sin apartar los ojos de mí.

—Tenemos que hablar, Liza.

Mi corazón dio un salto.

—¿Hablar de qué?

Lo sabía perfectamente, pero aun así lo pregunté. Porque, oye, la negación es un mecanismo de defensa muy digno.

Connor inclinó ligeramente la cabeza.

—Del beso del sábado.

Genial.

Fantástico.

Maravilloso.

Tragué saliva, sintiendo cómo toda la calma falsa se evaporaba en cuestión de segundos.

Porque una cosa era evitar el problema.

Y otra muy distinta tenerlo sentado en la cocina.

—¿Te apetece un café? —preguntó, señalando la cafetera.

Negué despacio con la cabeza. Ahora mismo, lo último que necesitaba era cafeína.

—No, gracias. Estoy bien así.

Él asintió lentamente. Durante un instante, pareció dudar. Finalmente, con suavidad, señaló la silla frente a él.

—Ven, acércate. Siéntate conmigo un momento, Liza.

Tragué saliva y crucé el salón hasta la mesa, sintiendo cada paso como si avanzara hacia una emboscada emocional.

Me senté, intentando no mirarle directamente a los ojos.

—¿Qué pasa, Connor?

Él se inclinó ligeramente hacia mí.

—Quería preguntarte sobre el beso del sábado. Necesito saber si te sentiste incómoda o si te puse en una situación complicada.

Alcé la vista sorprendida, y mis ojos se encontraron directamente con los suyos. Oscuros. Intensos.

—No… —susurré con honestidad, incapaz de apartar la mirada —. No fue incómodo. De verdad.

Connor asintió despacio, soltando aire lentamente.

—Bien —murmuró—. Porque llevo desde entonces incapaz de sacármelo de la cabeza.

El corazón se me aceleró aún más.

Él se levantó lentamente de su silla y rodeó la mesa despacio, acortando la distancia que nos separaba. Quedó de pie, justo delante de mí. Demasiado cerca.

—¿Y tú? —susurró, clavando sus ojos en los míos—. ¿Has pensado en ello?

Abrí la boca, pero las palabras no salían.

El aire parecía haberse espesado de repente.

—Puede que un poco —balbuceé torpemente.

¿Qué otra cosa podía decir?

Connor se inclinó despacio, apoyando las manos suavemente en los reposabrazos de mi silla y encerrándome allí entre sus brazos con una facilidad abrumadora.

—Me gustas, Liza —susurró con voz ronca y grave, tan cerca que sentí su aliento cálido rozar mi boca—. Me gustas mucho. Creo que nunca me ha gustado tanto nadie antes. Y creo que voy a morir si no vuelvo a besarte ahora mismo.

Y entonces me besó.

Fue un beso profundo, hambriento, cargado de deseo contenido. Su lengua buscó la mía inmediatamente, exploró, acarició, borró cualquier resistencia que hubiera podido tener.

En algún momento me levantó suavemente de la silla, y antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba sentada sobre la mesa.

Connor quedó frente a mí, acercándose aún más, hasta que no quedó espacio alguno entre nuestros cuerpos.

Sus labios abandonaron los míos solo lo suficiente para deslizarse lentamente por mi cuello. Su aliento cálido sobre mi piel me hizo estremecer.

Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás para darle más acceso. Sentí cómo besaba suavemente el hueco sensible debajo de mi oreja y bajaba poco a poco hacia mi clavícula.

Sus labios mordisqueaban delicadamente la piel, enviando pequeñas descargas eléctricas a lo largo de mi cuerpo.

—Liza… —murmuró él contra mi clavícula—. Si quieres que pare, dímelo ahora.

Negué lentamente con la cabeza, sin poder abrir los ojos siquiera.

—No quiero que pares.

Mi voz sonó baja, entrecortada por la respiración acelerada.

Connor no respondió con palabras.

Solo con sus manos.

Subieron despacio por mis muslos, con una calma que contrastaba con la forma en que mi cuerpo reaccionaba.

Noté cómo levantaba la falda del uniforme del castillo poco a poco, como si quisiera saborear cada segundo, cada centímetro de piel que iba descubriendo.

Y entonces sus dedos encontraron la tela de mis braguitas.

El primer roce fue suave. Demasiado suave.

Un simple contacto que me hizo jadear contra su piel.

—Connor… —susurré, perdiendo completamente el hilo de cualquier pensamiento coherente.

Sus dedos se movieron otra vez. Esta vez con más intención, se deslizaron sobre la tela y presionaron justo donde más lo necesitaba.

El roce se volvió más preciso. Más lento. Como si supiera exactamente lo que estaba haciendo.

Como si quisiera volverme loca.

Y lo estaba consiguiendo.

Su pulgar trazó un pequeño círculo sobre la tela, rozó directamente mi clítoris y hizo que mi respiración se rompiera en un

gemido contenido.

Sentí cómo mi cuerpo respondía al instante. Cómo la humedad comenzaba a acumularse. Cómo cada movimiento suyo me empujaba un poco más al límite.

—Joder… —murmuró él en voz baja.

Aumentó ligeramente la presión, manteniendo el ritmo lento, constante, tortuoso.

No me daba lo suficiente para caer… pero tampoco me dejaba retroceder.

Me mantenía ahí.

Justo en el borde.

—Connor… por favor… —jadeé, sin saber ni siquiera qué estaba pidiendo exactamente.

Más.

Menos.

Todo.

Nada.

Él levantó la cabeza lo justo para mirarme, sus ojos oscuros cargados de deseo.

Pero no se detuvo.

Siguió moviendo los dedos sobre la tela, rozó, presionó, provocó… me llevó exactamente donde quería.

Al límite.

Y me dejó allí.

—Por favor… —gemí en voz baja, aferrándome con fuerza a sus hombros.

En ese momento, como si el universo decidiera jugar conmigo otra vez, el móvil de Connor empezó a sonar, interrumpiendo bruscamente el instante.

—Tengo que responder —murmuró él, separándose—. ¿Sí?

Un breve silencio.

—Está bien, dame diez minutos. Voy para allá ahora mismo.

Colgó.

—Lo siento, Liza, pero tengo que irme. Algo ha surgido en el trabajo y no puede esperar.

Lo observé, intentando disimular lo decepcionada que me sentía justo ahora.

—Claro —respondí, bajándome con torpeza de la mesa y recolocándome rápidamente la ropa—. Tranquilo, no pasa nada.

Cuando Connor cerró la puerta tras él, me quedé allí parada unos segundos, tratando de recomponer mis pulsaciones y recobrar el aliento.

Joder, Liza, ¿no se suponía que tenías que evitar repetir el error?

Solté un suspiro profundo. No tenía ni idea de lo que acababa de pasar. Todo había ido muy rápido.

Demasiado rápido.

«Creo que voy a morir si no vuelvo a besarte», había dicho antes de hacerlo. De besarme.

También había dicho que le gustaba.

Agh. Todo era un desastre. Un desastre profundo.

Decidida a ocupar mi mente, comencé a limpiar como si mi vida dependiera de ello. Movimientos automáticos y mecánicos. Recoger, ordenar, fregar.

Necesitaba mantener mis pensamientos controlados, lejos de Connor, lejos de los besos, lejos del absoluto caos emocional que era mi vida últimamente.

Justo cuando empezaba a respirar con normalidad, el teléfono vibró en el bolsillo de mi uniforme.

Saqué el móvil despacio y sentí que me paralizaba al ver el mensaje.

Era de Connor.

Pero no escribía a Liza. Escribía a Emma, en la aplicación de la agencia.

Lo abrí rápidamente, sintiendo cómo se me secaba la garganta.

CONNOR

Emma, necesito verte cuanto antes. Es importante.

Mi corazón latía ahora a un ritmo absurdo, descontrolado. ¿Qué demonios quería decirme? ¿Por qué precisamente ahora, después de lo que acababa de pasar entre nosotros siendo yo misma?

Tragué saliva, intentando responder algo que sonara mínimamente normal:

EMMA

Claro, ¿cuándo y dónde?

Esperé unos segundos eternos antes de que llegara su respuesta.

CONNOR

Esta tarde a las cinco, frente al parque que hay cerca del castillo. Pasaré a buscarte en coche. Por favor, no faltes.

Volví a suspirar profundamente.

¡Mierda!

Ahora ya no tenía escapatoria. Me tocaría enfrentar lo que fuera que Connor quisiera decirme.

***

A las cinco en punto estaba allí, frente al pequeño parque que quedaba cerca del castillo Dunbrae. Peluca rubia impecable, lentillas marrones y maquillaje que ocultaba cualquier rastro de mi verdadera identidad.

Una Emma absolutamente perfecta por fuera, aunque por dentro mi cabeza fuese un torbellino.

Vi el coche de Connor acercarse y detenerse justo frente a mí. Respiré hondo, intentando controlar el pulso acelerado, y abrí la puerta del copiloto con decisión.

—Hola, Emma —dijo Connor en voz baja, mirándome un instante más de lo necesario.

—Hola —respondí con calma fingida mientras me sentaba y cerraba la puerta.

Él arrancó sin decir nada más. Condujo en silencio unos minutos, hasta que aparcó en una zona tranquila y apartada frente

al Hudson. Nadie más a nuestro alrededor, solo la vista del río y una tensión que parecía a punto de explotar.

Me giré ligeramente hacia él, nerviosa.

—¿Qué pasa, Connor?

Él soltó aire lentamente antes de mirarme a los ojos con una intensidad que me desarmó por completo.

—No puedo dejar de pensar en lo que pasó en aquel probador —dijo finalmente—. No logro sacarme ese beso de la cabeza.

Parpadeé, confundida. Y furiosa. Porque esas eran exactamente las mismas palabras que me había dicho antes, solo que como Liza. Me dieron ganas de mandarlo a la mierda en ese mismo instante. ¿Acaso estaba jugando conmigo? ¿Con ambas versiones de mí?

Pero no podía decir nada. No podía revelarle lo que sabía sin descubrir quién era realmente.

—Emma —continuó él con voz ronca, interrumpiendo mis pensamientos—, creo que voy a morir si no vuelvo a besarte ahora mismo.

Me dieron ganas de gritarle: «¡Soy Liza, idiota! ¡Deja de repetir las mismas frases que esta mañana!». Pero me mordí la lengua.

Tampoco me dio tiempo a reaccionar.

Se inclinó hacia mí y me besó con desesperación contenida. En cuanto sentí sus labios sobre los míos, todas mis defensas se vinieron abajo.

Su lengua entró en mi boca, profunda, exigente, y borró cualquier rastro de enfado y confusión que tuviera.

Durante unos segundos ya no pensé. Ni en la mentira, ni en el engaño, ni en las identidades dobles.

Solo me dejé llevar por el sabor de Connor, por su beso hambriento y apasionado, mientras una pequeña voz en mi cabeza

me advertía que esto, tarde o temprano, iba a terminar explotando en mi cara.

Pero ahora mismo, con él tan cerca, sinceramente no me importaba.

No sé en qué momento pasó, pero antes de que pudiera recuperar un mínimo control, ya estaba encima de Connor, sentada sobre su regazo en el asiento delantero del coche.

Mi falda se había subido lo justo para permitirme sentirlo a través de la ropa, notando con claridad lo duro que estaba mientras me movía lentamente sobre él.

Su boca no abandonaba la mía. Me devoraba con un deseo desesperado y ardiente que me hacía olvidar cualquier razonamiento lógico.

Mis manos buscaron su pelo, lo agarré con fuerza mientras nuestros cuerpos se restregaban juntos, buscando una fricción que me estaba volviendo loca.

Sentía su respiración acelerarse aún más. Sus dedos se clavaban en mis caderas para acercarme más a él, intensificando cada roce.

—Emma… —murmuró contra mis labios con voz ronca, descontrolada.

Gemí suavemente como única respuesta, moviendo lentamente mis caderas contra su erección, buscando ese contacto directo que necesitaba.

Justo cuando estaba completamente perdida en él, entregada por completo a sus besos y al roce intenso de nuestros cuerpos, Connor se detuvo de golpe.

Su respiración era errática. Su pecho subía y bajaba rápidamente.

—Emma, ¿hay algo que quieras decirme?

Abrí los ojos, llena de confusión. ¿Algo que decirle? ¿El qué?

—No entiendo tu pregunta.

Apoyó la frente contra la mía y cerró los ojos un instante.

—Vale… —susurró, apartándose ligeramente, con una evidente frustración en su voz—. Está bien. Vamos a dejarlo aquí.

Parpadeé, intentando recuperar la respiración, tratando de entender qué estaba pasando ahora mismo.

—¿Qué? ¿Connor…?

Él negó, apartándome despacio de su regazo y colocándome otra vez en el asiento del copiloto.

—Lo siento mucho —dijo con seriedad, ajustándose la ropa y el cinturón con un gesto brusco.

—Connor, espera…

—De verdad, perdóname —dijo, evitando mi mirada—. Será mejor que te lleve de vuelta.

Sin decir más, arrancó el coche.

El silencio cayó entre nosotros, cargado de tensión, mientras conducía de vuelta al punto donde me había recogido.

Todo lo que había ocurrido entre nosotros minutos antes parecía haberse desvanecido de golpe.

Cuando llegamos a la plaza, detuvo el coche y me miró brevemente, con una expresión tan tensa que no pude descifrarla.

—Siento mucho haberte puesto en esta situación, Emma. Nos vemos pronto.

Abrí la puerta despacio, bajé del coche sin decir nada, sin poder procesar lo que acababa de ocurrir. Él arrancó y se alejó, dejándome allí plantada, más confundida que nunca.

Porque, sinceramente, ya no tenía ni idea de qué estaba pasando.

¿En qué momento mi vida se había convertido en un episodio absurdo de una telenovela mala?

Me llevé la mano a la frente, frustrada, sintiendo que mi cabeza estaba a punto de explotar en mil pedazos. ¿Qué pretendía Connor jugando así con Liza y Emma? ¿Realmente pensaba que podía besar a ambas versiones de mí sin consecuencias?

En ese preciso instante, mi móvil volvió a vibrar. Lo saqué del bolso casi por reflejo, y mi corazón dio un vuelco al ver el nombre en la pantalla. Era un mensaje a Connor, para mí como Liza.

CONNOR

No dejo de pensar en ti, Liza. Tenía muchas ganas de volver a verte hoy.

Abrí la boca, indignada.

¿En serio?

¿De verdad me acababa de mandar eso?

Antes de que pudiera reaccionar o mandar a Connor directamente al infierno, otro mensaje apareció en la pantalla. Y sentí que el mundo se tambaleaba un poco más. Era de Connor, pero en la app de la agencia, para Emma.

CONNOR

Perdóname por lo que pasó, Emma. No debí actuar así. Pero quiero que sepas que me ha encantado besarte.

Parpadeé confusa, incrédula.

Miré los dos mensajes uno junto al otro, y sentí cómo la ira subía lentamente desde mi pecho hasta explotar en un arrebato interno absoluto.

¿De qué demonios iba Connor McRae? ¿Jugaba conmigo en ambas identidades?

Y justo allí, en plena calle, con mi cabeza en completo caos y el corazón latiendo acelerado, solo pude pensar una cosa: Connor McRae era un idiota integral, y yo la más estúpida por caer en su juego.

# 20




## Liza

Ahí estaba yo otra vez. Viernes por la tarde, espalda contra la pared del despacho, dedos enredados en el pelo de Connor, su boca sobre la mía y toda mi fuerza de voluntad desaparecida en combate.

Cuatro días llevaba así. Cuatro días despertándome con una firme determinación de no caer otra vez. Cuatro días jurándome frente al espejo: «Hoy se acabó, Liza. Hoy le paras los pies».

Spoiler: esa promesa se evaporaba cada vez que Connor me miraba con esos ojos azules cargados de malas intenciones.

Sus labios presionaban suavemente los míos. Su cuerpo cálido me tenía atrapada entre la pared y él. Gemí contra su boca cuando

sus dedos recorrieron mi cintura y subieron lentamente bajo mi uniforme, encendiendo cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Si quieres que pare, solo tienes que decírmelo —susurró él contra mi cuello, provocando que me estremeciera.

La peor parte era que sabía perfectamente que no iba a decírselo. Porque no quería que parase. Para nada.

—No… no pares —respondí en un jadeo honesto que borró cualquier posible resistencia.

Sentí cómo sonreía satisfecho contra mi piel. Profundizó aún más el beso. Sus manos se deslizaban decididas y suaves por mi cuerpo, llevándome al límite en cuestión de segundos.

Justo entonces, cuando estaba a punto de perder la cabeza por completo, Connor se detuvo en seco. Se apartó ligeramente con un suspiro frustrado.

—Joder, Liza, tengo una reunión en cinco minutos. Lo siento, tengo que irme ya.

Parpadeé, confusa, frustrada, intentando desesperadamente que mi cuerpo volviera al planeta Tierra.

—Claro —dije con voz temblorosa—, no pasa nada.

Mentira absoluta.

Connor me sostuvo la mirada un instante más y me acarició suavemente la mejilla con el pulgar. Susurró con voz profunda y sincera:

—Me encantas, Liza. Eres increíble.

Y ahí fue cuando sentí que algo me explotaba por dentro.

Porque esas mismas palabras exactas me las había dicho ayer como Emma. Palabra por palabra.

Y, antes de que pudiera reaccionar, salió apresurado del despacho. Me dejó allí plantada contra la pared, respirando aún

agitada, cachonda, cabreada, indignada y profundamente frustrada.

Llevaba cuatro días así. Cuatro días de besos interrumpidos justo cuando estaba a punto de perder el control. Cuatro días terminando exactamente igual, dejándome al borde del colapso mental y sexual.

Y lo peor era que, como Emma, la situación era exactamente la misma.

Esto no podía seguir así mucho más.

—¿Sabes qué? —prosiguió Cole esa misma tarde, en mi habitación—. Tienes que tomar el control, querida. La próxima vez que Connor te diga algo así como: «Me encantas, Emma. Eres increíble», tú lo frenas, lo miras a los ojos y le preguntas: «¿Ah, sí? ¿Exactamente cuántas mujeres increíbles has conocido esta semana?».

Lo miré levantando una ceja.

—Cole, eso es absurdo.

Él sonrió, divertido.

—¿Más absurdo que tu vida ahora mismo? Vamos, Liza. Tienes que ponerle las cosas claras. Que deje de jugar a dos bandas contigo misma. Exige exclusividad con alguna de tus personalidades, al menos.

Suspiré profundamente y me froté las sienes.

—Ya sé que tienes razón. Pero no es tan sencillo.

Cole se levantó del sofá y se acercó. Apoyó una mano afectuosa sobre mi hombro.

—Claro que no es sencillo, cariño. Pero tú puedes con esto. Y, si no puedes, al menos diviértete intentándolo, porque créeme, a mí me estás proporcionando un entretenimiento fabuloso últimamente.

Puse los ojos en blanco, aunque una sonrisa leve se escapó de mis labios.

Tenía razón.

Tenía que pararle los pies.

Como Liza. Como Emma. Como ambas.

Una hora más tarde, Emma ya estaba sentada en el coche de Connor.

Como siempre, aparcó en un lugar apartado, una zona tranquila cerca del Hudson. Las luces de la ciudad se reflejaban en el agua oscura y creaban un ambiente demasiado romántico para mi estado mental.

Empecé a planificar rápidamente la conversación en mi cabeza. Repetí las palabras exactas que tenía que decirle y me animé a mí misma con frases motivacionales baratas del tipo «Tú puedes, Liza. Sé fuerte. Firme y decidida».

Pero entonces, antes de que pudiera abrir siquiera la boca, Connor se giró hacia mí con esos ojos azules intensos y una media sonrisa que destrozó todas mis defensas en un instante.

—No sabes lo mucho que he estado pensando en tus labios —susurró con voz ronca, inclinándose lentamente hacia mí.

Mi respiración se aceleró inmediatamente.

—Connor, yo…

Y ahí estaba otra vez. Besándome. Profundo, intenso. Me hizo olvidar al instante cualquier plan racional que tuviera en mente. Sentí cómo su lengua acariciaba la mía, cómo el roce delicado y exigente a la vez me dejaba sin aliento.

Tenía que detenerlo.

Pero era jodidamente difícil tomar decisiones racionales cuando tenía su lengua dentro de mi boca y su mano acariciando suavemente mi cuello.

Sin embargo, ya no podía seguir así.

Me obligué a separarme ligeramente de él. Respiré entrecortadamente y puse las manos en su pecho como una pequeña barrera física que me ayudara a recuperar algo de cordura.

—Connor, espera.

Él parpadeó ligeramente confundido e intentó acercarse otra vez.

—¿Qué pasa, Emma? —preguntó con voz baja—. ¿He hecho algo que no te guste?

Negué despacio, sintiendo que las palabras se me quedaban atoradas en la garganta.

—No es eso, no se trata de si me gusta o no —respondí finalmente, mirándolo a los ojos—. Simplemente… no podemos seguir haciendo esto.

Connor se quedó quieto. Me miró fijamente en silencio unos segundos que se me hicieron eternos. Una pequeña arruga apareció en su frente.

—¿Por qué no?

Una parte de mí quería decirle la verdad en ese mismo instante. Decirle que sabía perfectamente que estaba jugando a dos bandas, besando a Liza y a Emma sin ningún pudor. Que sabía que se estaba liando con otra persona, aunque esa «otra persona» fuera también yo misma.

Pero no podía hacerlo.

No podía descubrirme ahora.

—Es por la agencia, Connor —dije finalmente. Aparté ligeramente la vista para no perder la poca determinación que me quedaba—. La agencia lo prohíbe claramente. No se nos permite involucrarnos con clientes. Podrían despedirme. Es demasiado arriesgado.

Connor se quedó en silencio, mirándome fijamente. Su rostro mostró una evidente decepción.

—¿Seguro que es por la agencia, Emma? —preguntó finalmente con voz baja, entrecerrando ligeramente los ojos—. ¿Estás completamente segura de que ese es el único motivo?

Asentí con determinación fingida, esquivando su mirada para que no pudiera notar lo mucho que dudaba ahora mismo.

—Totalmente segura. No puedo permitirme perder este trabajo.

Él entrecerró los ojos.

—¿No hay ningún otro motivo? ¿Nada más que estés ocultándome, Emma? ¿De verdad?

Tragué saliva con dificultad. Algo en su tono de voz me puso en alerta. ¿Qué estaba intentando decir exactamente?

—¿Sabes, Connor? Me da la impresión de que aquí no soy precisamente yo quien está ocultando cosas.

La expresión de Connor se volvió más inquisitiva.

—¿A qué te refieres exactamente con eso?

—Digamos que tengo una intuición muy fuerte sobre algunas cosas. Y, últimamente, esa intuición me dice que probablemente no soy la única chica en tu vida.

La mirada de Connor pasó lentamente de desconcierto a una ironía profunda. Su sonrisa se volvió ligeramente desafiante mientras arqueaba una ceja con curiosidad.

—¿Y cómo puedes estar tan segura de algo así, Emma?

Le sostuve la mirada sin vacilar.

—Bueno, verás, resulta que tengo antecedentes familiares bastante peculiares en temas relacionados con las artes adivinatorias. De hecho, mi tía abuela Georgina era una famosa vidente en Nueva Orleans. Sí, exacto, una especie de leyenda de la

lectura del futuro en posos de café y huesos de pollo —improvisé rápidamente—. Tengo entendido que la intuición es algo que se hereda generación tras generación, y casualmente ahora mismo todos mis huesos de pollo apuntan a que tienes más de una mujer en la cabeza.

Connor parpadeó despacio, observándome con la boca ligeramente abierta.

—¿Tu tía abuela leía huesos de pollo?

—Sí. Huesos de pollo, hojas de té, cualquier cosa en realidad. Era muy versátil —respondí con seriedad teatral—. Una leyenda familiar.

—¿Y esos huesos de pollo te han dicho específicamente que hay otra mujer en mi vida?

Asentí con total convicción.

—Exactamente eso. Los huesos de pollo nunca mienten, Connor. Es ciencia básica.

Él entrecerró los ojos, evaluándome lentamente.

—Emma, sinceramente creo que no hay ninguna forma lógica en que pueda responder a eso.

—Lo cual significa que estoy en lo cierto, ¿verdad? —sonreí con aire de triunfo, arqueando una ceja desafiante—. A ver, Connor, no es que hayamos hablado explícitamente de exclusividad, pero digamos que no soy del tipo de mujer a la que le gusta compartir platos cuando salgo a cenar. No sé si me entiendes.

Él me observó durante unos segundos con expresión incrédula.

—¿Sabes qué, Emma? —dijo finalmente, negando ligeramente con la cabeza—. Ahora mismo no sé si sentirme ofendido o impresionado. Porque tu capacidad para inventarte historias y salir airosa de ellas merecería al menos una nominación al Oscar al mejor guion original.

Apreté los labios con impaciencia, tratando de ignorar lo ridícula que empezaba a sentirme.

—En fin… no tengo absolutamente nada más que añadir. Hasta aquí hemos llegado.

Abrí la puerta del coche con toda la determinación posible y salí con gesto digno. Connor me miró alarmado y se echó ligeramente hacia delante para detenerme.

—Emma, espera. Este sitio está apartado, déjame llevarte de vuelta.

Me giré un segundo y le dediqué una última mirada por encima del hombro.

—Tranquilo, Connor. Me gusta caminar. Dicen que ayuda a despejar la mente después de conversaciones absurdas.

Y, antes de que él pudiera responder, cerré la puerta con firmeza. Me giré para comenzar a andar rápidamente, sintiendo cómo la sorpresa y el desconcierto de Connor quemaban en mi espalda.

Mientras caminaba en medio de la oscuridad, empecé a arrepentirme seriamente de mi cabezonería. A medida que me alejaba del coche de Connor, la noche parecía oscurecerse aún más. Los sonidos a mi alrededor se volvieron inquietantes.

Definitivamente, este no era uno de mis momentos más brillantes.

Al girar por una calle secundaria, noté cómo mi corazón se aceleraba de golpe. Aquella calle apenas tenía iluminación. La luz de una farola parpadeante era lo único que cortaba la penumbra. Al final de la calle podía ver la avenida principal, llena de gente, ruido y seguridad. Solo tenía que cruzar rápidamente.

El problema era que justo delante, a mitad del callejón, había un grupo de tíos con pintas más que sospechosas. Reían alto, hablaban a gritos, compartían botellas y cigarrillos, y sus siluetas proyectaban

sombras inquietantes contra la pared. Instintivamente me detuve y me mordí el labio inferior con nerviosismo.

—Genial, Liza —susurré para mí misma—. Tu orgullo va a conseguir que te asesinen en un callejón oscuro.

Pensé rápidamente. Podía dar media vuelta, claro, pero eso significaba una caminata larguísima y en dirección contraria. Además, ¿y si se daban cuenta y me seguían? La avenida estaba justo al otro lado, apenas unos metros más allá de ellos. Respiré hondo, me aferré con fuerza al bolso y aceleré el paso decidida a cruzar lo más rápido posible.

—Eh, bonita, ¿a dónde vas tan rápido? —dijo uno de ellos, saliendo al paso y cortándome el camino con una sonrisa inquietante —. Quédate con nosotros un rato.

—No, gracias. Tengo prisa —murmuré nerviosa, intentando esquivarlo por un lado. Pero él dio un paso más, bloqueando nuevamente mi paso.

—Vamos, no seas antipática —insistió otro, acercándose también —. Quédate a beber algo. Solo un rato.

Sentí cómo se me aceleraba la respiración. La ansiedad crecía rápidamente en mi pecho.

—No quiero, de verdad. Dejadme pasar —dije más alto, intentando parecer más segura de lo que realmente estaba.

—Relájate, preciosa, solo queremos charlar un poco —añadió otro más, acercándose demasiado.

Intenté retroceder, pero una mano sujetó mi brazo con fuerza. El miedo explotó en mi pecho.

—¡Suéltame! —grité, forcejeando, tratando inútilmente de liberarme.

Justo entonces, cuando sentía que la desesperación iba a consumir mi cordura, una figura apareció de repente. Agarró

firmemente el brazo al imbécil que me sujetaba.

—Suéltala ahora mismo —dijo una voz familiar, grave y amenazante.

Connor.

Por la sorpresa, tropecé hacia atrás y caí torpemente al suelo. Sentí cómo la peluca se movía, amenazando con descubrir mi verdadera identidad.

Connor apartó al tipo bruscamente, haciendo que los demás retrocedieran de inmediato. Con una mirada dura y una advertencia contundente, los hombres salieron corriendo sin mirar atrás.

Luego se giró hacia mí y se agachó a mi lado.

—Liza, ¿estás bien?

Me quedé paralizada al instante, sintiendo cómo el corazón se me detenía. Levanté los ojos hacia él, desconcertada.

¿Liza…?

¿Me había llamado Liza?

La sorpresa, el miedo y la confusión se mezclaron en mi pecho. Su expresión no mostraba sorpresa alguna, solo preocupación. Como si realmente supiera quién era yo desde hacía mucho tiempo.

# 21




# Connor

No sé cómo conseguí llevarla de vuelta al coche. Pero lo hice. Y ahora nos encontrábamos en mi apartamento.

La observé en silencio desde el otro lado del salón.

Liza estaba sentada en una silla junto a la ventana, sosteniendo una taza de infusión caliente entre las manos. Su mirada parecía perdida en algún punto indefinido, muy lejos de allí.

Todo había explotado por los aires.

Porque, claro, en plena crisis y preocupado por ella, había cometido la torpeza monumental de llamarla por su verdadero nombre, desvelando que ya sabía perfectamente quién era.

Había descubierto su juego. Y ella el mío. Perfecto, McRae. Cada día lo haces mejor.

Suspiré, resignado. Me acerqué despacio hasta sentarme justo frente a ella.

—Liza… ¿Estás bien?

Ella no respondió enseguida. Se limitó a mirarme en silencio unos segundos, evaluando cuidadosamente cada uno de mis gestos, como si intentara descifrar algún mensaje oculto.

Finalmente, dejó la taza sobre la mesita y clavó sus ojos en mí.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Su mirada era desafiante.

Joder, encima, ¿estaba enfadada?

Su enfado hizo que mi buena predisposición inicial se disipara por completo. Porque, vale, podía estar preocupado, pero yo no era precisamente el que había estado jugando con dos identidades distintas.

Respiré hondo, crucé los brazos y le devolví una mirada ligeramente irónica.

—Desde el lunes, más o menos —respondí con cierta mordacidad—. Cuando llamé a Emma y te vi a lo lejos en el castillo respondiendo al teléfono exactamente al mismo tiempo que ella. Ahí fue cuando todo hizo clic.

Vi cómo se tensaba ligeramente y fruncía aún más el ceño. Claramente, mi sarcasmo no había ayudado mucho a suavizar el ambiente.

Pero a estas alturas, suavizar ya no parecía una opción.

—Has estado jugando conmigo —acusó ella, clavando sus ojos en los míos con indignación absoluta.

—Perdona, Liza —repliqué, con un tono frío y controlado—, pero si alguien aquí empezó a jugar primero, fuiste tú.

—Pero yo no lo hice a propósito. Lo tuyo sí que fue totalmente intencionado. ¿De eso iban los besos? ¿De torturarme con la lengua hasta que perdiera la poca cordura que me quedaba?

—Solo quería que me contaras la verdad —contesté, soltando el aire con frustración—. Pero en lugar de eso me hablaste de tu tía Georgina y de su capacidad para adivinar el futuro con huesos de pollo. Reconozco que fue una estrategia bastante ingeniosa para despistarme y que, en cualquier otra circunstancia, habría terminado riéndome contigo, pero en ese momento solo hizo que me desesperara más.

Liza arqueó una ceja.

—Tienes que reconocer que tú también tienes la culpa —soltó finalmente, con evidente incredulidad—. ¿Cómo pudiste no reconocerme?

Suspiré, me pasé una mano por el pelo con cierta incomodidad.

—Mira, sé que suena absurdo, pero tengo problemas para reconocer caras. Siempre los he tenido. Es como una especie de punto ciego mental que me juega malas pasadas constantemente. Si te consuela, no eres la primera persona que no reconozco a la primera. Ni la más humillante.

—Eso no justifica que me besaras como si… —vaciló un segundo, tomó aire antes de seguir—. Como si de verdad te importara.

Su frase quedó suspendida en el aire, y sentí cómo algo dentro de mí se tensaba, consciente de la gravedad de aquellas palabras. Guardé silencio unos segundos, evaluando muy bien mi respuesta.

Finalmente, clavé mis ojos en los suyos, esta vez con total sinceridad.

—¿Y quién dice que no me importes, Liza? ¿De verdad crees que habría intentado acercarme una y otra vez, incluso después de descubrir la verdad, si no significaras nada para mí?

Ella me miró con los ojos ligeramente abiertos, respirando despacio, como si intentara procesar lo que acababa de escuchar.

—Entonces, ¿por qué no intentaste aclararlo antes de llegar a este punto?

—Porque me sentía traicionado, Liza. Pensé que había algo real entre nosotros, que tú sentías lo mismo, y de pronto descubrí que me estabas mintiendo a la cara. Sentí que te habías estado riendo de mí. Que todo era un juego absurdo para ti.

Liza negó suavemente con la cabeza y apartó la mirada con una tristeza repentina que me hizo estremecer.

—Nunca fue un juego, Connor. Tenía razones para mentirte. Necesitaba ese trabajo en Escocia, no podía permitirme renunciar a una suma de dinero así. Luego, como siempre, el destino decidió complicar las cosas y terminé convirtiéndome en tu asistenta. No sabía cómo deshacer el lío en el que me había metido, así que terminé por liarlo todo aún más. Lo siento.

—¿Por qué necesitas el dinero?

Liza apartó la mirada hacia la ventana, evitó mis ojos durante unos segundos que parecieron eternos. Finalmente, respiró hondo y volvió a enfrentarme. Había vergüenza en sus ojos azules.

—Yo tengo… deudas.

—¿Qué clase de deudas?

Ella suspiró profundamente.

—Mi padre estaba enfermo, Connor. Muy enfermo. Tenía cáncer. Los médicos nos dieron pocas esperanzas, pero encontramos un tratamiento experimental que podía ayudarle a tener algo más de tiempo. Era muy caro, pero valía la pena intentarlo.

Sentí cómo se me encogía el pecho al escucharla. No tenía ni idea de que detrás de Liza se escondía ese tipo de historia.

—¿Recuerdas que te dije que tuve que dejar la carrera en el último semestre? Fue por eso —continuó con voz entrecortada—. En cuanto supimos que existía esa posibilidad de tratamiento, tomé la decisión de dejarlo todo para conseguir dinero y ayudarle. Ni siquiera lo dudé, Connor.

Tragué saliva lentamente, sentí una oleada de respeto, culpa y admiración mezcladas en mi interior.

—¿Y qué pasó?

Ella desvió la mirada un segundo antes de volver a enfrentarme con ojos brillantes, cargados de una tristeza profunda y real.

—Murió igualmente —susurró—. Pero ese tratamiento nos dio unos meses extra. Fue poco tiempo, pero significó el mundo para mí. Pude despedirme de él como merecía, pudimos decirnos todas las cosas importantes, pudimos vivir esos días juntos, de verdad. Eso valió cada céntimo de lo que pagué… aunque aún me queda mucho por saldar.

Guardé silencio un instante, dejé que sus palabras se asentaran entre nosotros.

De pronto me sentí un imbécil por haber adoptado esa táctica de jugador pensando que ella estaba jugando conmigo.

—Sé que te lo tenía que haber contado —continuó ella, bajando la mirada—. Pero pensé que solo sería un fin de semana y que no tenía por qué cambiar las cosas. A fin de cuentas, hasta hace un par de semanas no eras nadie para mí. Solo un jefe escocés y buenorro que ni siquiera me miraba cuando pasaba por su lado.

Una pequeña sonrisa asomó a sus labios al decir aquello, y sentí cómo toda la tensión acumulada se aflojaba ligeramente.

—Me niego a creer que hayas pasado antes por mi lado y no haya reparado en ti.

Ella levantó lentamente la vista hacia mí, aún con cierta cautela.

—Entonces, ¿me perdonas por las mentiras?

—Solo si tú me perdonas por haberte besado como parte de mi plan maquiavélico para que confesaras.

Liza se echó a reír ligeramente, con una risa suave y sincera que hizo que el ambiente se distendiera aún más.

—Supongo que ambos hemos cometido suficientes errores para estar empatados —dijo finalmente, encogiéndose de hombros con resignación—. Pero, por favor, Connor, la próxima vez que quieras aclarar algo conmigo, intenta hacerlo sin utilizar tu lengua para dejarme sin defensas.

—De acuerdo, aunque espero que me permitas usar la lengua en otros contextos —respondí con una sonrisa ligeramente provocativa.

Liza me miró, fingiendo una ingenuidad tan falsa que resultaba deliciosamente descarada.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

Me acerqué un poco más a ella, bajé ligeramente la voz hasta convertirla en un susurro cargado de promesas.

—Ummm… no sé, puede que para besarte ahora que ya no hay secretos de por medio. O quizás para descubrir ciertos puntos sensibles de tu cuello —dije despacio, rocé con suavidad la punta de mis dedos sobre su mandíbula—. ¿Quieres que siga?

Ella contuvo la respiración, se mordió ligeramente el labio inferior mientras trataba, sin demasiado éxito, de mantener su expresión neutra.

—Quizás…

—Prometo hacerlo cuando te quites tu disfraz de Emma. Ahora mismo, con quien quiero estar es con Liza, sin lentillas marrones ni pelucas rubias.

Sonrió.

—Supongo que debería deshacerme de Emma en cuanto antes.

Me miró fijamente mientras se quitaba la peluca rubia y las lentillas marrones con un gesto rápido. Levantó hacia mí sus ojos azules, intensos, sinceros.

—¿Así mejor? —preguntó suavemente, una sonrisa tímida se asomó en sus labios.

Sonreí despacio y me incliné lentamente hacia ella.

—Mucho mejor.

Entonces, sin más juegos ni disfraces, lo hice.

La besé.

Y ese beso supo mejor que cualquier otro. Porque fue auténtico. Sin artificios.

# 22




## Liza

Sus labios atraparon los míos con una intensidad que me robó el aliento al instante.

Esta vez no había dudas, ni secretos ni máscaras de por medio.

Solo él y yo.

Su boca se deslizaba sobre la mía, devorándome lentamente, reclamándome.

Sentí cómo sus dedos se enredaban con firmeza en mi pelo, mientras su lengua acariciaba la mía de forma lenta y profunda. Me arrancó un gemido suave desde lo más hondo del pecho.

Su lengua exploró mi boca sin prisas, pero con una seguridad que me desarmó por completo. Toda mi racionalidad se evaporó en cuestión de segundos.

Cerré los ojos.

Me entregué al calor y al roce desesperado de ese beso.

Noté cómo la temperatura de mi cuerpo aumentaba de manera alarmante.

Connor mordisqueó suavemente mi labio inferior antes de profundizar aún más el beso.

Sus labios eran exigentes, pero tiernos a la vez.

Mis dedos subieron lentamente por su cuello, recorrieron despacio su nuca y se perdieron en su pelo oscuro y sedoso.

Joder.

No entendía cómo había podido vivir hasta ahora sin él.

Sus dedos bajaron por mi espalda hasta mis caderas, presionándome contra él, exigiendo más.

Con un movimiento ágil y decidido me cogió en brazos.

Mis piernas se enredaron automáticamente alrededor de su cintura, pegándome aún más contra su cuerpo.

Sin dejar de besarme, me llevó hasta la cama.

La suavidad del colchón recibió mi cuerpo mientras él se colocaba justo encima. Lo observé mientras se deshacía rápidamente de su camisa, revelando sus hombros fuertes y definidos.

Yo me incorporé apenas lo suficiente para quitarme la blusa, la falda y luego la ropa interior. Sentí cómo su mirada recorría cada centímetro de mi piel expuesta.

Connor me siguió. Se quitó el resto de la ropa en un segundo y nos dejó piel con piel, enredados, sin disfraces ni máscaras. Solos él

y yo.

Su sonrisa se volvió peligrosa, de esas que te advierten de lo que viene sin necesidad de palabras. Bajó la cabeza y me besó el cuello. No fue con ternura, sino con un mordisqueo que me obligó a morderme el labio para no soltar un gemido demasiado pronto.

—Qué ganas tenía de esto —murmuró contra mi piel. Su voz ronca me recorrió entera.

Sus labios bajaron a mis pechos sin contemplación. Rodeó con su boca mi pezón izquierdo y lo chupó con fuerza. La intensidad me hizo arquear la espalda de golpe. Su lengua giraba alrededor mientras sus dedos pellizcaban el otro pezón, retorciéndolo suavemente.

El contraste entre la succión húmeda y el roce seco me hizo soltar un gemido que no pude contener.

—Joder, Connor…

—Dime qué quieres —gruñó contra mi piel, cambiando de pecho sin darme tregua.

—No pares —atiné a decir.

Me mordió el pezón justo en el límite entre el placer y el dolor y luego sopló aire frío sobre la piel sensible. Me estremecí entera. Él se rió entre dientes, satisfecho.

Bajó despacio. Lamió cada centímetro de mi vientre, mordisqueó mis caderas y empujó mis muslos hacia arriba con las manos firmes.

Se colocó entre mis piernas y me miró desde abajo con los ojos medio entornados.

—Ábrete más —pidió. Su voz ya no tenía nada de juego.

Mis piernas obedecieron, separándose del todo. Mis caderas se levantaron hacia él, ofreciéndome por completo. Él pasó un dedo por el exterior, solo rozando, solo para verme temblar.

—Estás empapada —dijo.

No era un comentario, era una constatación con una sonrisa sucia.

—Y tú mucho hablar y poco actuar —respondí con la voz rota.

Se rio. Y entonces su boca me encontró.

Su lengua se hundió entre mis pliegues de abajo arriba. Un lametazo lento recorrió toda mi hendidura. Cuando llegó a mi clítoris hizo una pausa. Lo rodeó con la punta de la lengua, jugando, haciéndome esperar. Mis dedos se enredaron en su pelo y tiré, no suavemente.

—Deja de jugar —jadeé.

Él obedeció.

Su lengua presionó mi clítoris con la parte plana. Se movía en círculos lentos pero firmes. Introdujo un dedo dentro de mí, después dos. Los movió buscando ese punto interno que me hacía ver las estrellas. Lo encontró.

—Ahí —gemí, con la voz quebrada—. Ahí, joder, ahí mismo.

Chupó mi clítoris mientras sus dedos empujaban una y otra vez contra mi punto G. El sonido era obsceno, húmedo, mezclado con mis gemidos y su respiración agitada. Sentí cómo todo mi cuerpo se tensaba. El orgasmo se acumulaba como una ola gigante a punto de romper.

—Córrete —ordenó contra mí.

La vibración de su voz me mandó directamente al borde.

Su lengua apretó el ritmo, más rápido, más duro, mientras sus dedos no dejaban de empujar dentro de mí.

Agarré las sábanas con fuerza. Los dedos de los pies se me curvaron. El orgasmo me estalló con un grito ahogado.

Me corrí en su boca con espasmos que me doblaban entera.

Mis caderas se movían solas contra su cara mientras él no paraba.

Siguió lamiendo, siguió chupando, alargando cada sacudida hasta que mi cuerpo cayó sobre el colchón, completamente tembloroso.

Él subió despacio, lamiéndose los labios.

Tenía esa sonrisa de suficiencia que me daban ganas de abofetearlo y montármelo al mismo tiempo.

—¿Ya está? —preguntó con falsa inocencia, apoyando la frente contra la mía.

—Cállate —respondí sin fuerzas.

Lo agarré por la nuca y lo besé con todas las ganas del mundo, saboreándome en sus labios.

Noté que él sonreía contra mi boca. Y sentí su polla dura presionando contra mi muslo.

—Ahora te toca a ti —murmuré.

Lo empujé suavemente para que se echara hacia atrás.

Se incorporó sobre las rodillas y yo me moví hasta quedar frente a él. Lo miré a los ojos mientras bajaba la cabeza, mientras mi boca se acercaba lentamente a su polla.

—Mírame —dije yo esta vez.

Y entonces la introduje en mi boca.

Comencé despacio. Rodeé el glande con mi lengua, saboreando su sabor salado y ligeramente amargo. Él soltó un gemido ronco y sus dedos se enredaron en mi pelo, pero sin empujar, dejándome marcar el ritmo. Fui bajando poco a poco, tomando más profundidad. Sentí cómo se endurecía aún más dentro de mi boca.

—Joder, así… —murmuró, con la cabeza echada hacia atrás.

Aceleré. Mi cabeza subía y bajaba sobre él con un ritmo cada vez más rápido, mientras mi mano sujetaba la base.

Los sonidos eran obscenos, húmedos, mezclados con mis propios gemidos y los suyos, cada vez más entrecortados. Noté cómo se tensaba. Sus dedos apretaban mi pelo con más fuerza.

Estaba cerca, lo notaba.

Yo seguía, más rápido, más hondo, queriendo llevarlo al límite.

Pero justo cuando sus caderas empezaron a empujar involuntariamente hacia mi garganta, cuando su respiración se rompió en jadeos incontrolables, Connor me agarró por el pelo, no tirando, pero con firmeza, y me apartó de él.

Mi boca se separó de su polla con un pequeño chasquido húmedo. Me quedé mirándolo, confusa, con los labios hinchados y la respiración agitada.

—¿Qué…?

—Quiero correrme dentro de ti —dijo con la voz grave, casi rota, los ojos medio cerrados por la necesidad—. No en tu boca. Dentro de ti.

Se apartó un momento, abrió la mesilla de noche y sacó un preservativo.

No necesitó decirlo dos veces. Me giré y me puse de rodillas en el colchón, apoyando el pecho contra las sábanas. Ofreciéndole mi espalda, mis caderas levantadas, completamente expuesta. Sentí sus manos agarrar mis caderas con fuerza. Sus dedos se hundían en mi piel.

—Así me gustas —dijo con la voz grave—. Así te quiero.

Lo sentí detrás de mí, rozando mi entrada con la punta de su polla, empapándola con mis propios fluidos. Me mordí el labio, anticipando. Él apretó mis caderas con fuerza, anclándome en su sitio.

Y entonces empujó.

Entró de una vez, profundo, llenándome por completo. Solté un gemido que se ahogó contra la almohada. Él se quedó dentro, quieto un momento, dejando que sintiera cada centímetro.

—Joder, qué apretada estás —gruñó detrás de mí.

Y empezó a moverse.

Sus embestidas eran largas, profundas. Cada una me empujaba ligeramente hacia adelante contra el colchón. Sus dedos no soltaban mis caderas, se clavaban con cada arremetida. El ritmo era constante, firme, sin prisas pero sin pausas. El sonido de su piel chocando contra la mía llenaba la habitación, mezclado con mis gemidos ahogados y su respiración cada vez más agitada.

—Más rápido —jadeé, girando la cabeza hacia él.

Apretó el ritmo. Sus embestidas se volvieron más cortas, más duras. Yo ya apenas podía mantener las manos apoyadas. Él inclinó su cuerpo sobre mi espalda, enganchó sus brazos alrededor de mi pecho y se pegó completamente a mí mientras seguía empujando desde atrás.

Su boca encontró mi cuello, mordisqueándome la nuca mientras sus caderas no dejaban de golpearme.

Su ritmo se volvió errático, más desesperado.

Yo ya no podía pensar. Cada embestida rozaba ese punto interno que me tenía al borde del abismo.

Sentía cómo mi segundo orgasmo se acumulaba dentro de mí, mezclándose con cada una de sus arremetidas.

—Connor, voy a… —alcancé a decir, con la voz quebrada.

—Ven —ordenó, apretándome las caderas con más fuerza—. Vente conmigo. Ahora.

Su mano bajó de mi cadera y encontró mi clítoris. Lo frotó con movimientos rápidos y desordenados mientras no dejaba de

embestirme desde atrás.

Fue demasiado.

Mi orgasmo estalló con un grito ahogado contra la almohada. Mi cuerpo entero tembló.

Los dedos de los pies se curvaron.

Mi mente quedó en blanco.

Las contracciones de mi interior lo atraparon dentro de mí, y eso fue la sentencia para él.

—Joder, joder, joder… —gruñó. Sentí cómo su polla se endurecía aún más dentro de mí antes de que él mismo se rompiera.

Su orgasmo llegó con un gemido ronco y profundo. Sus caderas se pegaron a las mías, empujando hasta el fondo mientras se corría dentro del preservativo.

Su cuerpo se tensó entero durante unos segundos eternos y luego se desplomó sobre mi espalda. Me abrazó, enterrando la cara en mi nuca.

Nos quedamos así un rato, pegados, sudorosos, con la respiración agitada y el corazón latiendo demasiado rápido.

Él me besó el hombro suavemente y luego se apartó para quitarse el preservativo con un movimiento rápido.

Se tumbó a mi lado y me giró hacia él. Me besó, despacio esta vez, sin la urgencia de antes.

Connor levantó la cabeza ligeramente, observándome con una sonrisa traviesa dibujándose lentamente en sus labios.

—Quizá la próxima vez puedas ponerte la peluca —dijo finalmente, divertido—. Así podría probar también cómo es follar con Emma.

Lo miré con fingida indignación, dándole un suave empujón en el pecho.

—Idiota —murmuré con una sonrisa contenida.

Él rio suavemente y me acercó más contra su cuerpo. Me acarició el pelo mientras me besaba con ternura en la frente.

Porque, después de todo lo ocurrido, lo único que tenía claro era que, con peluca o sin ella, lo quería exactamente así.

Idiota incluido.

# 23




# Connor

Abrí lentamente los ojos. Los primeros rayos de sol atravesaban las cortinas y caían suavemente sobre el rostro dormido de Liza. Iluminaban esos labios que habían hecho estragos en mi cordura desde el primer día. Joder, parecía casi injusto que alguien pudiera lucir así recién levantada, despeinada y con restos de rímel ligeramente corrido bajo los ojos.

Sonreí sin poder evitarlo. Verla allí, completamente relajada, tan diferente a la chica que siempre parecía dispuesta a ponerme los puntos sobre las íes, era una visión a la que definitivamente podría acostumbrarme cada mañana.

—¿Sabes que es de mala educación mirar fijamente a alguien mientras duerme? —murmuró ella de repente, con voz ronca y sin abrir los ojos.

Solté una carcajada suave. Apoyé la cabeza en una mano mientras seguía mirándola sin ninguna vergüenza.

—¿Y desde cuándo te importa a ti la buena educación?

Liza abrió lentamente un ojo y me lanzó una mirada que pretendía ser asesina, pero que, sinceramente, era más divertida que otra cosa.

—Desde que despierto con un escocés descarado mirándome fijamente como si planeara algo perverso.

Sonreí de lado y me encogí ligeramente de hombros.

—La verdad, sí estaba planeando algo perverso. Involucraba café caliente, pan tostado y probablemente demasiada mantequilla. Me han dicho que mis desayunos pueden ser una experiencia bastante orgásmica.

Ella rodó los ojos dramáticamente, pero la sonrisa que asomaba en sus labios la traicionaba por completo.

—Espero que seas mejor cocinero de lo que eres con tus metáforas eróticas.

Me levanté despacio. Me pasé una mano por el pelo revuelto antes de ponerme unos pantalones.

—Puedes descubrirlo por ti misma en unos minutos —dije mientras caminaba hacia la puerta—. No te muevas de ahí, asistenta rebelde.

—No pensaba hacerlo —respondió con tranquilidad, acomodándose aún más en la almohada—. Ahora mismo mis piernas están declaradas en huelga indefinida gracias a ti.

Salí de la habitación riendo suavemente. Me dirigí hacia la cocina. Preparé rápidamente un par de cafés, tostadas y algo de

fruta. Todo el tiempo me preguntaba cómo demonios habíamos llegado hasta aquí. Cómo habíamos pasado de juegos absurdos y secretos ridículos a compartir cama y desayuno. Era surrealista, pero sorprendentemente agradable.

Cuando regresé al dormitorio con el desayuno en una bandeja, ella ya se había incorporado ligeramente. Su cabello estaba aún más revuelto que antes y una sonrisa divertida le curvaba los labios.

—¿Ves? —pregunté, colocando la bandeja sobre la cama frente a ella—. Dime que no tiene buena pinta.

Liza fingió evaluar mi desayuno durante unos segundos antes de mirarme con fingida indiferencia.

—Habrá que probarlo primero. Soy una clienta bastante exigente en temas culinarios.

Sonreí, pero sentí cómo la diversión se atenuaba lentamente. Necesitábamos tener una conversación y, aunque no quisiera estropear ese momento, sabía que era imprescindible.

Me aclaré suavemente la garganta y me senté junto a ella.

—Antes de que destroces mi ego culinario —dije, sentándome a su lado con una expresión seria—, creo que tenemos que hablar.

Liza levantó la taza de café lentamente hacia sus labios y me miró con fingido horror.

—Oh, no. ¿Otra conversación profunda? Connor, ¿en serio? Creo que ya hemos batido el récord mundial de charlas incómodas. ¿Qué pasa esta vez? ¿Quieres que saque una tercera identidad secreta?

Sonreí ligeramente y negué con la cabeza mientras me aclaraba la garganta.

—Muy graciosa, pero no. Me temo que la etapa de espionaje internacional ha terminado oficialmente, señorita Bond —bromeé—. Me refiero a esto. A nosotros.

Liza arqueó una ceja, pero mantuvo su sonrisa traviesa.

—¿Qué pasa con nosotros? ¿Vas a confesarme que en realidad tienes una esposa oculta en Edimburgo o algo así?

Puse los ojos en blanco.

—¿Puedes ponerte seria un momento? —protesté con fingida ofensa—. Mira, ya sabes que soy uno de los herederos de este magnífico castillo escocés, lleno de familiares indiscretos y un departamento de recursos humanos bastante paranoico. Y aunque no tengo una esposa oculta en Edimburgo, tarde o temprano alguien va a darse cuenta de que tengo algo más que una relación laboral con la chica que limpia mi apartamento.

Ella me miró con los ojos entrecerrados, divertida pero también un poco más seria.

—Ya veo. Así que temes que empiecen los rumores sobre que Connor McRae está teniendo un tórrido romance con su asistenta. Supongo que eso no queda muy bien en la newsletter semanal del castillo, ¿no?

Asentí despacio y le devolví una sonrisa resignada.

—Exactamente. Me encantaría decirte que me da igual lo que piensen, pero esto no solo va de nosotros. No quiero exponerte a las habladurías ni al juicio gratuito de la gente.

Ella suspiró profundamente, pero en sus ojos había un brillo travieso.

—Qué caballero por tu parte. ¿Entonces cuál es tu brillante plan para evitar que nuestra relación escandalice a la gente del castillo Dunbrae?

Sonreí ligeramente y me acerqué para rozar suavemente su mejilla con la punta de mis dedos.

—Primero, creo que debería hablar con recursos humanos y decirles claramente que estamos saliendo. O bueno, que nos estamos conociendo. O lo que sea que estemos haciendo ahora

mismo. Por muy incómodo que pueda ser tener que confesarle a Marian de Recursos Humanos mis aventuras amorosas.

Ella soltó una risita involuntaria, casi atragantándose con el café.

—Oh, Dios mío, esa conversación será épica. Pagaría por estar presente.

Puse los ojos en blanco otra vez, intentando no imaginar ese momento incómodo.

—Gracias por tu apoyo moral. Y segundo, creo que es evidente que, si vamos a hacer esto bien, tendríamos que cambiar tu puesto dentro del castillo. Seguir siendo mi asistenta personal ya no parece… adecuado.

Liza asintió lentamente, con una pequeña sonrisa asomando en sus labios.

—Vaya, qué decepción. Con lo que me gustaba ordenar tus calcetines. Pero bueno, supongo que tienes razón. ¿Y qué sugieres entonces, exactamente?

La miré con algo más de seriedad, aunque no pude evitar bromear ligeramente al final.

—Pediré a recursos humanos que te busque otro trabajo aquí en el castillo. Algo que no implique tener acceso directo a mi ropa interior. A menos que eso sea algo que te apasione especialmente, claro.

Ella rió suavemente y me empujó de forma juguetona con el hombro.

—Imbécil. De acuerdo, me parece un plan aceptable. Pero que conste que echaré de menos poder meter las narices en tu vida privada.

Sonreí. Me incliné lentamente hacia ella hasta que nuestros labios quedaron a pocos centímetros.

—Tranquila, creo que todavía tendrás bastantes oportunidades para meter las narices en todo lo que quieras de mi vida —susurré, rozando sus labios suavemente.

Y justo antes de besarla de nuevo, la vi sonreír. Supe que, por mucho caos que pudiéramos causar, al menos lo haríamos juntos. Y eso, sinceramente, era suficiente para mí.

—Y respecto al tema de la boda —añadí tras una breve pausa—, me encantaría que siguieras acompañándome.

Liza me observó con una sonrisa radiante, aunque ligeramente sorprendida.

—Vaya, qué romántico por tu parte. ¿Eso significa que puedo olvidarme de la dichosa peluca rubia?

Hice una pequeña mueca, intentando sonar lo más diplomático posible.

—Bueno, no exactamente. Me encantaría que vinieras conmigo como Liza, pero tendrás que hacerlo como Emma.

Ella arqueó una ceja con incredulidad absoluta, conteniendo una pequeña risa.

—Connor McRae, ¿estás hablando en serio? ¿Después de todo este lío aún tengo que ser Emma?

Suspiré profundamente y me encogí de hombros con culpabilidad.

—Verás, cometí un pequeño error. En un ataque de estupidez aguda le enseñé a Maisie nuestra foto como pareja y le hablé largo y tendido de Emma, la chica encantadora que me acompañaría. Así que presentarme ahora con una Liza castaña y sin lentillas, en lugar de una Emma rubia y con ojos marrones, sería bastante difícil de explicar.

Ella me miró fijamente, con una sonrisa divertida que intentaba disimular una indignación claramente fingida.

—Maravilloso. ¿Sabes que esto empieza a parecer una telenovela de bajo presupuesto? Espero que tu amiga Maisie valore la tremenda actuación que voy a tener que hacer.

—Estoy seguro de que lo hará —respondí, acercándome para besarla suavemente en los labios—. Prometo compensarte por el esfuerzo. En serio.

—Más te vale, McRae —replicó con ironía—. Porque después de esta boda, creo que voy a quemar definitivamente esa peluca rubia.

Reí ligeramente y negué despacio con la cabeza.

—Yo mismo llevaré el mechero.

Porque, al fin y al cabo, rubia o morena, Emma o Liza, sabía perfectamente que la mujer que tenía delante era exactamente la misma de la que me estaba enamorando peligrosamente. Y, por primera vez, eso parecía algo sorprendentemente positivo.

—De hecho —añadí con una sonrisa traviesa que pretendía ser inocente—, tengo una idea maravillosa para compensarte ahora mismo.

Liza me miró con evidente sospecha.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de idea?

Me levanté sin decir nada y regresé a la cocina. Apenas unos segundos después, volví a la habitación con un tarro pequeño en la mano y se lo mostré con gesto teatral.

—¡Ta-dá!

Ella entrecerró los ojos, incrédula y divertida a partes iguales.

—¿En serio, Connor? ¿Yogur, ahora? ¿Sabes que nuestros antecedentes con el yogur son peligrosamente traumáticos, verdad?

Sonreí y me acerqué despacio hasta quedar justo delante de ella en la cama.

—No es para untártelo en la cara ni para tratamientos cosméticos improvisados, tranquila.

Liza arqueó una ceja, todavía escéptica.

—¿Y exactamente qué planeas hacer con él, entonces?

Abrí lentamente el yogur y sostuve su mirada con intención clara mientras hundía despacio un dedo dentro del tarro. Levanté suavemente la mano hacia sus labios y los rocé apenas con la punta del dedo untado.

—Es para probarlo en otro sitio —susurré suavemente, dejando un pequeño rastro blanco sobre su labio inferior—. Quiero descubrir si tiene propiedades interesantes en otras partes de tu cuerpo.

Liza se quedó mirándome, con los ojos ligeramente entrecerrados, una mezcla de indignación fingida y excitación real.

—Eres un auténtico pervertido, McRae —murmuró, mordiéndose ligeramente el labio inferior.

Me incliné despacio hacia ella y acerqué mi rostro lentamente al suyo.

—Y a ti eso te encanta —respondí en voz baja, justo antes de pasar lentamente la lengua sobre sus labios y limpiar el yogur con una caricia cálida y provocadora que hizo que su respiración se entrecortara.

Ella me miró directamente, con la respiración ligeramente acelerada, y supe que, definitivamente, esa mañana aún estaba muy lejos de terminar.

# 24




## Liza

—¿En serio? —exclamó Cole, mirándome con la boca exageradamente abierta—. ¿Tú y Connor McRae vais a salir juntos oficialmente? ¿Y de forma pública? Dime que esto es una broma pesada para arruinar mi salud mental.

Puse los ojos en blanco mientras caminábamos por el pasillo del castillo después de terminar nuestro turno.

—No, Cole, no es una broma pesada. Es de verdad —respondí pacientemente—. De hecho —añadí al mirar la hora en mi móvil—, justo en este momento Connor está reunido con Recursos Humanos para explicarles… bueno, lo nuestro. Sea lo que sea esto que tenemos ahora.

Cole puso una mano teatralmente en su pecho. Fingió conmoción absoluta.

—Wow, qué nivel de romanticismo. Y pensar que a mí solo me buscan para hacer cosas indecentes en cuartos oscuros y estrechos. Debo replantearme seriamente mi vida amorosa.

Reí suavemente y lo empujé con el hombro.

—Por favor, Cole. No finjas inocencia conmigo. Sabes perfectamente que te encanta que te busquen para eso.

Él alzó una ceja.

—Sí, querida, pero un poco de romance de vez en cuando no estaría mal. ¡Connor McRae hablando con Recursos Humanos para oficializar vuestra relación! Eso es prácticamente una declaración de amor en toda regla. Yo, sin embargo, recibo peticiones para quedar exclusivamente vía Tinder, y con mensajes que empiezan por «oye, ¿estás despierto?». Definitivamente necesito nuevos amigos.

Solté una carcajada mientras doblábamos una esquina del pasillo. Entonces recordó algo que le había dicho antes y frunció ligeramente el ceño.

—Por cierto, no puedo creer que hayas usado yogur para untártelo ahí abajo. Así es como empiezan las infecciones urinarias, Liza.

Abrí los ojos con alarma. Miré alrededor rápidamente antes de darle un codazo.

—Cole, por favor, cállate un poco —susurré apresuradamente—. Estamos en medio del castillo. ¿Quieres que nos oigan y empiecen a correr rumores sobre mis experimentos alimenticios?

Él sonrió travieso y se encogió de hombros.

—Mira, no es culpa mía que ahora el yogur forme parte tan esencial de tu vida amorosa. ¿Has probado con nata? Es menos polémico.

Intenté ocultar la sonrisa inevitable que su comentario me provocaba.

Porque había disfrutado mucho del yogur. Sobre todo cuando Connor me lo quitó a lametazos de una parte muy concreta de mi cuerpo.

Giramos hacia el siguiente pasillo y de repente nos detuvimos en seco.

A pocos metros, de pie junto a una ventana del pasillo, había una chica. Estaba llorando. Sola, con la espalda apoyada contra la pared y lágrimas silenciosas corriendo por sus mejillas. Parecía totalmente ajena a nuestra presencia.

Cole y yo nos miramos brevemente, desconcertados. Dudé un segundo antes de acercarme despacio. Suavicé la voz para no asustarla.

—Eh, hola… ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda?

La chica levantó la cabeza bruscamente.

Estaba visiblemente sorprendida y avergonzada al vernos allí.

Era joven, morena, con el cabello largo y ligeramente ondulado que le caía sobre los hombros.

Tenía grandes ojos oscuros, ahora brillantes y húmedos por las lágrimas. Intentó disimular rápidamente. Se secó las mejillas con la manga de su chaqueta.

—Perdonad, estoy bien —dijo con voz entrecortada. Esbozó una sonrisa poco convincente—. Es solo que estoy… emocionada, supongo. Mi prometido y yo estamos aquí porque queremos alquilar el castillo para nuestra boda y, bueno, es un sitio muy especial y…

La explicación fue perdiendo intensidad y claridad. Se diluyó en una especie de balbuceo nervioso. Definitivamente no parecía estar llorando de emoción por imaginarse vestida de blanco en Dunbrae.

—La cuestión es que fui un momento al baño y, cuando salí, ya no sabía volver a los jardines —explicó con voz pequeña. Forzó una sonrisa nerviosa—. Sé que suena absurdo, pero creo que llevo como diez minutos dando vueltas en círculos por estos pasillos. Me temo que este castillo es demasiado grande para mí.

Cole me lanzó una mirada rápida de complicidad. Suavizó enseguida la tensión con su habitual tono desenfadado.

—Bienvenida al club, querida. Créeme, la mitad del personal lleva años trabajando aquí y aún hay algunos que se pierden camino a la cafetería. De hecho, se comenta que cierto jardinero veterano lleva una década intentando encontrar la salida tras una visita al baño.

La chica soltó una pequeña risa. Aún nerviosa, pero visiblemente aliviada.

—Gracias, eso me hace sentir algo mejor —respondió suavemente—. ¿Podríais indicarme cómo llegar a los jardines? Mi prometido estará buscándome. Seguro que está ya al borde de un ataque.

Asentí, sonriendo suavemente. Le señalé hacia el pasillo que conducía a la salida más cercana.

—Claro, sigue por aquí todo recto, gira a la derecha y encontrarás unas puertas dobles enormes que dan directamente a los jardines. No tiene pérdida.

Ella sonrió agradecida, aunque algo triste todavía brillaba en sus ojos oscuros.

—Gracias de verdad. Perdonad el drama, supongo que esto de casarse es más estresante de lo que parece.

—¡Bella! —Una voz masculina y dura resonó en el pasillo. Nos hizo girar bruscamente hacia el recién llegado.

El hombre que se acercaba con paso decidido parecía sacado directamente de una película de mafiosos: traje oscuro impecable,

mandíbula tensa, pelo perfectamente peinado hacia atrás y una mirada autoritaria que no admitía discusión. Clavó sus ojos en la chica con evidente irritación.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? Llevo media hora buscándote —dijo con un tono áspero que no dejaba mucho espacio para la réplica.

Bella se encogió ligeramente. Estaba visiblemente incómoda. Su sonrisa se esfumó al instante y bajó la mirada hacia el suelo.

—Me perdí —murmuró en voz baja.

El hombre entrecerró los ojos, claramente escéptico. Le dedicó una sonrisa tan fría que consiguió erizarme la piel.

—¿Perderte? ¿En serio, Bella? —resopló con incredulidad sarcástica—. ¿En un castillo con pasillos y flechas perfectamente señalizados? Vamos, que no es el laberinto del minotauro. Te pido una sola cosa: mantenerte a mi lado y sonreír. ¿Es tan difícil?

Cole me lanzó una mirada rápida. Arqueó discretamente una ceja. Estaba claro que aquel hombre tenía todas las papeletas para ganar el premio al Prometido Desagradable del Año.

Me aclaré suavemente la garganta e intervine con tono ligero y educado.

—Lo sentimos, la culpa ha sido nuestra —interrumpí. Fingí una sonrisa amable—. El castillo puede ser bastante confuso para quienes no lo conocen, especialmente cuando uno está nervioso por una boda. Es totalmente normal perderse, no se preocupe.

El hombre giró lentamente hacia mí, como si hasta ese momento ni siquiera se hubiera percatado de nuestra presencia. Nos miró con fastidio. Estaba claramente molesto por la interrupción.

—Gracias por la aclaración —respondió secamente—. Pero no recuerdo haber solicitado su opinión.

Cole abrió la boca, dispuesto a soltar alguna réplica brillante, pero le lancé una rápida mirada que decía claramente: «Ni se te ocurra». Él se mordió el labio inferior con gesto teatral y asintió resignado, dejando pasar la ocasión.

—Vamos, Bella —dijo finalmente el hombre. Dirigió su atención nuevamente hacia ella—. Tenemos cosas importantes que hacer.

Sin esperar su respuesta, giró sobre sus talones y caminó por el pasillo con paso decidido. Bella lo siguió en silencio. Nos dirigió una última mirada cargada de disculpa y algo parecido a la vergüenza antes de desaparecer detrás de él.

Cole esperó a que estuvieran suficientemente lejos. Entonces soltó aire con un bufido indignado.

—Vaya, menudo encanto de hombre —comentó, mirando hacia el pasillo vacío con evidente fastidio—. Parece que el premio al novio gilipollas del año ya tiene dueño.

Suspiré profundamente, todavía preocupada por la chica.

—Sí, pobre Bella. No creo que llorara por simple emoción de boda, Cole. Parecía que algo serio le pasa.

Cole asintió despacio. Aún miraba con cierta preocupación el pasillo vacío.

—A mí tampoco me ha dado buena sensación. Pero ahora mismo ya tenemos suficientes problemas propios como para meternos en dramas ajenos, ¿no crees?

Asentí e intenté apartar de mi mente a Bella y a su prometido.

Pero, mientras caminaba de vuelta, no pude evitar pensar en la tristeza de sus ojos. En cómo había mirado al suelo cuando él le habló. En que quizá esa boda no era lo que ella quería.

Suspiré y aparté el pensamiento. Ahora mismo ya tenía suficientes dramas propios tal como había dicho Cole.

Era hora de centrarme en mi propia historia de amor caótica, sin tener que preocuparme por prometidos mafiosos ni bodas ajenas potencialmente catastróficas.

# 25




# Liza

—¿Estás saliendo con una empleada? —Ewan prácticamente ladró las palabras, mirándome como si acabara de anunciar que planeaba quemar Dunbrae hasta los cimientos—. ¿Es que te has vuelto completamente loco? ¡Ni siquiera Liam se atrevió a tanto!

Había reunido a todos para darles la noticia después de hablar con Recursos Humanos. Por supuesto, la reacción de Ewan era del todo esperable.

—Gracias por usarme como vara de medir, hermano —saltó Liam, con una mano en el pecho y fingiendo indignación teatral—. Siempre me encanta ser tu estándar de conducta reprochable.

Solté una risa seca. Me giré hacia Ewan con expresión claramente burlona.

—Espera un segundo, ¿tú, precisamente tú, vas a juzgarme? ¿El mismo Ewan que se lió con la periodista que iba a escribir un artículo sobre él? Por favor, dime que estás bromeando. Tu doble rasero está empezando a ser preocupante.

Ewan se aclaró la garganta, incómodo, aunque no parecía dispuesto a rendirse.

—Eso es diferente —replicó, con la mandíbula ligeramente tensa —. Además, ella es la mujer de mi vida. Es una historia completamente distinta.

Lo miré fijamente, alzando una ceja con clara ironía.

—¿Y quién dice que Liza no pueda ser la mujer de mi vida también?

Ewan abrió mucho los ojos, mirándome incrédulo y ligeramente exasperado.

—¿Cuánto hace que la conoces exactamente, Connor? ¿Dos segundos y medio?

Brody levantó una mano pacificadora, aunque su sonrisa mostraba que encontraba toda aquella conversación demasiado entretenida.

—Está bien, calma. Connor ya ha hablado con recursos humanos, ha hecho lo correcto. Vamos a darle una tregua, ¿no creéis?

—Pues alguien de Recursos Humanos se ha ido de la lengua. No sé si lo sabes, Connor, pero ya eres oficialmente la comidilla del castillo. Esta tarde pillé a dos chicas del servicio de catering cuchicheando sobre ti. Al parecer, ahora mismo eres algo así como nuestro «príncipe azul escocés». Estaban encantadas con el drama: un heredero rebelde, una asistenta de limpieza, una historia de amor

entre clases… Vamos, que están a punto de pedirle a Disney que compre los derechos.

Liam soltó una carcajada, claramente divertido con la situación.

—Qué maravilla. Connor McRae, príncipe encantador del castillo Dunbrae.

Yo suspiré profundamente, mirando a mis hermanos con una mezcla de resignación y humor.

—Fantástico. Justo lo que necesitaba. Ahora solo falta que Liza pierda un zapato de cristal por el castillo para completar esta versión escocesa de Cenicienta.

Ewan arqueó una ceja, mirándome fijamente con evidente reproche.

—¿Y cómo le sienta exactamente a Cenicienta que hayas contratado a una novia falsa para la boda de Maisie?

—Uy, uy, esto se pone interesante —murmuró Brody, cruzándose de brazos con una sonrisa de suficiencia. Por supuesto, él era el único hermano que ya sabía exactamente qué estaba pasando.

Le lancé una rápida mirada cómplice a Brody antes de volverme hacia Ewan con una expresión de paciencia infinita.

—La Cenicienta ya lo sabe. Básicamente, porque la novia falsa que contraté para la boda… resulta que era ella misma. Liza era Emma. Son la misma persona.

Ewan abrió tanto los ojos que pensé que podrían salírsele de las órbitas en cualquier momento. Se puso rojo como un tomate y empezó a gesticular con incredulidad absoluta.

—¿Tú has perdido definitivamente el juicio, Connor? ¿Esto es en serio? Lo que me faltaba por escuchar. ¿Has oficializado tu relación con una chica que sale con hombres por dinero? ¿En qué estás pensando?

Sentí cómo algo se tensaba dentro de mí y fruncí el ceño, irritado por sus palabras.

—Ewan, cuidado con lo que dices. Las cosas no son así. El trabajo de Liza es acompañar a gente a eventos para hacer de pareja. Punto. Nada más. Ten claro que eso no la convierte en lo que estás insinuando.

Ewan chasqueó la lengua contra el paladar.

—¡Por Dios, Connor! ¿Es que acaso no te das cuenta de la imagen que estás dando? ¿No entiendes que…?

—¿Por qué estás gritando? —interrumpí yo, cortando su frase a mitad camino y cruzando los brazos—. Puedes decir lo mismo en un tono menos alarmista y dramático. Nos va a dar un infarto a todos.

Brody suspiró, frotándose el puente de la nariz con fingida resignación.

—Vaya. Otra noche tranquila y relajada con la familia McRae. Me alegro de haber venido.

Ewan se quedó callado, con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Lo observé, entrecerrando los ojos, con sospecha.

—Ewan, ¿se puede saber qué te pasa hoy? Estás aún más gruñón de lo normal. Y eso, créeme, es decir mucho.

Brody carraspeó discretamente. Echó a Ewan una mirada divertida y algo compasiva antes de responder por él.

—Es posible que tenga que ver con el hecho de que nuestro querido hermano mayor intentó pedirle matrimonio a Genny otra vez anoche. Digamos que, según parece, no salió precisamente bien.

Me quedé mirándolo, irónico. Aquí estaba el quid de la cuestión. Liam dejó escapar una risa sofocada, haciendo un esfuerzo poco convincente por parecer comprensivo.

—Oh, por favor. ¿Otra vez? ¿En serio, Ewan? ¿Cuántos intentos fallidos llevas ya exactamente?

Ewan le lanzó una mirada asesina.

—Callaos los tres de una maldita vez —gruñó—. Un día de estos conseguiré hacerlo bien, y entonces no vais a poder reíros más.

Intenté borrar, sin mucho éxito, la sonrisa burlona de mi cara.

—A ver, hermano, cuéntanos exactamente qué pasó esta vez. ¿Cuál ha sido tu estrategia? Quizá podamos hacerte una evaluación detallada para mejorar tu técnica.

Ewan suspiró profundamente, resignado a que no lo dejaríamos en paz.

—Bueno, después del desastre anterior, decidí haceros caso y opté por algo más íntimo y significativo. Quería pedirle matrimonio mientras veíamos «El hombre tranquilo», ya sabes, esa película antigua que tanto nos gusta y que vimos juntos en un momento importante de nuestra relación. Nada de anillos en champán ni cosas cursis. Algo real, algo nuestro.

Liam arqueó una ceja, fingiendo sorpresa absoluta.

—Oh, Dios mío, Ewan. Eso es casi conmovedor. ¿Qué pasó esta vez entonces? ¿Se durmió antes de la escena clave?

—No. Lo tenía todo planeado, de verdad. Había llegado el momento justo, estábamos juntos, relajados, todo perfecto… Y justo cuando estaba sacando el maldito anillo, sonó su móvil. Era la redacción. Al parecer, había sucedido algún problema urgente con un reportaje o algo así, y salió corriendo antes de que pudiera abrir la boca para pedirle matrimonio.

Nos quedamos mirándolo en silencio unos segundos, con una mezcla de sorpresa, compasión y, sobre todo, ganas de no reírnos demasiado alto.

—Vaya, definitivamente tienes talento para el timing perfecto —comentó Brody—. ¿No te has planteado quizá atarla al sofá la próxima vez?

Ewan negó con la cabeza, visiblemente molesto.

—No ayudáis mucho, ¿lo sabéis? Pero da igual. Lo seguiré intentando hasta que consiga hacerlo bien, aunque tenga que esconder todos sus móviles y dispositivos electrónicos la próxima vez.

—Eso suena muy romántico —respondí con ironía amable—. Quizá un poco psicópata, pero romántico al fin y al cabo.

Él suspiró, resignado, pero no pudo evitar reírse con nosotros. Porque, al final, con tanto drama, escándalos y propuestas frustradas, lo único que nos quedaba claro era que los hermanos McRae jamás tendríamos una vida amorosa sencilla o normal.

Pero quizá, a estas alturas, ya nos habíamos acostumbrado demasiado a ello.

# 26




## Liza

Estaba intentando mantener la compostura y parecer una persona perfectamente acostumbrada a viajar en clase VIP, pero sinceramente, era imposible no parecer una cría emocionada en Disneyland.

Miraba a mi alrededor como si acabara de aterrizar en un mundo paralelo: asientos enormes de cuero suave que se reclinaban completamente, pequeñas lámparas individuales que parecían sacadas de un hotel lujoso, azafatas atentas que ofrecían bebidas caras y aperitivos que no sabía ni pronunciar.

Connor me observaba con una sonrisa ligeramente burlona, disfrutando de mi falta total de sofisticación.

—Vale, reconozco que podría acostumbrarme a esto —comenté en voz baja, tocando con incredulidad la pantalla táctil del asiento que parecía salida de una película futurista—. ¿Estás seguro de que esto es un avión y no un hotel de lujo volador?

Connor soltó una risa breve y suave, observándome divertido.

—Es solo clase VIP, Liza, no una nave espacial.

Le lancé una mirada divertida, intentando no parecer demasiado impresionada y fracasando miserablemente.

—Perdona que te diga, McRae, pero esto es más sofisticado que cualquier apartamento en el que haya vivido nunca. Casi me alegro de que me contrataras como tu novia falsa; si no, nunca habría acabado aquí. Ni te habrías fijado en mí.

Connor alzó ligeramente una ceja, divertido.

—Créeme, me habría fijado en ti igualmente.

Lo observé unos segundos con fingido escepticismo, intentando contener una sonrisa.

—Permíteme dudarlo. Estoy bastante segura de que, sin el desafortunado incidente del yogur en mi cara, yo seguiría siendo invisible para ti.

Él soltó una carcajada breve, negando suavemente con la cabeza mientras se acercaba un poco más.

—Vale, admito que el yogur ayudó. Fue un toque original difícil de ignorar. Pero me habría dado cuenta de ti tarde o temprano, Liza. Tienes la capacidad de revolucionar mi vida con o sin accidentes lácteos.

Le sonreí con ternura, sintiendo cómo se me aceleraba ligeramente el corazón.

Porque, la verdad, por mucho que bromeara, ahora mismo me daba exactamente igual cómo hubiera empezado todo.

Lo importante era que estaba aquí, en un avión de lujo rumbo a una boda escocesa, sentada junto al hombre más complicado y maravilloso que había conocido jamás.

***

El vuelo duró aproximadamente siete horas y media, aunque, sinceramente, en un asiento que parecía más bien la suite de un hotel de cinco estrellas, no me habría importado quedarme más rato dando vueltas por el cielo.

Cuando el piloto anunció que estábamos a punto de aterrizar en Inverness, me incorporé para observar por la ventanilla, ansiosa por captar mis primeras impresiones de Escocia desde arriba.

Y entonces apareció frente a mí: un paisaje verde intenso, salpicado de colinas suaves que parecían ondularse hacia el horizonte.

Lagos que resplandecían bajo el sol tenue de la mañana, y una bruma ligera, casi mágica, cubriendo las cimas más altas.

Parecía el decorado perfecto para un cuento de hadas.

Connor me miró de reojo, sonriendo divertido por la emoción infantil que claramente reflejaba mi cara.

—¿Impresionada, Liza? —preguntó con voz burlona.

—Solo un poco —respondí, sin apartar la vista del paisaje—. Aunque estoy intentando mantener la compostura para no decepcionarte.

Él se rio, divertido, negando lentamente con la cabeza mientras el avión tocaba tierra suavemente en la pista del Aeropuerto de Inverness, que según Connor era la principal puerta de entrada a las Highlands.

Era pequeño, cómodo y acogedor, justo como cabría esperar en un lugar como aquel.

Nada más bajar del avión y pisar suelo escocés, lo primero que hice fue dirigirme rápidamente hacia el baño más cercano.

Abrí mi bolso con gesto decidido y, sin perder tiempo, saqué la peluca rubia y las lentillas marrones.

Al fin y al cabo, ahora mismo estábamos oficialmente en territorio enemigo.

Suspiré mientras me colocaba cuidadosamente la peluca, observando cómo mi reflejo volvía a cambiar.

—Bienvenida otra vez, Emma —susurré con ironía, mirándome al espejo—. A ver cuánto tardamos en meternos en líos esta vez.

Salí del baño del aeropuerto ya plenamente transformada en Emma. Avancé hacia Connor, que esperaba pacientemente apoyado contra una columna del aeropuerto de Inverness, observándome con una expresión divertida y ligeramente burlona.

—Vaya, Emma, qué sorpresa tan inesperada —bromeó cuando me acerqué, esbozando una sonrisa provocadora—. ¿Lista para continuar nuestra farsa?

Le lancé una mirada irónica.

—¿Tengo opción?

Él se rió suavemente mientras caminábamos juntos hacia la oficina de alquiler de coches.

—Una cosa, ¿cómo lo habrías hecho si no hubiera descubierto que eras Emma?—preguntó con curiosidad genuina—. No podíamos haber comprado tu billete como Emma. Técnicamente, Emma no existe.

Sonreí, encogiéndome de hombros.

—Muy sencillo: habría viajado como yo misma, Liza. Tú y Emma habríais quedado directamente en el aeropuerto.

Connor me miró divertido.

—¿Y por qué tanto misterio? ¿Por qué esconder tu verdadera identidad en primer lugar?

Suspiré despacio mientras seguíamos caminando.

—Un nombre: Megan Atwood.

Connor alzó una ceja, mirándome intrigado.

—¿Quién es Megan Atwood?

—Una de las primeras empleadas de la agencia. Gracias a ella empezaron a hacerlo. Se convirtió en un ejemplo de por qué debíamos proteger nuestras identidades reales.

Connor me miró, ligeramente preocupado.

—¿Qué pasó exactamente?

—Un hombre se obsesionó con ella hasta límites peligrosos. La siguió, intentó localizarla fuera del trabajo, y la situación se complicó tanto que tuvieron que intervenir. Desde entonces, la agencia implementó reglas estrictas para proteger nuestra privacidad.

Connor asintió despacio, entendiendo la situación.

—Tiene sentido —dijo finalmente—. No me había parado a pensarlo así.

—Además —continué, intentando aligerar un poco el tono—, es mucho más sencillo pasar desapercibida cuando cambias de apariencia según el cliente. Créeme, muchas veces coincido con las mismas personas en los círculos en los que me muevo. Cambiar peluca, lentillas y nombre ayuda bastante a mantener las cosas sencillas y a evitar situaciones incómodas.

Él asintió, abriendo la puerta de la oficina del alquiler de coches para mí. Y noté un cambio. Su expresión, antes relajada y divertida, se había vuelto repentinamente seria y distante. Permaneció así mientras firmaba los documentos del alquiler, y esa seriedad

persistió incluso cuando ya estábamos instalados en el coche, saliendo del aeropuerto rumbo al hotel donde nos hospedaríamos.

Lo miré de reojo, preocupada por aquella repentina actitud

—Oye, Connor, ¿estás bien?

Él tardó unos segundos en responder, con la mirada fija en la carretera, las manos aferradas al volante con fuerza, y un evidente malestar frunciendo su rostro.

—Simplemente acabo de caer en la cuenta de algo —murmuró finalmente—. Cuando termine este servicio contigo… cuando pase la boda y todo esto se acabe, volverás a estar libre en la agencia, ¿verdad?

Asentí despacio, sintiendo cómo el ambiente se volvía más tenso por momentos.

—Sí, así es como funciona —respondí con cautela—. Sabes que necesito seguir trabajando, Connor. No puedo permitirme perder esa entrada de dinero. No tengo muchas opciones.

Él apretó ligeramente la mandíbula, mirándome brevemente con seriedad antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Ya, lo entiendo —dijo con voz algo áspera—. Pero eso no significa que me guste la idea. De hecho, lo odio. No me hace ninguna gracia pensar que vas a seguir viendo a otros hombres, aunque sea todo actuado. Especialmente ahora que estamos… sea lo que sea que estemos haciendo ahora.

—Connor, todo eso es ficticio —traté de explicarle suavemente —. Es solo un trabajo, no es real.

Él negó lentamente con la cabeza, con una pequeña sonrisa triste y algo amarga.

—Puede ser. Pero no puedo evitar preguntarme qué va a pasar si coincidimos en el mismo evento. ¿Vas a estar allí con otro

hombre? ¿Voy a tener que verte fingiendo ser la novia perfecta de alguien más?

Me mordí el labio inferior, incapaz de responder con facilidad a aquella pregunta.

Porque, para ser sincera, era algo que ni siquiera había considerado hasta ahora. Y el simple hecho de imaginarlo hacía que sintiera algo incómodo y frío apretarse en mi pecho.

—No lo sé, Connor —susurré finalmente, con la voz algo más frágil de lo que hubiera querido—. Ni siquiera lo había pensado.

Él suspiró profundamente, extendiendo una mano hacia mí y tomando suavemente la mía, sin apartar la vista del frente.

—Supongo que es algo que tendremos que resolver en algún momento. Pero, sinceramente, ahora mismo preferiría que ni siquiera tuviéramos que preocuparnos por eso.

Asentí en silencio, apretando ligeramente su mano entre la mía, sintiendo cómo la cercanía de su contacto me calmaba y aliviaba.

Porque sí, tarde o temprano tendríamos que afrontar todo esto.

Pero ahora mismo, al menos durante ese pequeño trayecto por las Tierras Altas, quería permitirme no pensar en nada más que en él.

Permanecimos en silencio unos segundos, mientras el paisaje verde y salvaje de las Highlands pasaba rápidamente al otro lado de la ventanilla. Entonces recordé algo que había escuchado en alguna ocasión sobre su familia, y giré ligeramente la cabeza hacia él.

—Por cierto, ¿es verdad que tus padres viven aquí en Escocia?

Connor asintió despacio, con la vista fija en la carretera y una pequeña sonrisa relajada en los labios.

—Sí, es cierto. Viven aquí desde hace años. Cambiaron Nueva York por Escocia en cuanto nosotros fuimos lo bastante mayores para encargarnos del castillo.

—¿Y no has pensado en aprovechar este viaje para visitarlos? Digo, ya que estamos aquí…

—Mis padres viven en una isla bastante aislada, cerca de la costa oeste. Se retiraron a las tierras que la familia tiene allí después de que mis hermanos y yo nos hiciéramos cargo de Dunbrae.

Liza arqueó ligeramente las cejas, intrigada.

—¿En una isla? Vaya, no sabía que los McRae teníais propiedades tan exóticas.

—Es preciosa, pero está alejada de todo. No es precisamente el lugar más accesible del mundo. Además, entre el castillo ancestral de Maisie y la isla hay bastante distancia, no sería fácil visitarlos esta vez. Tendremos que dejarlo para otro momento.

***

Al llegar al hotel, bajamos del coche y eché una rápida mirada alrededor. Todo parecía sacado directamente de una postal escocesa: un pequeño edificio de piedra gris, robusto y elegante, rodeado de jardines verdes y perfectamente cuidados que parecían extenderse hasta donde alcanzaba la vista. Un pequeño sendero de gravilla blanca conducía a una entrada cubierta por hiedra, y detrás, una colina suave y ondulada se alzaba orgullosa, ocultando lo que había más allá.

Connor me siguió la mirada y asintió, con una sonrisa tranquila.

—Estas son las tierras de la familia de Maisie. Se casan en el castillo que está justo detrás de aquella colina.

—Dijiste que os conocisteis en la universidad, ¿no?

Connor asintió.

—Sí. De hecho, nos hicimos amigos precisamente por nuestro origen común. Ya sabes, los escoceses siempre nos encontramos entre nosotros, incluso sin quererlo.

Sonreí, y en ese momento entramos al hotel. Nada más cruzar el vestíbulo, una joven morena y sonriente se nos acercó rápidamente. Era imposible no fijarse en ella: bonita, luminosa, con una sonrisa contagiosa. De inmediato supe que era Maisie.

—¡Connor! Por fin has llegado —exclamó, dándole un rápido abrazo—. Y tú debes ser Emma. Bienvenida, estoy encantada de conocerte en persona.

—Igualmente, Maisie. Gracias por invitarnos.

Maisie hizo un gesto hacia la recepción.

—Sois de los primeros en llegar, la mayoría vendrá después del almuerzo, justo a tiempo para la prueba de la boda. Instalaos tranquilos, y cuando queráis podéis bajar a tomar algo con nosotros, estaremos en la terraza.

Connor asintió sonriente.

—Perfecto, bajaremos en un rato.

Mientras Maisie se alejaba, no pude evitar pensar que además de simpática, era realmente guapa.

—Parece encantadora —le dije a Connor con sinceridad.

Él sonrió.

—Lo es. Ahora entenderás por qué es una de mis mejores amigas.

Le devolví la sonrisa, aunque conocer a Maisie me había dejado cierta inquietud que trataba de disimular.

Subimos juntos hacia la habitación, y por mucho que intentara mantener la calma, no podía evitar que la inseguridad se abriera paso en mí como una sombra incómoda.

Recordar cómo se había sentido Connor hacia Maisie antes de que ella lo rechazara hacía que me cuestionara si alguna vez podría estar a su altura. Por más que intentara fingir indiferencia, no era fácil competir mentalmente con una chica tan bonita, segura y encantadora como Maisie.

Suspiré, consciente de lo ridícula que sonaba en mi cabeza. Pero era inevitable preguntarme si, en el fondo, Connor aún guardaba algo de aquellos sentimientos hacia ella, incluso si ahora me aseguraba que eran solo amigos.

Aparté aquellos pensamientos y me anclé en el presente, justo cuando Connor presionaba la numeración correspondiente en el panel que abría la puerta de nuestra habitación.

El dormitorio era amplio y luminoso, decorado con el estilo típico escocés: muebles robustos de madera oscura, paredes en tonos cálidos, y una gran cama cubierta por una colcha blanca que parecía invitar directamente al descanso.

Las ventanas ofrecían una vista idílica de los jardines del hotel, todo verde y pacífico.

—No está nada mal, ¿no crees? —comentó él, recorriendo la habitación con la mirada.

—Nada mal en absoluto.

Él avanzó despacio hacia la enorme cama cubierta por una colcha blanca e impecable, y sonrió de lado, observándola con intención clara.

—Y esta cama parece deliciosamente cómoda. La verdad, me muero por probarla contigo ahora mismo.

Me mordí el labio inferior, tratando de mantener la compostura pese al calor repentino en mi cuerpo.

—Pero Maisie dijo que bajáramos a la terraza. ¿No sería raro si tardamos demasiado?

Connor se acercó lentamente, deslizando un dedo por mi mandíbula y levantando mi rostro hacia él, mientras sus ojos brillaban con una mezcla irresistible de picardía y deseo.

—Eso puede esperar, Liza —susurró con voz ronca—. Lo que quiero hacerte ahora mismo, definitivamente no.

Sonreí, sintiendo cómo mi corazón latía más deprisa, cómo todas mis resistencias se evaporaban al instante. Porque con Connor McRae, cada resistencia que ponía era siempre absolutamente inútil.

—Está bien —murmuré, rodeando su cuello con los brazos y acercándolo hacia mí—. Supongo que comprobar si la cama es tan cómoda como parece es prioritario.

Él sonrió contra mis labios mientras me besaba profundamente, y supe que, definitivamente, bajar a la terraza podía esperar un poco más.

# 27




## Liza

Después de haber comprobado exhaustivamente, y de todas las maneras posibles, lo sorprendentemente cómoda que era la cama de nuestra habitación, nos dimos cuenta de que habíamos perdido completamente la noción del tiempo. No nos dio tiempo ni siquiera a bajar a la terraza del hotel, como Maisie nos había sugerido. De hecho, apenas logramos arreglarnos rápidamente antes de salir hacia el castillo ancestral donde tendría lugar la prueba de la boda.

Al llegar, el sol ya empezaba a caer lentamente detrás de las colinas. Aparcamos y caminamos por un sendero empedrado hacia la entrada principal.

Justo en la puerta, una mujer elegante y profesional, claramente parte de la organización, se nos acercó sonriente.

—Buenas tardes. Nombre ¿por favor?

—Connor McRae y acompañante.

—Bienvenidos. La novia ya está preparada para empezar la prueba. Acompañadme, por favor.

Seguimos a la mujer hacia los jardines del castillo, atravesando un pequeño arco decorado con flores frescas, hasta un espacio cuidadosamente dispuesto para la ceremonia. Allí vimos a Maisie charlando animadamente con un grupo pequeño de personas, aparentemente amigos cercanos y familiares, junto a los responsables de la organización.

Maisie giró la cabeza al vernos y sonrió, haciéndonos señas para que nos acercáramos.

—¡Connor! ¡Emma! Qué bien que ya estéis aquí— exclamó acercándose rápidamente—. Llegáis justo a tiempo. Vamos a empezar con la prueba de la ceremonia.

Connor se detuvo al acercarse al grupo, reconociendo de inmediato algunas caras conocidas. Sonrió, visiblemente encantado de reencontrarse con antiguos amigos.

—Emma, espera, déjame presentarte. Estos son amigos de la universidad, cuando Maisie y yo estudiábamos juntos. Esta es Hannah, probablemente la única razón por la que conseguimos graduarnos a tiempo; Lucas, famoso por complicarnos la vida constantemente; y Henry, siempre dispuesto a ayudarnos a salir de los líos que Lucas provocaba.

Ellos se rieron, levantando las manos en gesto inocente. Hannah me saludó con una sonrisa cálida.

—Un placer conocerte por fin, Emma. Desde que Connor dijo que iba a venir acompañado estamos expectantes.

Lucas asintió riendo suavemente.

—Sí. Connor no suele traer pareja a estos eventos, así que eres oficialmente la sensación del momento.

Reí, intentando parecer tranquila y natural mientras intercambiábamos saludos y bromas. Maisie nos interrumpió para explicar cómo funcionaría la prueba de la ceremonia, indicando las posiciones, quién hablaría en cada momento y el orden de entrada y salida de los participantes.

Nos colocamos en nuestros lugares asignados y repasamos brevemente cómo sería todo al día siguiente.

Tras acabar la prueba de la ceremonia, nos llevaron al salón del castillo, donde se realizaría la cena de la boda.

El espacio era elegante y clásico, con paredes revestidas de madera oscura, decoradas con cuadros antiguos y cortinas pesadas que añadían cierto aire solemne al ambiente. Las mesas estaban impecablemente dispuestas con manteles blancos, flores frescas y velas suaves que daban al lugar una atmósfera acogedora y cálida.

Nos indicaron nuestros lugares, situándonos en la mesa con los amigos que habíamos conocido hacía apenas unos minutos. Hannah, Lucas y Henry nos saludaron sonrientes al vernos llegar.

La prueba del catering comenzó enseguida. Nos sirvieron varios platos pequeños, todos deliciosos, para que decidiéramos cuáles formarían parte definitiva del menú. Mientras degustábamos aquellos platos cuidadosamente elaborados, el ambiente se volvió aún más relajado y distendido.

Estaba riéndome por algo que Lucas había dicho, cuando Connor se giró un momento para responder a Hannah algo sobre los vinos del banquete. Entonces Henry, que estaba sentado a mi lado, aprovechó ese pequeño instante de distracción para inclinarse hacia mí.

—¿Sabes, Emma? Ha sido toda una sorpresa conocerte —dijo en voz baja y confidencial, con una sonrisa amable y algo divertida.

—¿Sí? —pregunté curiosa—. ¿Por qué?

Henry miró brevemente a Connor antes de volver a dirigirme la vista, bajando un poco más la voz.

—Bueno, no es ningún secreto que muchos de nosotros siempre creímos que, al final, Maisie dejaría a Garrett y acabaría casándose con Connor. Quiero decir, su química siempre ha dado bastante que hablar.

Me quedé mirándolo en silencio unos segundos, sorprendida por su comentario, mientras trataba de mantener una sonrisa cordial.

—Ah… No lo sabía.

Henry asintió.

—Espero que no te moleste que te diga esto, no era mi intención incomodarte —se disculpó rápidamente—. En cualquier caso, está claro que Connor ahora está feliz contigo, así que supongo que los viejos rumores eran solo eso, rumores.

Forcé una pequeña sonrisa.

—No pasa nada. Es normal que Connor haya causado cierto revuelo en el pasado.

Connor volvió a girarse hacia mí en ese momento, mirándonos a ambos con curiosidad.

—¿Todo bien? —preguntó.

Henry asintió, volviendo a su posición inicial.

—Sí, todo perfecto. Solo le decía a Emma lo impresionado que estoy de que hayas sido capaz de encontrar una chica así.

Connor sonrió, tomando suavemente mi mano por debajo de la mesa.

—Yo también lo estoy.

Yo simplemente le devolví la sonrisa, apretando suavemente su mano, intentando apartar la duda y la pequeña inseguridad que acababa de surgir en mí.

Después del comentario de Henry, hice todo lo posible por apartar aquella sensación incómoda de mi mente. Intenté concentrarme en la comida, en la conversación y en el agradable ambiente que había en el salón. Aun así, no pude evitar que una pequeña sombra de inseguridad quedara flotando en algún lugar.

Al terminar la cena, la organizadora se levantó para indicarnos cómo sería el momento en que los novios abrirían el baile. Maisie y su prometido se dirigieron al centro del salón, riendo entre ellos, en una perfecta sintonía. Observé cómo bailaban, cercanos y sonrientes, mientras la música suave empezaba a sonar.

No pasó mucho tiempo antes de que Connor se levantara y extendiera la mano hacia mí con una sonrisa traviesa.

—¿Me concedes este baile, Emma?

Sonreí suavemente, tomando su mano.

—Por supuesto, sería un honor, príncipe azul escocés.

Connor me llevó a la improvisada pista de baile. Bailamos varias canciones seguidas, perdiendo completamente la noción del tiempo, hasta que escuché la voz de Maisie junto a nosotros.

—Emma, ¿te importa si te robo a Connor un minuto?— dijo Maisie con una sonrisa.

—Claro que no, todo tuyo.

Retrocedí unos pasos hacia el borde de la improvisada pista de baile mientras ellos dos comenzaban a bailar. Al principio intenté no prestarles demasiada atención, tratando de convencerme a mí misma de que aquello era lo más normal del mundo, que Maisie era simplemente una vieja amiga de Connor.

Pero poco a poco, mientras observaba cómo bailaban, algo empezó a incomodarme.

La forma en que se miraban, cómo reían juntos con naturalidad absoluta, las palabras susurradas y la intimidad que transmitían, me hizo sentir que sobraba por completo allí. Observándolos, se veían como dos personas que compartían algo muy especial.

Algo más de lo que yo tenía previsto.

Las dudas que había intentado ignorar desde que Henry hizo aquel comentario en la mesa comenzaron a crecer, imparables, hasta explotar definitivamente en mi mente.

Hannah, justo a mi lado, soltó un bostezo.

—Creo que voy a volver ya al hotel— dijo con una leve sonrisa cansada—. Mañana será un día largo.

No pude evitar preguntarle:

—¿Te importa si te acompaño? Estoy algo agotada yo también.

—Claro, ven conmigo— asintió Hannah enseguida.

Me volví hacia Henry, tratando de sonar natural, aunque mi voz salió algo forzada.

—Henry, ¿puedes decirle a Connor que me he ido al hotel con Hannah? Dile que estaba cansada y no quería interrumpirlo.

—Claro, Emma, yo me encargo.

Al salir del salón con Hannah, no pude evitar echar un último vistazo atrás, viendo cómo Connor y Maisie continuaban bailando con esa complicidad que había hecho tambalear todas mis certezas.

Intenté sacudir esa sensación incómoda, pero ya era tarde.

Quizás aquello solo era un viejo miedo irracional, pero fuera como fuera, estaba claro que este fin de semana iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado.

# 28




# Connor

Volví a la mesa todavía algo confundido por la inesperada ausencia de Liza. Henry levantó la cabeza hacia mí y pareció leerme la mente al instante.

—Emma se ha ido al hotel con Hannah. Dijo que estaba cansada y no quería interrumpirte.

Asentí, aunque la explicación no me dejaba tranquilo en absoluto. No era tonto. Que se hubiera marchado así, solo podía significar que algo la había molestado.

¿Quizás verme bailar con Maisie?

—Creo que me voy también.

—Oh, venga, Connor —dijo Lucas palmeándome un hombro—. Quédate un rato más, hace siglos que no nos reunimos todos. ¿Cuándo volveremos a coincidir así?

Henry asintió con insistencia.

—Exacto. Quédate aunque sea un poco. Cuéntanos qué ha sido de tu vida últimamente, aparte de conquistar mujeres preciosas.

Me reí ligeramente, resignado. Aunque quería marcharme al hotel y aclarar qué demonios había ocurrido con Liza, cedí a la insistencia de mis amigos. Al fin y al cabo, Lucas tenía razón: hacía demasiado tiempo que no nos veíamos, y sería poco amable marcharme así.

La conversación fluyó con naturalidad, entre recuerdos divertidos y anécdotas que lograron distraerme al menos un poco.

Sin embargo, dos horas después, al mirar mi reloj y ver que Liza no había enviado ningún mensaje, decidí que era hora de irme.

—Chicos, ha sido genial, pero tengo que volver ya al hotel —dije poniéndome en pie—. Emma ya lleva rato allí y no quiero dejarla sola.

Lucas y Henry asintieron comprensivos, despidiéndose con bromas amistosas. Estaba a punto de dirigirme hacia el aparcamiento cuando, de repente, la voz de Maisie me detuvo desde detrás.

—Connor, espera un segundo —su tono era serio, nada que ver con la habitual Maisie alegre y despreocupada.

Me giré hacia ella, intrigado por la expresión que mostraba.

—¿Pasa algo, Maisie?

Ella extendió hacia mí un pequeño bolsito negro, que reconocí de inmediato como el que Liza había llevado durante la prueba.

—Uno de los camareros me acaba de entregar esto. Lo encontró olvidado en una mesa. Revisamos dentro para ver de quién era, y…

—Maisie hizo una pausa incómoda, dudando brevemente—. Connor, aquí dentro están los documentos de Emma. Pero no pone Emma en ninguna parte. Aquí dice claramente que se llama Liza. Además, la foto del documento de identidad… la chica es idéntica a Emma, pero castaña y con ojos azules.

La miré en silencio, completamente paralizado. Sentí cómo algo frío se extendía por todo mi cuerpo, aunque en realidad no debería sorprenderme. Era cuestión de tiempo que algo así sucediera.

—Connor, ¿qué está pasando? —preguntó Maisie, mirándome fijamente—. ¿Quién es realmente Emma? ¿Quién es Liza?

Tomé aire profundamente antes de responder, intentando reunir las palabras adecuadas, sabiendo que, de una manera u otra, acababa de descubrirse todo el pastel.

No había una manera fácil de decir aquello, así que cogí aire profundamente y decidí enfrentar la situación con toda la honestidad posible.

—Supongo que no tiene sentido seguir escondiéndolo, Maisie. Tienes razón, la chica que me acompaña no se llama Emma, se llama Liza. Y, desde luego, no es rubia. Es castaña.

Maisie se me quedó mirando con expresión completamente confundida.

—No lo entiendo… ¿Qué quieres decir exactamente, Connor?

Suspiré de nuevo.

—Cuando me llamaste para invitarme a tu boda, mentí. Te dije que tenía novia porque desde que te confesé lo que sentía por ti, las cosas entre nosotros habían estado... tensas. No quería presentarme aquí solo, sería demasiado incómodo para los dos. Así que, bueno, contraté una novia falsa en una agencia especializada.

Maisie abrió mucho los ojos, mirándome como si acabara de anunciar que venía de otro planeta.

—¿Me estás diciendo que Emma es… una actriz? ¿Que todo lo vuestro es falso?— Maisie sacudió la cabeza negándose a entender —. ¿Te has vuelto completamente loco?

Alcé ambas manos en un gesto conciliador, intentando tranquilizarla.

—No exactamente, Maisie. Es largo de explicar. Pero lo importante es que después de todo lo que ha pasado, mis sentimientos por Liza han dejado de ser una ficción. Lo que empezó como una mentira absurda, pues… terminó siendo real.

Maisie me observaba con los ojos entrecerrados, claramente escéptica, aún negándose a entender del todo lo que estaba diciendo.

—Connor, eso es la cosa más surrealista y descabellada que he oído nunca. ¿Me estás diciendo en serio que contrataste una novia falsa para no venir solo a mi boda, y ahora resulta que estás enamorado de ella?

Asentí lentamente, manteniendo su mirada.

—Lo sé, suena absurdo hasta para mí. Pero créeme, es la verdad. Y necesito que entiendas que, aunque todo empezara como una ficción, ahora mismo es algo absolutamente real.

Maisie se frotó la frente con incredulidad

—¿Y por qué no me dijiste la verdad cuando te confesé lo que había sentido por ti?

Tomé aire lentamente antes de responderle.

—Porque eso no cambiaba nada, Maisie. Tú ya habías elegido, y lo respeto. No quería complicar las cosas más de lo que ya estaban.

Ella me observó durante un instante en silencio, y la expresión en sus ojos era tan intensa que sentí que podía atravesarme con la mirada.

—Connor, yo solo…— comenzó Maisie en voz baja, pero antes de que pudiera continuar, la voz de Garrett resonó de repente a nuestro lado, interrumpiendo bruscamente la conversación.

—Maisie, Connor, disculpad— dijo Garrett con una sonrisa amable y formal, claramente ajeno a la tensión que había interrumpido—. La organización nos está buscando. Quiere repasar los últimos detalles de mañana.

Maisie asintió, recuperando la compostura rápidamente mientras se alejaba con Garrett. Me dedicó una última mirada rápida antes de desaparecer, y la expresión en sus ojos era tan intensa que sentí que podía atravesarme.

Subí al coche, cerrando la puerta con un suspiro cansado mientras me frotaba las sienes.

Lo que Maisie había querido decirme no importaba. Lo único relevante en ese momento era Liza. Se había marchado sin avisar, y estaba convencido de que había tenido sus razones.

Porque no había dudas: estaba enamorado de ella. Me había enamorado de la forma más absurda, inesperada y real posible.

Solo necesitaba encontrarla y aclarar lo que fuera que había provocado que se marchara tan de repente.

Cuando llegué al hotel, subí rápidamente hasta nuestra habitación y entré en la oscuridad silenciosa del cuarto.

La luz estaba apagada, pero pude distinguir su figura, quieta frente a la ventana, observando el paisaje nocturno que se extendía hacia el horizonte.

Estaba de espaldas, en silencio absoluto, sumergida en sus pensamientos.

—Liza… ¿Va todo bien?

Ella se volvió despacio, y por la leve luz que entraba por la ventana, pude distinguir sus ojos brillantes en la penumbra. No dijo

nada al principio, solo se quedó allí, mirándome con una intensidad que hizo que el aire se sintiera cargado entre nosotros.

—¿Por qué te fuiste sin decirme nada?

Liza apartó la mirada hacia el cristal oscuro de la ventana.

—Necesitaba pensar.

—¿Pensar en qué?

Ella tomó aire profundamente antes de mirarme.

—Yo… Ahora que he conocido a Maisie lo entiendo. Entiendo por qué estuviste tantos años enamorado de ella. Es fantástica, Connor. Y cuando estáis juntos… bueno, parecéis tan naturales, tan conectados. Me hizo preguntarme cómo puedo competir con eso.

Me acerqué aún más a ella, suavizando mi tono y buscando sus ojos con firmeza.

—No tienes que competir con nadie, Liza. Es cierto que Maisie significó mucho para mí, pero eso terminó hace tiempo. Ella está a punto de casarse, y yo… yo estoy aquí contigo. Eres tú quien me importa ahora.

Ella bajó la vista, mordiéndose ligeramente el labio inferior.

—Pero no puedo evitarlo. Al veros juntos…—se detuvo brevemente—. Me asustó pensar que quizás todavía sientes algo por ella. Que quizá yo solo sea una sustituta temporal.

Tomé suavemente su rostro entre mis manos, levantando despacio su barbilla para que me mirara directamente a los ojos.

—Escúchame bien —le dije con voz suave y firme—. Maisie fue importante en mi vida, sí. Pero lo que siento por ti es completamente distinto. No eres ninguna sustituta. No eres un plan B ni un consuelo pasajero. Lo que tú y yo tenemos, aunque empezara con una mentira absurda, es lo más real que he sentido en mi vida.

Ella sostuvo mi mirada en silencio unos segundos.

—No tienes que preocuparte por eso ahora mismo, Liza —dije suavemente, sacando el pequeño bolso negro que Maisie me había dado antes. Se lo entregué—. Creo que esto es tuyo.

Liza tomó el bolso, mirándolo confundida.

—¿Dónde lo has encontrado? Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había olvidado.

—Maisie me lo dio. Al parecer uno de los camareros lo encontró en una mesa del castillo —expliqué con suavidad—. Tuvo que mirar dentro para averiguar de quién era. Así que… ya sabe la verdad.

Liza abrió mucho los ojos, claramente avergonzada. Se llevó una mano al rostro, negando despacio con la cabeza.

—Connor, lo siento muchísimo. No quería ponerte en esa situación…

La interrumpí con una sonrisa cálida, acercándome más a ella para calmarla.

—No pasa nada. De hecho, es mejor así. La mentira no podía durar mucho más —respondí con calma—. Ahora que Maisie lo sabe, no necesitamos seguir fingiendo. Puedes ir mañana a la boda como tú misma, como Liza. Ya pensaremos juntos cómo explicárselo a todos los demás.

Liza me miró fijamente, todavía algo preocupada, aunque una sonrisa lenta empezaba a formarse en sus labios.

—¿De verdad estás seguro?

Sonreí, acercándome a ella para abrazarla.

—Completamente seguro. De hecho, me muero de ganas de asistir a esa boda con la auténtica Liza. Va a ser mucho más interesante que ir con una novia falsa.

Ella rió suavemente, finalmente relajándose entre mis brazos.

—Espero que no demasiado interesante. Ya hemos tenido bastante emoción últimamente.

Me reí, sin soltarla todavía.

—Créeme, lo único que espero es que a partir de ahora todo sea un poco menos complicado. Aunque, con nosotros, supongo que nunca se sabe…

Liza sonrió suavemente, mirándome con cierta complicidad en esos ojos azules que siempre lograban desarmarme.

La atraje lentamente hacia mí, colocando las manos en su cintura, acercando poco a poco mi rostro al suyo.

—Prométeme una cosa. No vuelvas a marcharte así sin hablar conmigo primero. Lo que sea, lo resolvemos juntos, ¿de acuerdo?

Ella asintió despacio, con una sonrisa tierna asomándose en sus labios.

—Te lo prometo, Connor. No volveré a irme sin antes hablar contigo.

Sonreí satisfecho, y sin darle tiempo a decir nada más, la besé.

Fue un beso cálido, suave y profundo, que decía más que cualquier palabra.

El beso comenzó lento, casi tierno, pero algo cambió en el aire cuando Liza respondió con una intensidad que no esperaba. Sus manos subieron a mi pecho, aferrándose a la tela de mi camisa como si temiera que pudiera desaparecer, y un suave gemido escapó de sus labios contra los míos.

—Connor… —susurró contra mi boca.

No respondí con palabras. En lugar de eso, mi boca abandonó la suya para recorrer un camino lento y deliberado por su mandíbula. Sentí su pulso acelerado bajo mis labios cuando llegué a ese punto sensible justo detrás de su oreja. Liza tembló, un temblor leve que recorrió todo su cuerpo, y sus dedos se enredaron en mi cabello, apretando suavemente.

Mis manos descendieron por sus costados, rozando apenas la tela de su vestido, sin prisas. Cada centímetro que recorría parecía arrancarle una nueva reacción: un leve arqueo de espalda cuando mis dedos pasaron por la curva de su cintura, una contención de la respiración cuando rozaron el borde inferior de sus costillas.

La giré suavemente, colocándola de espaldas a mí frente al ventanal.

La luna entraba ahora iluminando su silueta, y mis labios encontraron el hueco de su hombro.

Besé allí, despacio, mientras mis manos subían por sus brazos, enlazando nuestros dedos un momento antes de que mis palmas descendieran hacia sus caderas.

—Mírate —dije junto a su oído, mi voz ronca—. Eres tan hermosa que apenas puedo respirar.

Ella se apoyó contra mí, sintiendo la evidencia de mi deseo presionando contra su espalda, y un gemido ahogado escapó de sus labios.

Mis manos comenzaron a explorar de verdad entonces. Subieron por su vientre, palpando la tela de su vestido, deteniéndose en cada curva con una lentitud deliberada.

Cuando llegaron a sus pechos, no los apreté de inmediato. En lugar de eso, rodeé el contorno con mis pulgares, una y otra vez, sintiendo cómo sus pezones se endurecían bajo la tela incluso antes de tocarlos directamente.

—Connor, por favor… —jadeó ella, y había una súplica en su voz que me recorrió la espina dorsal.

—¿Por favor qué? —pregunté, haciéndome el desentendido mientras mi boca seguía besando su cuello, su hombro, la línea de su mandíbula.

Ella gimió, frustrada, y fue entonces cuando mis dedos finalmente pellizcaron sus pezones a través de la tela. Liza se arqueó

como si la hubiera electrocutado, con su cabeza cayendo hacia atrás contra mi hombro.

—Eso —jadeó—. Eso.

Pero no me detuve ahí. Mi mano izquierda siguió jugando con su pecho mientras la derecha descendía lentamente, muy lentamente, deslizándose por su vientre, rozando el borde de su ropa interior por encima del vestido. Dibujé círculos allí, en la parte baja de su abdomen, sin atreverme todavía a bajar más, sintiendo cómo sus caderas se movían instintivamente buscando más contacto.

—Dime lo que quieres —susurré contra su nuca, mordisqueándola suavemente—. Quiero oírlo.

—Quiero que me toques —respondió ella, su voz era apenas un hilo tembloroso—. Quiero tus manos en mí, Connor. Quiero sentirte.

Esa respuesta fue suficiente.

Mis dedos finalmente se colaron por debajo del vestido, hasta el centro de su calor, encontrando la tela de su ropa interior ya húmeda.

Liza gimió, con un sonido profundo y desesperado, cuando mi dedo medio presionó contra ella a través de la tela, sintiendo la forma de su intimidad y el calor que emanaba de ella.

—Estás empapada —dije, y era más una constatación maravillada que otra cosa.

—Todo por ti —respondió ella, moviendo las caderas contra mi mano—. Siempre por ti.

Retiré mi mano un momento, solo el tiempo suficiente para deslizarla bajo la tela de su ropa interior, para que mis dedos encontraran su piel directamente.

Liza contuvo el aliento cuando la yema de mi dedo medio rozó su clítoris, apenas, como una caricia de mariposa.

—Así —susurró—. Justo así.

Comencé a mover el dedo en círculos lentos y suaves alrededor de ese punto, sintiendo cómo se humedecía más bajo mi tacto, cómo su cuerpo se tensaba y se relajaba alternativamente. Mi otra mano seguía apretando su pecho, pellizcando su pezón con un ritmo que coordinaba con el de abajo.

Liza ya no podía quedarse quieta. Sus caderas se movían buscando más presión, más velocidad, pero yo mantenía el ritmo deliberadamente lento, disfrutando de cada uno de sus gemidos, de cómo su respiración se volvía más y más errática.

—Más rápido —rogó, y cuando no obedecí de inmediato, fue ella quien tomó mi mano y la presionó con más fuerza contra sí misma —. Por favor, Connor, no me hagas suplicar.

Sonreí contra su cuello y finalmente aceleré. Mis dedos se movieron más rápido, más firmes, mientras mi pulgar reemplazaba a mi dedo medio en su clítoris y un dedo comenzaba a presionar en su entrada, sintiéndola apretada y caliente.

Liza gimió, un sonido agudo y roto, cuando introduje un dedo dentro de ella.

Estaba tan húmeda que entró sin resistencia, y ella se apretó alrededor de él inmediatamente, como si no quisiera dejarlo ir.

—Otro —pidió, su voz ronca—. Quiero otro.

Le di lo que pedía. Dos dedos dentro de ella ahora, moviéndose lentamente dentro y fuera mientras mi pulgar seguía dibujando círculos en su clítoris. Liza se aferró a mis brazos, sus uñas clavándose en mi piel, mientras sus gemidos se volvían más altos, más descontrolados.

—Estoy cerca —jadeó, su cuerpo tensándose—. Connor, voy a…

Pero justo cuando sentí que comenzaba a temblar, retiré mis manos por completo. Liza gimió en protesta, girándose hacia mí con los ojos oscuros de deseo y frustración.

—¿Por qué…?

No la dejé terminar. La besé con dureza, con hambre, mientras mis manos encontraban el borde de su vestido y lo tiraban hacia arriba, desnudándola con impaciencia. Su sujetador siguió un momento después, y sus pechos quedaron al descubierto, los pezones endurecidos y rosados. Me incliné para tomar uno en mi boca, chupando con fuerza mientras una mano bajaba de nuevo entre sus piernas.

Liza gimió, arqueándose hacia mi boca, y sentí cómo se humedecía de nuevo bajo mis dedos, cómo su cuerpo pedía más.

—¿Ves lo que me haces? —dije contra su pecho, mordiendo suavemente—. Me vuelves loco.

La tumbé sobre la cama y me coloqué entre sus piernas, besando desde su ombligo hacia abajo, despacio, deteniéndome en cada centímetro de su piel. Cuando llegué al borde de su ropa interior, la mordí suavemente y la bajé con los dientes, sintiendo cómo Liza se reía entre jadeos.

Mi boca encontró entonces el centro de ella, y Liza gritó. No fue un grito fuerte, sino ese tipo de grito contenido que nace en el pecho y apenas logra escapar. Mi lengua se movió lenta al principio, explorando, saboreando, mientras ella se aferraba a las sábanas con los nudillos blancos.

—Connor, no voy a durar —advirtió, su voz quebrada.

Era exactamente lo que quería oír. Mi lengua aceleró el ritmo, encontrando ese punto que la hacía temblar, mientras un dedo, luego dos, volvían a entrar en ella. Liza gimió mi nombre una, dos, tres veces, cada vez más agudo, hasta que su cuerpo se arqueó por completo y un gemido largo, roto, desgarrado, escapó de sus labios mientras se corría en mi boca, temblando incontrolablemente.

La besé de nuevo entonces, subiendo por su cuerpo, y ella pudo saborearse en mis labios, lo que la hizo gemir contra mi boca.

—¿Ya estás satisfecha?

Ella negó con la cabeza, sus manos bajando por mi pecho, por mi vientre, hasta encontrar la evidencia de mi necesidad.

—Aún no hemos terminado —dijo, desabrochando mi pantalón con dedos hábiles—. Y yo quiero sentirte dentro.

Mi ropa desapareció entre besos y caricias, y cuando finalmente estuvimos desnudos, piel contra piel, me puse un condón, ella me envolvió con sus piernas y me atrajo hacia sí. Entré en ella lentamente, sintiendo cómo se abría para recibirme, caliente y todavía temblorosa por su orgasmo anterior.

Liza gimió, cerrando los ojos un momento, y yo me quedé inmóvil dentro de ella, disfrutando de cómo la sentía palpitar a mi alrededor.

—Mírame —pedí, y ella abrió los ojos—. Quiero verte cuando te corras otra vez.

Empecé a moverme entonces, lento al principio, profundo, sintiendo cada centímetro de su interior. Sus piernas me apretaron, sus caderas se levantaron para encontrarse con mis embestidas, y pronto el ritmo se volvió más rápido, más urgente.

Liza ya no podía formar palabras, solo sonidos, gemidos y jadeos y mi nombre dicho como una plegaria. Y cuando sentí que su cuerpo comenzaba a tensarse de nuevo, cuando sus uñas se clavaron en mi espalda y su boca buscó la mía desesperadamente, supe que estaba a punto de caer de nuevo.

—Conmigo —susurré contra sus labios—. Ven conmigo.

Y así fue. Liza se arqueó bajo mí con un gemido ronco y profundo, su cuerpo temblando en espasmos que la recorrieron entera, y el sentirla apretarse a mi alrededor fue suficiente para que yo mismo me perdiera, enterrado dentro de ella, mientras un placer intenso y demoledor me envolvía por completo.

Caímos juntos, enredados, sudorosos, sin aliento.

Pasaron los minutos, o quizá solo segundos, hasta que Liza habló con voz soñolienta y una sonrisa en los labios.

—Podría acostumbrarme a esto.

Reí contra su cabello, todavía dentro de ella, todavía sintiéndola.

—Pues más te vale —respondí en voz baja—. Porque no tengo ninguna intención de que sea algo puntual.

Ella rió también, y nos quedamos así, mientras la noche seguía su curso afuera y el mundo, por un momento, podía esperar.

# 29




# Connor

Me despertó el molesto sonido de una llamada entrando en mi teléfono.

Tanteé torpemente en la mesilla para cogerlo, procurando no moverme demasiado para no despertar a Liza, que dormía tranquilamente a mi lado.

Al comprobar la pantalla, vi que era Ewan.

Miré la hora y fruncí el ceño: eran casi las tres de la madrugada en Escocia. Hice cálculos rápidos; serían alrededor de las diez de la noche en Manhattan, todavía una hora razonable allí. Algo tenía que haber pasado.

Con cuidado me levanté y salí de la cama, alejándome hacia el otro extremo de la habitación para no perturbar el sueño de Liza. Pulsé la pantalla y acepté la videollamada.

La cara sonriente de Ewan apareció inmediatamente, junto a las pequeñas pantallas de Liam y Brody. Liam parecía estar en la cama, con aspecto ligeramente despeinado y probablemente no solo; Brody, por su parte, parecía tranquilo y despierto.

—¿Todo bien? —pregunté con voz ronca por el sueño—. ¿Ha pasado algo?

Ewan negó con la cabeza, radiante.

—Todo está más que bien, hermanito. Lamento llamarte a estas horas, pero no podía esperar a mañana.

—¿Se puede saber qué pasa? —intervino Liam, visiblemente divertido, incorporándose ligeramente y mirando hacia un lado con sonrisa pícara. Estaba en una cama y era obvio que miraba a alguien —. Espero que sea importante, porque interrumpiste algo interesante aquí.

Brody puso los ojos en blanco con paciencia infinita.

—¿Qué es, Ewan? Habla ya, por favor.

Ewan tomó aire, sonriendo aún más ampliamente.

—Le he pedido matrimonio a Genny —soltó sin preámbulos—. Y ha dicho que sí.

Abrí mucho los ojos, totalmente sorprendido y encantado por la noticia.

—¡Vaya! Eso sí merece una llamada nocturna.

Liam silbó con aprobación, mientras Brody asentía con una sonrisa tranquila.

—Enhorabuena, hermano —dijo Brody con sinceridad—. Por fin lo conseguiste.

—Y yo que pensaba que esto jamás sucedería —añadió Liam burlón—. ¿Cuántos intentos fallidos llevabas ya? ¿Cuatro, cinco?

Ewan ignoró el comentario, girando la cámara para mostrarnos a Genny, que apareció sonriente y algo ruborizada, enseñando orgullosa el anillo que lucía en el dedo.

—Felicidades, Genny —la saludé, sonriendo de inmediato—. Te compadezco enormemente por aguantar a mi hermano.

Ella rió suavemente, radiante.

—Gracias, Connor. Prometo cuidarlo bien.

Ewan volvió a enfocar la cámara hacia sí mismo.

—Ha sido perfecto —explicó emocionado—. Estábamos en los jardines del castillo, justo frente al refugio de animales. Clyde llevaba el anillo colgado del collar. No podría haber salido mejor.

Sonreí con satisfacción, aliviado por él.

—Ya era hora, hermano. Me alegro muchísimo.

Ewan asintió con entusiasmo.

—Tenía que compartirlo ya. No podía esperar más. Bueno, eso es todo. Volved a lo que sea que estuvierais haciendo. Gracias por escucharme.

—Sí, gracias por interrumpir —bromeó Liam—. Felicidades, hermano mayor.

Nos despedimos con rapidez y colgué la llamada. Me quedé unos segundos en silencio, con el móvil aún en la mano, asimilando la noticia. La sonrisa se me había quedado grabada en la cara.

Apagué la pantalla y volví despacio hacia la cama. Liza dormía profundamente, ajena a todo, con el pelo extendido sobre la almohada y una expresión tranquila que contrastaba con el caos que había sido el día.

Me tumbé a su lado con cuidado, procurando no despertarla.

Pero el sueño no llegó.

Di un par de vueltas en la cama, mirando al techo, intentando relajarme, pero era imposible. Tenía la cabeza demasiado llena. Demasiadas cosas habían pasado en muy poco tiempo. Y, sobre todo, había una idea que no dejaba de repetirse.

Liza.

Giré ligeramente la cabeza hacia ella. La observé en silencio unos segundos más. Había algo en esa imagen que me atrapó por completo. La calma, la cercanía, la forma en la que encajaba allí… conmigo.

Suspiré suavemente.

Y entonces lo hice.

Me levanté despacio, sin hacer ruido, y busqué en mi mochila. Saqué un cuaderno pequeño y un lápiz. Dudé un segundo, como si mi cerebro necesitara recordar cómo funcionaba aquello.

Pero en cuanto apoyé el lápiz sobre el papel, todo salió solo.

Empecé a dibujarla.

Su pelo cayendo desordenado sobre la almohada, la curva suave de su mejilla, la forma en la que respiraba tranquila… cada trazo salía sin esfuerzo, como si llevara todo ese tiempo esperando a salir.

Hacía años que no dibujaba.

Y, sin embargo, nunca había sido tan fácil.

Porque esta vez no estaba pensando.

Solo la estaba mirando a ella.

***

La tarde de la boda llegó más rápido de lo esperado.

Estaba listo desde hacía unos minutos cuando Liza salió del baño llevando el vestido azul oscuro que habíamos comprado juntos. Estaba preciosa, aunque sus ojos reflejaban cierta inquietud.

—¿Estás bien? —pregunté, acercándome despacio.

—Sí, solo un poco nerviosa, supongo —respondió ella con una sonrisa algo insegura—. Es raro ir finalmente como yo misma. Después de todo, hasta hace poco era Emma para estas personas. No sé cómo reaccionarán ahora que sepan que me llamo Liza.

Sonreí con suavidad, intentando calmar sus temores.

—Les sorprenderá al principio, pero yo se lo explicaré y lo entenderán. Vas a ser tú misma, eso es lo importante.

Liza respiró hondo y asintió con algo más de decisión.

—Tienes razón. Supongo que cuanto antes lo afrontemos, mejor será.

—Exacto —dije suavemente, tomando su mano—. Estaré contigo todo el rato. Lo haremos juntos.

El trayecto en coche hacia el castillo transcurrió con tranquilidad, aunque Liza permaneció callada, observando pensativa el paisaje escocés a través de la ventanilla.

Al llegar al castillo ancestral, bajamos y caminamos hacia la entrada. El lugar ya estaba animado, con algunos invitados llegando y el personal de organización terminando los preparativos finales.

Apenas cruzamos el vestíbulo cuando Liza se volvió hacia mí con una sonrisa incómoda.

—Connor, voy un momento a buscar el baño, ¿te importa esperarme aquí?

—Claro, tranquila. Aquí te espero.

La vi alejarse rápidamente hacia el interior del castillo, mientras yo observaba distraído alrededor, hasta que una voz familiar llamó mi atención.

—Connor, menos mal que estás aquí —dijo Hannah, acercándose con rapidez—. Maisie quiere verte antes de que empecemos.

Fruncí ligeramente el ceño, sorprendido.

—¿Maisie? ¿Ha pasado algo?

Hannah negó suavemente con la cabeza.

—No lo sé exactamente, pero dijo que quería hablar contigo un momento a solas. Está en la habitación del fondo, al final del pasillo.

Asentí, algo intrigado por aquella petición repentina, y me dirigí hacia la habitación indicada, preguntándome qué era eso tan importante que Maisie quería decirme justo antes de casarse.

Entré despacio en la habitación que Hannah me había indicado. Al cerrar suavemente la puerta tras de mí, me quedé paralizado por un instante.

Maisie estaba allí, frente a un espejo de cuerpo entero, vestida con un elegante vestido de novia. Lucía preciosa, casi irreal. Su pelo estaba recogido suavemente y el blanco del vestido contrastaba con su piel clara de manera perfecta. Al verme entrar, se volvió despacio hacia mí con una pequeña sonrisa nerviosa.

—Connor —susurró—, gracias por venir.

La observé confundido, sin saber exactamente qué esperar.

—Claro. ¿Está todo bien, Maisie?

Ella suspiró suavemente, asintiendo y luego negando casi al mismo tiempo. Su expresión era una mezcla entre nerviosismo, confusión e incomodidad.

—En realidad no estoy segura. Estoy un poco confundida desde ayer. Todo este asunto de que contrataste a una novia falsa para

venir aquí… no puedo sacármelo de la cabeza.

Me acerqué un poco más a ella, preocupado por la tensión evidente en sus palabras.

—¿Qué es exactamente lo que te inquieta de eso?

Maisie me miró directamente a los ojos, vulnerable como pocas veces la había visto.

—Saber que hiciste algo así, Connor… me hace preguntarme si estoy haciendo lo correcto. Siempre ha habido algo entre nosotros. Siempre he sentido algo por ti, aunque nunca nos dimos realmente la oportunidad de explorarlo.

Me quedé sin palabras un segundo, absolutamente sorprendido.

—Maisie, estás a punto de casarte. Garrett te está esperando en el altar.

Ella negó suavemente, inquieta, mirándome con intensidad.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si siempre fuiste tú?

Suspiré.

—Maisie…

Ella dio un paso hacia mí, mirándome profundamente a los ojos.

—Yo te quiero, Connor.

Respiré hondo, sintiendo la necesidad urgente de aclarar aquello cuanto antes.

Extendí una mano para tomar la suya, hablando con sinceridad y calma.

—Yo también te quiero, Maisie. Pero… como amigo, como alguien que siempre va a estar ahí. Y creo que lo que sientes ahora mismo no tiene tanto que ver conmigo como con el futuro que estás a punto de afrontar. Es normal tener miedo, dudas… Pero Garrett te quiere, y tú le quieres a él. Seréis felices juntos.

Maisie guardó silencio unos segundos, mirándome con esos ojos llenos de incertidumbre.

—¿Y si nos estamos perdiendo una historia de amor maravillosa, Connor?

Respiré hondo.

—Maisie, tú ya has encontrado una historia de amor maravillosa con Garrett, y seguirás viviéndola con él. Y yo… yo también estoy viviendo la mía con Liza. Ambos hemos encontrado nuestro final feliz por separado, y eso está bien. Es como debe ser.

Ella me miró en silencio un instante, y luego una leve sonrisa apareció finalmente en sus labios.

—Supongo que tienes razón. Debía decírtelo antes de dar el paso. Tenía miedo de arrepentirme por no haberlo dicho nunca.

Asentí, devolviéndole la sonrisa con cariño.

—Y te lo agradezco. Pero ahora, lo único que importa es que salgas ahí fuera, te cases con Garrett, y que seas feliz. De verdad.

Maisie respiró profundamente y se incorporó con determinación, recomponiéndose mientras asentía despacio.

—Gracias, Connor. Por escucharme y por ser honesto conmigo.

—Siempre.

Cuando regresé a los jardines, Lucas se acercó rápidamente, mirándome confundido.

—Oye, ¿qué está pasando? Acabamos de ver a Emma, o a Liza, ya no sé ni cómo llamarla, saliendo del castillo. Parecía estar llorando, se ha marchado en uno de los coches que llevan invitados al hotel.

Fruncí el ceño, sintiendo que el estómago se me revolvía. Antes de que pudiera contestar, Hannah se acercó también, visiblemente preocupada.

—Lo siento, Connor —dijo rápidamente—. Ella te estaba buscando antes, y yo le dije que estabas con Maisie. ¿Ha pasado algo? Estamos un poco confundidos con todo esto. Ya no sabemos ni quién es Emma ni quién es Liza…

Suspiré profundamente, intentando mantener la calma aunque por dentro estaba intranquilo.

Estaba claro que Liza había oído parte de mi conversación con Maisie o, al menos, se había enterado de que estábamos juntos y sacado conclusiones erróneas.

—No os preocupéis —dije finalmente, intentando tranquilizarlos —. Ha habido un malentendido. Luego hablaré con ella y lo aclararemos todo.

Lucas me miró algo desconcertado.

—¿Luego? ¿Vas a quedarte?

Asentí con decisión, aunque parte de mí estaba deseando salir corriendo al hotel.

—No puedo irme ahora, la ceremonia está a punto de empezar. No quiero faltar al momento más importante de Maisie. Hablaré con Liza después.

Hannah suspiró, tocándome suavemente el hombro.

—Espero que tengas razón, Connor. No parecía nada tranquila. Y espero también que nos expliques por qué Emma ahora se llama Liza y es castaña en lugar de rubia.

Asentí con firmeza, aunque interiormente ya contaba los minutos para poder salir de allí e ir directo al hotel para aclararlo todo con Liza.

Pero por ahora, tendría que centrarme en cumplir con mi papel en la boda, esperando que aún no fuera demasiado tarde para arreglar lo nuestro.

# 30




## Liza

Apoyé la cabeza contra el respaldo de la incómoda silla del aeropuerto y cerré los ojos intentando calmar la ansiedad.

Llevaba casi dos horas allí, con el móvil apagado desde el momento en que había salido del castillo. No quería saber nada más, no quería escuchar explicaciones ni disculpas ni mentiras.

La última imagen seguía clavada en mi mente como un puñal cruel: Connor frente a Maisie, pronunciando claramente aquellas palabras que yo había escuchado con absoluta claridad: Yo también te quiero, Maisie.

No me quedé a escuchar más, ni explicaciones ni matices.

Simplemente di media vuelta y salí de allí lo más rápido que pude, convencida de que lo que sentía por mí había sido solo una ilusión pasajera.

Una mentira demasiado bien representada.

Miré la pantalla apagada del móvil en mis manos. Seguramente habría llamadas perdidas, mensajes de Connor tratando de explicarme algo, pero ahora mismo no podía enfrentar aquello.

Porque la verdad era evidente: Connor y Maisie habían estado destinados desde el principio.

Quizás ahora mismo habrían anulado la boda, anunciado al mundo su amor mutuo y estaría él allí, con ella, olvidándose por completo de que yo había existido.

Sentí que los ojos se me humedecían nuevamente, y luché contra la oleada de lágrimas que amenazaban con desbordarse de nuevo.

Estaba sola, sentada en aquel aeropuerto desconocido, esperando el primer vuelo disponible que pudiera llevarme lejos de todo esto, lejos de Connor y de mi propia estupidez.

No tenía ni idea de en qué momento exacto había perdido completamente la cabeza, pero comprar un billete de avión de última hora desde Escocia a Nueva York probablemente entraba en el top tres de mis peores decisiones financieras.

Miré el correo de confirmación por enésima vez, como si el precio fuera a bajar por arte de magia.

No bajó.

—Genial, Liza —murmuré para mí misma—. Corazón roto y cuenta bancaria temblando. Combo perfecto.

Suspiré, dejando caer la cabeza hacia atrás en la silla del aeropuerto. Al menos había tomado una decisión. Huir. Siempre elegante, siempre madura.

Porque quedarme no era una opción.

Ni siquiera tenía claro si podría seguir trabajando en el castillo. No después de todo esto. No después de haber cruzado esa línea invisible que separa un trabajo de… lo que demonios hubiera sido lo nuestro.

Porque claro, una cosa es limpiar el apartamento de tu jefe y otra muy distinta es hacerlo después de haber estado desnuda con él en esa misma cama.

Muy higiénico no era. Ni emocionalmente ni de ninguna manera.

Él había dicho que me conseguiría otro puesto, pero aún así, no podría soportar cruzármelo a diario.

Tragué saliva, notando cómo volvía ese nudo en la garganta que llevaba horas intentando ignorar.

La imagen volvió sin permiso: él frente a Maisie, su voz clara, firme.

Yo también te quiero, Maisie.

Cerré los ojos con fuerza.

Tenía que ser fuerte.

No me podía hundir.

La vida sigue a pesar de todo.

Me levanté cuando anunciaron el embarque, moviéndome casi en automático. Entregué el billete, caminé por la pasarela, subí al avión… todo sin pensar demasiado, como si mi cuerpo estuviera funcionando en piloto automático mientras mi cabeza seguía atrapada en aquel maldito castillo.

Encontré mi asiento junto a la ventanilla y me dejé caer en él con un suspiro. Coloqué el bolso en mis piernas y apoyé la cabeza contra el cristal frío.

Cerré los ojos.

Solo necesitaba dormir. O desaparecer. O ambas cosas.

El avión empezó a llenarse poco a poco, el murmullo de la gente, el sonido de los compartimentos cerrándose… todo me llegaba amortiguado, lejano.

Hasta que, de repente un codazo bastante poco delicado impactó contra mi brazo.

Fruncí el ceño, abriendo los ojos con molestia mientras giraba la cabeza hacia la persona que acababa de invadir mi espacio personal sin ningún tipo de respeto.

Y, por un segundo, pensé que seguía soñando.

Allí estaba Connor, sentado en el asiento del pasillo, observándome con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué...? ¿Connor? —logré balbucear, intentando reaccionar ante lo inesperado de su aparición.

—Vaya, es más incómodo de lo que pensaba —comentó, revolviéndose con gesto de fastidio—. ¿Sabes? Nunca había viajado en turista antes. No sé cómo la gente puede soportar esto durante horas.

Lo miré, todavía perpleja, mientras intentaba recuperar algo parecido a mi capacidad de hablar.

—Connor, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Y cómo me has encontrado?

Él me miró directamente, dejando atrás su habitual ironía por un segundo, con seriedad absoluta en la mirada.

—Muy bien, Liza. ¿Quieres explicarme por qué has salido corriendo de la boda sin decir nada? ¿Qué demonios ha pasado?

Suspiré profundamente, sin atreverme a mirarlo.

—Connor, no sé qué haces aquí, pero no hace falta que me expliques nada. Lo he oído todo muy claro.

Él arqueó una ceja, confundido.

—¿Que lo has oído todo? ¿De qué estás hablando?

Lo miré directamente, intentando disimular lo vulnerable que me sentía en ese momento.

—He escuchado cómo le decías a Maisie que la querías. No quería quedarme allí a hacer incómoda la situación ni a estorbar. Por eso me fui sin decirte nada.

Connor se quedó callado unos segundos, claramente sorprendido y desconcertado a partes iguales.

—Espera, ¿en serio? Liza, ¿no habíamos quedado ayer mismo en que lo hablaríamos todo? Me prometiste que no volverías a escapar, que me dirías las cosas antes de desaparecer así. ¿Y a la primera oportunidad, incumples tu promesa y huyes?

Bajé la mirada avergonzada, sintiendo cómo mis mejillas ardían suavemente.

—Connor, no parecía haber nada más que decir. Lo escuché claramente. Dijiste que la querías. ¿Qué más podía hacer yo?

Connor negó despacio con la cabeza, respirando profundamente para controlar su paciencia.

—Si te hubieras quedado a escuchar toda la conversación, habrías oído cómo seguía esa frase. Porque lo que le dije fue: te quiero, Maisie, pero como amigo. Justo después le expliqué que tú eras mi final feliz. Pero claro, te marchaste antes de escucharlo.

Sentí cómo el corazón me daba un vuelco repentino. Levanté los ojos hacia él, incrédula y avergonzada al mismo tiempo.

—¿Eso… eso dijiste?

Entonces Connor rebuscó en su bolsillo y sacó un papel cuidadosamente doblado, entregándomelo con gesto suave.

—Cuando recibí la llamada de Ewan de madrugada ya no pude dormir más. Hacía muchísimo tiempo que no dibujaba nada, pero en

ese momento no pude evitarlo. Te dibujé mientras dormías. Estabas preciosa, con el pelo revuelto en la almohada y la expresión más tranquila que he visto nunca.

Desdoblé lentamente el papel y vi el dibujo: era yo, efectivamente, dormida en la cama, con el pelo extendido, los rasgos delicados y una paz absoluta en mi rostro. Sentí cómo se me humedecían los ojos.

—Connor… es precioso.

Él sonrió ligeramente, aún con cierta incomodidad, pero con sinceridad absoluta en sus ojos.

—Solo dibujo lo que realmente me importa. Y eso, ahora mismo, eres tú. Por cierto, creo que subir en clase turista en un vuelo nocturno, y estar completamente encajonado en un asiento diminuto por ti, es una de las declaraciones de amor más importantes que he hecho nunca. Créeme, esto supera ampliamente cualquier cliché romántico.

No pude evitar soltar una pequeña risa suave entre lágrimas, sintiendo cómo la tensión empezaba a desaparecer lentamente entre nosotros.

Connor tomó suavemente mi mano, entrelazando sus dedos con los míos.

—Liza, ya basta de inseguridades. Confía en mí, por favor. Si queremos que esto funcione, es importante que haya comunicación.

Lo miré directamente, con la emoción aún en mis ojos, y supe en ese instante que ya no había más dudas.

—De acuerdo. Prometo no volver a dudar.

Connor asintió con una sonrisa tierna, acercándose un poco más a mí mientras el avión comenzaba a prepararse para el despegue.

No dijo nada más. Con un movimiento decidido acercó sus labios a los míos, besándome con tanta intensidad que sentí que

todo alrededor desaparecía.

Y allí, mientras el avión se elevaba lentamente, lo supe: ya no habrían más dudas. Solo amor. Del bueno. Del bonito. Del que te hace feliz.

# Epílogo




## Liza

De pie en medio de aquella sala del castillo Dunbrae, observaba en silencio y con orgullo el resultado final de semanas de preparación. La habitación, que antes apenas tenía uso, ahora brillaba como galería improvisada de los cuadros de Connor. Las paredes estaban cuidadosamente decoradas con sus dibujos, cada uno iluminado suavemente, exhibiendo esa sensibilidad y detalle que Connor siempre había mantenido en privado, hasta ahora.

La idea había sido mía, y aunque al principio Connor la rechazó completamente, tuve paciencia y dejé que lo pensara.

Al final, tuvo una conversación seria con su padre y terminó por convencerse. Volver a pintar, al menos como hobby, era algo que

podía hacer por placer y que realmente le hacía feliz.

Ahora, varios meses después, sus cuadros eran algo más que un simple hobby: habíamos organizado aquella exposición para presentarlos oficialmente y venderlos.

Y para mi sorpresa (y la de Connor), la gente realmente quería comprar sus obras.

Me había convertido en su representante oficial, lo cual era infinitamente más divertido que trabajar en la agencia.

Además, ahora que lo mío con Connor era serio, tuve claro que no podía volver a ese mundo. Y Connor me ofreció ocuparme de sus exposiciones y ventas, por lo que ahora era la comisaria de esta primera muestra en Dunbrae.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba haciendo algo que realmente me encantaba.

Además, había decidido retomar la universidad y estaba cursando el último semestre, cerrando por fin ese capítulo pendiente de mi vida. Parecía que después de tanto drama, todo empezaba a encajar.

Y, por si fuera poco, incluso había conseguido quedarme en Dunbrae haciendo visitas guiadas al castillo. Lo cual, por supuesto, implicó recibir un largo y sonoro discurso de la sargento Doyle sobre lo poco conveniente que era liarse con el jefe. Pero después de soportar sus severas miradas durante semanas, finalmente pareció resignarse a que lo mío con Connor era más que un capricho pasajero.

Maisie se casó con Garrett, y estaban increíblemente felices juntos. Incluso me agradeció con sinceridad haber tenido aquella crisis y haber hecho posible que se aclararan las cosas entre ella y Connor. Ahora Maisie y yo éramos amigas, algo que jamás habría imaginado.

Ewan y Genny estaban preparando su propia boda con la calma que caracterizaba a ambos. Según Connor, Ewan había conseguido relajarse un poco después de su propuesta finalmente exitosa, aunque yo lo dudaba. La intensidad de Ewan parecía ser permanente, para desgracia de todos.

En cuanto a Liam y Brody… bueno, nada había cambiado demasiado. Liam seguía siendo Liam: impertinente, encantador, metiéndose siempre en problemas, y Brody mantenía esa tranquila y constante presencia que compensaba cualquier caos a su alrededor.

Mientras observaba las obras de Connor, sentí de repente unos brazos familiares rodearme por detrás. Su aroma envolvió mis sentidos, haciendo que sonriera de inmediato.

—¿Nerviosa por tu primera exposición, comisaria Dawson? —susurró suavemente contra mi oído, divertido.

—Mucho menos que el artista en persona, me temo.

Connor rió ligeramente, haciéndome girar para mirarlo. Me observó intensamente, con esa expresión llena de complicidad que siempre conseguía dejarme sin respiración.

—Gracias, Liza —dijo suavemente—. Por empujarme a hacer esto, por estar conmigo y no salir corriendo aunque hayas tenido tantas oportunidades para hacerlo.

—En realidad lo hice un par de veces —respondí con ironía.

Connor se rio suavemente, inclinándose hacia mí para besarme despacio y profundamente. Fue un beso dulce, firme, lleno de seguridad y de todo lo que habíamos construido juntos. Y mientras sentía sus labios sobre los míos, entendí que, después de todo, quizás Connor McRae siempre había sido exactamente la aventura loca y maravillosa que mi vida necesitaba.

# Extra




## Liza

El castillo entero estaba vestido de gala. Flores elegantes, manteles exquisitos, velas alineadas en perfecta armonía… todo listo para celebrar la boda del año. Un millonario había alquilado Dunbrae al completo para aquel evento, y aunque todo parecía sacado de una revista, había un pequeño problema: la novia había desaparecido.

Caminaba rápidamente por el pasillo con Cole a mi lado, buscando a la novia perdida.

—¿Sabes, Liza?— me dijo en voz baja—, creo que esta chica que estamos buscando es la misma que encontramos llorando en los pasillos hace meses. ¿Recuerdas?

Asentí despacio, recordando perfectamente aquel día.

—Lo recuerdo demasiado bien. De hecho, ojalá no la encontremos. ¿Has visto bien al novio? Tiene pinta de gilipollas integral, y encima tiene nombre de mafioso.

Cole se rio entre dientes, justo cuando una voz tranquila y familiar nos interrumpió desde atrás.

—Liza, ¿puedo hablar contigo un segundo?

Me giré sorprendida al ver a Brody acercándose hacia nosotros con su habitual expresión serena y reservada. Asentí ligeramente confundida, siguiendo sus pasos hasta un rincón apartado del pasillo para tener algo de privacidad.

—¿Pasa algo, Brody?— pregunté, mirándolo extrañada.

Él dudó unos segundos antes de hablar, manteniendo la voz aún más baja de lo habitual.

—¿Aún conservas tu uniforme de limpieza, Liza?

Fruncí el ceño con absoluta perplejidad.

—Sí, claro que lo conservo, pero…—lo miré desconcertada y divertida—, ¿para qué lo quieres? No me digas que tienes algún tipo de fetiche extraño.

Brody suspiró profundamente, cerrando brevemente los ojos con ligera exasperación.

—Liza, por favor. Hablo en serio. Es importante.

—¿Qué ocurre?

—He encontrado a la novia escondida en mi despacho, debajo del escritorio. Está llorando y asustada, y dice que no quiere casarse con ese tipo. Todo un ejército de gente la está buscando ahora mismo, y si no la sacamos discretamente cuanto antes, la encontrarán. Tu uniforme es la única manera en que puedo sacarla de mi despacho sin levantar sospechas.

Abrí los ojos sorprendida.

—¿Has escondido a la novia en tu despacho?

—Sí. Necesito que me prometas que no vas a decir nada de esto a nadie.

Asentí rápidamente, con complicidad.

—Claro que sí. Pero, Brody… ¿te das cuenta del lío monumental en el que te estás metiendo?

Brody suspiró profundamente, levantando las cejas en un gesto resignado que no podría haber sido más típico de él.

—Créeme, Liza, ya lo tengo asumido. En esta familia, parece imposible evitar meterse en problemas.

Sonreí para mí misma, llevándolo hacia donde había guardado mi uniforme. Mientras caminaba, no pude evitar pensar con absoluta certeza que, conociendo a los McRae y su capacidad innata para complicar cualquier situación, aquello solo podía acabar de una manera: en desastre total.

# ¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?




Puede que no lo sepas, pero cada valoración y reseña que dejas en Amazon tiene un impacto enorme.

Es como si dijeras: «Esta historia me llegó, y quiero que más lectoras puedan descubrirla».

No hace falta escribir un texto largo; una frase, una emoción, incluso solo las estrellas… todo ayuda muchísimo.

Eso sí, hay algo importante que quizá no sabías: en Amazon, una valoración por debajo de 4 estrellas se interpreta como que el libro no te ha gustado, aunque tú solo quieras expresar que te gustó «un poquito menos».

Por eso, si disfrutaste la lectura, dejar 4 o 5 estrellas ayuda a que la historia pueda seguir llegando a más lectoras.

Gracias, de corazón, por cada palabra, cada reseña y cada gesto de cariño.

Detrás de cada historia hay una autora que sonríe al leerte.

**¡MUCHAS GRACIAS!**

# SINOPSIS

## *Brody, millonario y protector*

**Una novia a la fuga. Un millonario escocés con complejo de héroe. Y un escondite donde lo último que deberían hacer… es enamorarse.**

Soy Isabella Rinaldi, aunque todo el mundo me llama Bella. Y debería estar caminando hacia el altar para casarme con mi prometido.

El problema es que no quiero hacerlo.

Desde fuera, todo parece sacado de un cuento de hadas: una boda en el impresionante castillo Dunbrae, un prometido poderoso, una vida asegurada.

Pero por dentro… algo no encaja.

Algo grita que estoy a punto de cometer el mayor error de mi vida.

Así que huyo.

Y acabo escondida en el despacho de Brody McRae.

El heredero escocés más inteligente, más sarcástico… y más desesperantemente atractivo de todo el castillo.

El tipo de hombre que siempre tiene el control, que no se mete en problemas… y que, claramente, no tiene ninguna intención de salvar a nadie.

Excepto a mí.

Podría delatarme.

Podría sacarme de allí y devolverme a mi boda.

Pero en lugar de eso… decide ayudarme.

Me esconde.

Me cubre.

Y, sin darme cuenta, empieza a convertirse en el único lugar en el que me siento a salvo.

El problema es que esconderse con Brody McRae tiene consecuencias.

Porque cuanto más tiempo paso con él… más difícil se vuelve marcharme.

Y cuando una novia a la fuga y un millonario que nunca se implica chocan en mitad del caos… lo último que debería pasar es que todo empiece a sentirse demasiado real.

Porque a veces no necesitas cuentos de hadas.

A veces solo necesitas el valor para no casarte con la persona equivocada.

Y otras… necesitas a alguien que te enseñe que puedes elegir una vida distinta.

Lo que encontrarás en esta historia

✓ Una novia que huye el día de su boda

✓ Un millonario sorprendentemente protector

✓ Un escondite en un castillo donde todos la buscan

✓ Tensión, cercanía forzada y deseo imposible de ignorar

✓ Un romance que nace en el peor momento posible

**¡¡YA EN PREVENTA!!**

# ¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

¡Hola, princesa!

Si has llegado hasta aquí… probablemente tienes una sonrisa tonta en la cara. Y sí, te entiendo perfectamente.

Cuando empecé esta historia tenía claro que quería escribir algo divertido, caótico y un poquito prohibido. Un escocés testarudo con demasiado control en su vida… y una chica que lo descolocara por completo sin proponérselo.

Lo que no esperaba era que Connor y Liza acabaran colándose tan fuerte en mi cabeza.

Porque, seamos sinceras… ¿quién iba a pensar que una mascarilla de yogur, unas notas absurdas y una doble identidad iban a convertirse en algo tan bonito?

Connor, con su necesidad de tenerlo todo bajo control, y Liza, con ese caos maravilloso que lo pone todo patas arriba… han sido un auténtico viaje. De esos que empiezan como un desastre y acaban siendo justo lo que necesitabas.

Y esas notas… esas pequeñas conversaciones entre ellos… creo que son, sin duda, una de mis partes favoritas. Porque ahí es donde todo empezó de verdad.

Gracias por acompañarme en esta historia. Por reírte, sufrir, enamorarte y quedarte hasta el final.

De corazón.

Y si te has quedado con ganas de más… tranquila, porque esto no ha terminado.

Porque si algo tienen los hermanos McRae… es que siempre, siempre, la lían un poco más de lo necesario.

Y créeme: lo de Brody… promete.

Nos leemos muy pronto.

Con todo mi cariño,

Leila Yoon

P.D. Sígueme en redes sociales.

Instagram: https://www.instagram.com/leilayoonautora/

Facebook: https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

https://www.leilayoon.com/

# MIS NOVELAS

**SERIE MILLONARIOS INSOPORTABLES DE MANHATTAN**

**-Un acuerdo millonario**

**-Un contrato millonario**

**-Un deseo millonario**

**-Un problema millonario**

**-Un error millonario**

**-Un sueño millonario**

**-Un desafío millonario**

**-Un sabor millonario**

**Aquí para leer la serie**

**SERIE HEREDEROS MILLONARIOS DE MANHATTAN**

**-Millonario irresistible**

**-Millonario arrogante**

**-Millonario encantador**

**-Millonario provocador**

**-Millonario insaciable**

**Aquí para leer la serie**

**SERIE REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD**

**-Novia del CEO por Navidad**

**-Atrapada con el CEO por Navidad**

**Aquí para leer la serie**